



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para más pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Egullaz, Escosura, Estrella, Fernández Cuesta, Ferrer del Río, Fernández y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Piñueta, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Jo é Felu, Jo é Joaquín Ribó, Lopez García, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Teodoro Llorente, Trueba, Torres Meña (D. J.), Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—Ultramar.—Una alocución del P. Jacinto.—Memoria leída en la Biblioteca Nacional en la sesión pública del presente año 1871.—por D. Juan Eugenio Hirtzenbusch.—Estudio preliminar sobre la ley providencial del progreso, por D. F. J. Moya.—Reseña sobre la importancia, procedencia y cultivo de la seda, por D. Francisco Javier Martí, abogado de los tribunales de la nación, de los ilustres colegios de las ciudades de Valencia y Vitoria; asesor de Marina cesante, individuo de la Sociedad Económica Matritense, premiado en la Exposición general de Agricultura y secretario de gobierno de la provincia de Alava.—Carta notable, por D. J. M. Vergara y Vergara.—Parangones monárquicos, por D. J. Torres Meña.—Los placeres campestres, por D. Antonio Labriera.—Los dos prismas, por D. Jacinto Labaila.—El ideal y la fórmula, por D. Pedro Yago.—Fantasías campestres, por D. Luis Alfonso.—Apuntes sobre la novela, por D. P. Yago.—Viaje alrededor de una tarjeta fotográfica, por D. J. L.—Los celos del Bardo, poema de A. F. del Castillo, traducido al castellano por D. Gonzalo Calvo Asensio.—Recuerdos del pueblo (poesía), por D. José Llausas.—La hoja, (poesía), por D. Antonio Labriera.—La Cruz de Mayo (poesía), por D. Juan Francisco Ortiz.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 13 DE FEBRERO DE 1871.

REVISTA GENERAL.

I.

Las elecciones provinciales, celebradas durante el período quincenal que acaba de espirar, han tenido ocupada la atención de todas las clases y partidos; y la agitación consiguiente a suceso tan capital para la vida política de un país, á la cual ha sucedido el afán por conocer el resultado del sufragio emitido, ha llenado, en un todo, el objeto que la conciencia pública necesita para su periódico alimento y ocupación.

Hoy conocemos ya el resultado de las elecciones verificadas, cuya importante significación no es posible desconocer, siendo las primeras que tienen lugar, después de consolidada la revolución é inaugurada la obra de las Cortes Constituyentes.

Los debates largamente sostenidos en la esfera política, acerca de la conformidad de las soluciones revolucionarias, con la voluntad y tendencia del país; las innumerables y contrapuestas apreciaciones sobre los actos de la última Asamblea; los juicios, la pasión, el despecho, todo aguardaba su sanción ó su reprobación de la voz elocuente del sufragio, medio por donde llegan los pueblos á la

clara expresión de sus sentimientos. Cierzo es que el carácter de la pasada lucha electoral, reducida al límite de las provincias, no es aun bastante para considerar que el país ha dicho su última palabra y expresado su definitivo concepto, con relación al estado de cosas en que ha quedado viviendo; pero no es de todas maneras despreciable, ni mucho menos; no deja de tener gran fuerza significativa, dado que á los comicios que acaban de cerrar han acudido en busca de triunfo y han luchado vivamente con tal objeto cuantos partidos se hallan significados en la actualidad, representantes de todos los ideales y de todas las soluciones.

La forma irregular con que los partidos enemigos de la actual se han presentado á la lucha; la mezcla risible con que han venido á hacer imposible el conocimiento de su respectivo prestigio, que debía darles el sufragio, por lo que á ellos respecta, la sugestión y la intriga, y en una palabra, todos cuantos medios han sido empleados para desviar el curso natural de la pública opinión, no han conseguido el objeto apetecido; que tal es la naturaleza del sufragio universal, principio augusto en que mira nuestro pueblo la segura base de sus libertades y progresos.

Por esto decimos, que á pesar del carácter de las elecciones, cuando son provinciales, y de los esfuerzos de los partidos coaligados, no hay que desdeñar la elocuencia que las últimamente celebradas tienen, para juzgar, ya que en términos decisivos, si como importantísimo dato, de las disposiciones del país con respecto á la obra de la Asamblea, sintetizada en dos grandes objetos: la Constitución de 1869 y la monarquía democrática de Amadeo de Saboya.

La expresión de la inmensa mayoría de España ha venido á sancionar y á fortalecer con las muestras de su adhesión, esas dos obras, que son apoyo y símbolo del progreso realizado. Contadas son las provincias donde, como fruto de su alianza vergonzosa, han hallado la victoria los seides del carlismo, de la república federal ó del partido arrojado del poder en Setiembre de 1868.

Mas elocuente, lo esperamos, ha de ser el resultado de las elecciones próximas para diputados á Cortes, que subsiste en España el salvador instinto de la conservación social, y se ha propagado bastante el espíritu ilustrado, en todas las clases, para que repudiando éstas, las instituciones presentes, fundadas en el derecho y en la libertad, quieran echarse en brazos de los que solo conducirían al país, al abismo de la anarquía ó á la vergüenza de una imposible reacción.

II.

Los trabajos emprendidos por varios

hombres políticos de distintas procedencias, para reunirse en un grupo, cuyo objeto fuera la defensa y observancia de las ideas conservadoras-liberales, ha fracasado por la dificultad absoluta de llegar á un acuerdo con que han tropezado los autores del pensamiento. Este suceso, digámoslo así, negativo, ocurrido durante la quincena á que nos referimos, es el único que ha venido á alterar la unidad del cuadro de nuestra política, consagrada por entero al asunto de las elecciones.

Conseguida ya la aceptación de la idea del nuevo partido, de que nos ocupábamos en nuestra anterior revista, y formado el núcleo que había de ser la base de aquella idea, hubo de llegarse, por necesidad, al debate sobre las tendencias y principios que habían de dar significación á los hombres y al partido cuya aparición se anunciaba.

La publicación de un manifiesto que diera á conocer al país la naturaleza y carácter de la entidad que se propone influir directamente en sus destinos, era requisito esencial, y así comprendido por iniciadores de aquel propósito, trataron de la redacción del documento, de las partes que en ella debían entrar, y sobre todo del espíritu que debía distinguirle.

Llegado era, pues, el momento de que cada individualidad ó cada agrupación de las reunidas, mostrara claramente la sinceridad ó la doblez del propósito y del concurso que había llevado al común acervo; llegada era la ocasión de ostentar su afecto desinteresado y leal á la obra revolucionaria, de la cual pretendía llamarse conservador el partido en ciernes, ó la repugnancia, que por razón de antiguas preocupaciones ó exclusivismo, se sintiera hácia el fruto de un glorioso esfuerzo de todo el país.

Es la discusión piedra segura de toque para descubrir misterios de los ánimos, pues lo que un simple asunto de conducta no desata, ni destruye, la cuestión de principios lo depura y aquilata, hasta reducirlo á toda su pureza.

Y hé aquí lo que sucedió. Los que acudieron con pensamientos y deseos ocultos á la voz de aquellos que dentro de la revolución querían obrar; apenas estuvo sobre el tapete la cuestión de manifiesto, se declararon en abierta oposición al reconocimiento que se meditaba, del estado de cosas ya establecido por la voluntad soberana del país. La disidencia era inconciliable, y por mas que la fracción refractaria propuso el expediente, á la verdad poco digno de un partido serio, de no hacer declaraciones en ningún sentido, sino simplemente valerse de lo existente, para conseguir las transformaciones que algunos apetecían, la otra fracción que sinceramente revolucionaria, ni se prestó á sacrificar su lealtad y su con-

secuencia, hubo de rechazar el ardid, y ya que no podía vencer la oposición de la mayoría congregada, abandonar el proyecto, darle por frustrado y retirarse de la reunión formada con tan desgraciado objeto.

Francamente exponemos nuestra opinión acerca de este fracaso, diciendo que no lo sentimos, y aún que lo celebramos. Porque si por algunos días la enunciacón de la idea, hoy frustrada, pudo hacernos esperar un acontecimiento favorable para la revolución, objeto de todos nuestros afanes, después que, ya hecha luz sobre el asunto, manifiéstose como dominante la idea reaccionaria, que no venia al campo revolucionario para explotarlo segun su oculto propósito, no nos cumple otra cosa mejor que aquel aborto, que al fin libra á la obra setembrina de un adversario, en quien no hubiera la lealtad, circunstancia distintiva.

Un partido conservador, cuya base fuera la revolución y el acatamiento á los principios sancionados y proclamados, y la adhesión mas cumplida á la monarquía de Amadeo I, seria en España y en los actuales momentos, recibido por los partidos monárquico-liberales, con todo el favor que corresponderia á su misión, al fin y al cabo; útil á la consolidación de todo lo creado. Pero un partido, cuyo espíritu no se diferenciara en nada de los ya desterrados para siempre de nuestra patria, y cuyo ideal se encerrara en el retroceso y la destrucción de nuestras conquistas, no podía ser mas que estorbo y peligro para el desarrollo de nuestras libertades.

Por eso celebran los sinceros liberales el fracaso de que acabamos de hacer explicación y juicio.

III.

Sucesos importantísimos han ocupado la atención de toda la Europa, durante el período quincenal que acaba de transcurrir. Las negociaciones empezadas por Julio Favre, para la capitulación de París, dieron el apetecible resultado. La gran ciudad sitiada, reducida al último extremo y falta ya de aliento para sostener su heroica resistencia, capituló, si bien con las honrosas condiciones á que la hacia acreedora, la esforzada y patriótica conducta de su guarnición y habitantes.

El enemigo, vencedor en París, como en Metz, Strasburgo, Orleans y tantas otras poblaciones y plazas importantes, no ha penetrado en la capital, dejando á la guarnición prisionera en su recinto y confiando á la Guardia nacional la conservación del orden interior.

Con grandes y apasionados clamores de reprobación fué recibida por ciertos grupos de los que en Francia se agitan,



la nueva de la rendición de París. Los que desde que empezaron los infortunios de aquella desdichada nación, lejos de ocuparse en hacer soportable su lastimoso estado, se apresuraron á hacerlo mas cruel; los que con disturbios interiores han debilitado el esfuerzo de su patria para sostener su lucha exterior; los que apagando mil voces doloridas hacen oír sus gritos de guerra á todo trance; aquellos, en una palabra, que atribuyéndose sin cesar su derecho, como no sean los del atropello, la representación de los elementos é intereses del país, han llevado la consternación y la alarma á los puntos donde el enemigo no ha podido llegar; apenas se extendió y fué comunicada la noticia de la rendición, prurieron en durísimas é injustas acusaciones contra los miembros del Gobierno de París.

Tales extremos de la pasión, nada significarían, dado el conocimiento de su origen y carácter, si no hubiera cundido una voz hasta el presente autorizada, á hacer coro á los clamores de la muchedumbre demagógica é ignorante. El ministro Gambetta ha publicado una proclama, donde hallaron sancion todas las insensateces de las turbas de Marsella, de Lyon, de Burdeos y de Lissieu.

En esta proclama, inspirada por un apasionamiento indisculpable en un miembro de un Gobierno, se condena, con mal contenida imprudencia, la resolución del Gobierno de París que ha dado por fruto la rendición de la plaza.

De autemano contestó á tan infundadas acusaciones el Gobierno parisiense, dirigiendo á la nación un manifiesto en el que se explica y legitima aquel acuerdo.

París vencido por su propio esfuerzo, casi tanto como por las hostilidades del enemigo sitiador, no podía resistir por mas tiempo; los víveres agotados, la miseria general, las esperanzas de auxilio perdidas, después de las derrotas de los tres ejércitos, el ejército de la ciudad desalentado é impotente, después de la salida del día 19, hacían completamente desesperada la situación de la capital, y los miembros del Gobierno no podían arrostrar la tremenda responsabilidad de entregar la plaza á los horrores del hambre y del bombardeo.

La opinión sensata de la Francia y la de toda Europa ha tenido, pues, datos sobrados para juzgar la conducta de Julio Favre y sus colegas: sin temor de incurrir en débiles é infundados conceptos, podemos asegurar que la Francia ha recibido un servicio positivo de la capitulación estipulada, sobre todo si se atiende á que éste ha llegado cuando ya la gran ciudad, con su constancia y esfuerzo, ha dejado muy alto el nombre de la Francia, cuyas derrotas han sido por lo general gloriosas y debidas, no á la debilidad, sino á la fatalidad y la fuerza de un poderosísimo adversario.

IV.

El armisticio estipulado por Julio Favre, al tiempo de firmar la capitulación, representa para la Francia un suceso de innegable importancia, que ha de influir favorablemente en la marcha de la guerra, contribuyendo, como sin duda alguna contribuirá, al deseado término de esta lucha desastrosa.

La condición principal del armisticio, la reunión de la Asamblea Constituyente en Burdeos, es una firme garantía de que los legítimos intereses de la patria prevalecerán sobre las bastardas imposiciones de las muchedumbres, secundadas por los débiles gobernantes de la delegación de Burdeos.

Ocasión sobrada ha ofrecido á estos últimos la celebración del armisticio, para hacer patente su culpable docilidad á las exigencias demagógicas. Además de la proclama-circular de que hemos hecho mención, la cuestión electoral, suscitada por la expresa condición del armisticio, ha motivado la expedición de un decreto, en el cual sus autores, gobernantes republicanos, no han vacilado en conculcar los principios mas sagrados del ideal que dicen profesar.

El sufragio universal, base inquebrantable de todo Gobierno liberal, ha parecido á manos de los delegados de Burdeos, quienes señalaron arbitrarias restricciones al voto de los ciudadanos: imposible era que ese injustísimo proceder obtuviese la sanción del país; imposible que los sinceros partidarios de la doctrina

liberal, sufrieran contra este un ataque tan rudo, una sofisticación tan vergonzosa, por los que mas la han preconizado.

Por esto hachocado el decreto de Burdeos, con el espíritu de la Francia inteligente; por esto en nombre de la Prusia, directamente interesada en que la futura Asamblea represente genuinamente la voluntad nacional, ha protestado el conde de Bismark, contra la violación del derecho electoral, por esto, finalmente, el decreto de Burdeos ha tenido que ser retirado, para dejar vigente el del Gobierno de París, que se halla de completo acuerdo con el principio cuya aplicación dispone.

La disidencia que este asunto ha engendrado entre Gambetta y demás miembros de la delegación, empeñados en sostener su arbitrario decreto, y Julio Simon, enviado del Gobierno parisiense, quien ha manifestado á la prensa de Burdeos su propósito decidido de hacer que prevalezcan las disposiciones de sus colegas de París. La disidencia ha quedado resuelta con la salida de Gambetta del Gobierno francés, y quedando anulado el decreto que adulteraba el sufragio; éste, pues, se hará en Francia con entera libertad.

El telégrafo ha empezado á darnos conocimiento del resultado de las elecciones en algunos puntos; no son con todo los datos bastantes para que juzguemos decididamente de la significación y tendencias que habrán de distinguir á la futura Asamblea. Parece, empero, indicarse que no son los candidatos republicanos, y menos los rojos, los que mas popularidad y favor alcanzan en los comicios.

De todos modos, amantes de la civilización, é irreconciliables con la razón de las armas, empleada hasta aquí, alimentamos el deseo y la esperanza de que la Asamblea de Burdeos sabrá dar á la cuestión guerrera, que es para la Francia de vida ó muerte, la solución patriótica y salvadora, que no puede ser otra que una paz digna y honrosa.

ULTRAMAR.

LA CONSTITUCION DE PUERTO-RICO.

IX.

Raro y anómalo ha de parecer que al ocuparnos de la parte orgánica de la Constitución porto-riqueña, lo hagamos con la brevedad que nos proponemos, siendo así que su importancia no es por ningún concepto menor que la de la parte dogmática, á la cual tan largamente hemos consagrado nuestra atención.

Diferentes razones, y entre ellas dos principales, tenemos, para resolvernos á ese proceder. Búsquese la primera en lo que dejamos expresado en nuestros primeros artículos, acerca de nuestras opiniones sobre organización colonial. Y búsquese la segunda en los artículos del proyecto que examinamos, y que—después de habernos trasladado, para aceptarlos, al terreno en que las actuales ideas sobre Puerto-Rico han colocado á la generalidad—debemos confesar que en su mayor parte corresponden, mejor que las de la parte dogmática, al propósito liberal á que el proyecto indudablemente obedece.

Por un lado, mal juzgaríamos con criterio, que no es el del proyecto, el espíritu que en este domina; nuestro objeto habría de quedar reducido á exponer el sistema autonómico, como preferente al que se vá á emplear, y esta es cosa á que desde el principio de nuestro trabajo hemos renunciado, después de verter sinceramente algunas ideas sobre el particular, que dieran á conocer y legitimaran nuestra aspiración.

Por otro lado, si abandonando ya discusiones sobre sistemas, queremos señalar como límite de nuestra crítica, el círculo que marcan los artículos del proyecto, sucede—conforme hemos dicho—que poco hay que observar, dado el acierto, solo por algunos errores debilitado, con que se aplica en la Constitución, el espíritu que á la idea de su formación domina, una vez sea dicho espíritu aceptado.

Preciso será con todo, que, pues no se halla esta parte completamente libre de errores, consagremos algún espacio al examen del articulado que la forma; que

si con esto podemos conseguir su alteración en buen sentido, algo habremos logrado, por mas que no sea todo lo que nosotros quisiéramos.

El título 2° del proyecto, consagrado por completo á la organización interior y á determinar las relaciones políticas y administrativas, propias exclusivamente de la menor Antilla, casi nada se presta á la censura, casi nada inspira en sentido reformador del proyecto.

Se halla, por de pronto, atregrado á los principios científicos y prácticos de la política la organización de la provincia por municipios, base de la sociedad, después de la familia y radio primero, á que extiende el hombre sus actos, al salir del hogar donde vive como entidad privada. Dado el municipio, dada esta base natural de toda agrupación social, y admitida en una Constitución, proyectada en España bajo el influjo de las modernas doctrinas, era perfectamente lógico, que á los ayuntamientos porto-riqueños se les diera igual consideración que á los peninsulares, ya que una misma es la razón política y una misma la necesidad práctica que les dá existencia. Ha sido, por consiguiente, obrar en perfecta consonancia con la razón y la justicia, el no reducir por medio de excepcionales disposiciones, el círculo de sus actos y el no alterar su naturaleza, tan perfectamente marcada, como la tiene todo ser ó agrupación, que es hija de su propia espontaneidad.

Nada mas propio, en consecuencia, que hacer extensiva á Puerto-Rico la ley general de ayuntamientos votada por las Cortes Constituyentes, con aplicación á los municipios de la provincia. Algo excepcional, aunque nunca en sentido restrictivo, podía exigir el carácter de la antigua colonia, hoy justamente elevada al rango de provincia; algo tal vez, quisieran tener como peculiar á ellos, los pueblos que se hallan diseminados por aquel territorio; empero este es punto que habremos de tratar separadamente, si es que algun día, después de estudiarlo con madurez, nos parece oportuno y digno de ser traído al debate, como cuestión que importe al progreso y felicidad de nuestros compatriotas de la menor Antilla.

Hoy por hoy, bástenos decir que nos parece satisfactoria la disposición contenida en el segundo apartado del art. 5.° á que nos hemos estado refiriendo, y que si esperamos de la ley municipal vigente en la Península, notable eficacia para el adelanto y perfección del individuo, en cuanto al orden de relaciones públicas que mas de cerca le atañen, otro tanto, y no menos fundadamente, nos prometemos de la aplicación de la misma ley, en la sociedad porto-riqueña, como al igual que lo son en la Península, sean perfectos los trabazon y enlace que se haya dado al municipio con su inmediato círculo, la provincia, punto que trataremos de resolver en el artículo siguiente.

UNA ALOCUCION DEL P. JACINTO.

El P. Jacinto ha dirigido una alocución á los obispos católicos, que ha causado cierta sensación en el mundo cristiano.

Hé aquí el escrito del célebre carmelita:

«A monsieur...

Mi querido amigo:

Estoy profundamente agradecido por las gestiones que por mí habéis hecho durante vuestra permanencia en Roma. No sois el primero que ha intentado reunirme de nuevo, no digo con mi Iglesia, porque jamás me he separado de ella, sino con el ministerio que durante veinte años he ejercido en su nombre, y que he creído que lealmente no podía continuar desempeñando, en vista de las nuevas condiciones que se me habían hecho.

Trato de evitar de hoy en adelante, así á mis amigos como á mí mismo, los inconvenientes que presentan tales gestiones, cuando sobre ellas no se ha hecho la luz. Por otra parte, quiero contribuir, en cuanto de mí dependa, á que en los asuntos de la Iglesia haya una completa publicidad, único sistema digno y eficaz. Por esta razón me decidí, después de maduras reflexiones, á publicar la *Alocución á los obispos católicos*, que escribí con fecha 25 de Diciembre último.

En medio de los sufrimientos de la patria, á la que he venido á servir en esta ribera amiga, mas de lo que podría hacerlo sobre el suelo natal, no elevaría mi voz en una cuestión personal, si esta cuestión no afectase en alto grado á

mi conciencia, y si no se relacionase con intereses, que son superiores á los demás, en Francia, sobre todo; los intereses religiosos.

Dignaos recibir, mi querido amigo, con la expresión de mi gratitud, la completa seguridad de mi sincera adhesión.

Jacinto.

Londres 16 de Enero de 1871.

ALOCUCION A LOS OBISPOS CATÓLICOS.

Roma, ausente de cuerpo, presente de espíritu.

El santo día de Navidad de 1870.

Quando estalló la guerra, semejante á un rayo que respondiese á la promulgación del dogma impío en el Vaticano, me apresuré á escribir una corta protesta, y una vez cumplido este deber, guardé silencio. Veía pasar, como la paja arrastrada por el huracán, á los dos absolutismos, ora aliados y ora enemigos, que habían pesado con tanta fuerza sobre la Iglesia y sobre el mundo, el imperio de los Napoleones y el poder temporal de los Papas! Los factores de la infabilidad no han comprendido este silencio religioso en que se encarraron tantas almas, y que ellos hubieran debido guardar mas que nadie; prosiguiendo la audaz política que de un mismo golpe ha causado su triunfo y su pérdida, especulan ruidosamente con la reserva mas ó menos prudente de los unos, con la adhesión mas ó menos forzosa de los otros. Semejante error no puede prolongarse, y seríamos culpables no oponiéndonos á lo que llegaría á ser mas tarde la prescripción de la mentira.

Si para los franceses, sobre todo, ha podido ser al principio la catástrofe política una razón para callar, ha llegado á ser hoy motivo que obliga á hablar y á obrar. No vacilo en decirlo, la cuestión que en este momento es la mas primordial en Francia, es la cuestión religiosa. La Francia no puede vivir sin el cristianismo, y, sin embargo, no puede aceptarlo bajo las formas opresivas y corrompidas de que la han revestido. Hé aquí por qué, mas que al resto de las razas latinas, permanece forzosamente sin religión, y, por consiguiente, sin moral eficaz, entre el ultramontanismo y la infidelidad, dos enemigos de quienes no se cuida y á quienes debería combatir, por lo menos, lo mismo que á los que solo han invadido su suelo.

Permítaseme, pues, que en presencia de los males de mi patria, y de los males de la Iglesia, me dirija á los obispos católicos del mundo entero; á aquellos, sobre todo, que ven la situación como la veo yo mismo, y que sé que son numerosos. Yo no soy nadie para hablar con tanta libertad; pero no ha dicho el ilustre Gerson, que en los tiempos de crisis corresponde á la mas débil mujer convocar el Concilio ecuménico y salvar la Iglesia universal? Yo uso de este derecho, cumpla este deber, excitando á los obispos á hacer cesar el cisma latente que nos divide, tanto mas profundamente, cuanto que es menos visible.

Ante todo tenemos necesidad de que nos digan si los decretos del reciente Concilio obligan ó no á nuestra fé. En una Asamblea cuyas primeras condiciones son la completa libertad de las discusiones y la unanimidad moral de los sufragios, obispos notables por su número, por la autoridad de su ciencia y de su carácter, se han quejado en alta voz y por varias veces de las restricciones de todas clases impuestas á su libertad, y finalmente, se han negado á tomar parte en la votación. ¿Sería posible que, de regreso en sus diócesis, y como al salir de un prolongado sueño, hayan adquirido la certidumbre retrospectiva de haber gozado en realidad, durante su permanencia en Roma, de esta independencia moral de que no habían tenido conciencia? Tal suposición es una injuria, no se trata de uno de esos misterios superiores á la inteligencia humana, sino sencillamente de un hecho de sentido común, y cambiar de opinión en semejante materia, no sería someter su razón á la autoridad sino sacrificarle su conciencia.

Si es así, somos libres, después del Concilio como antes de él, de rechazar la infalibilidad del Papa como una doctrina desconocida á la antigüedad eclesiástica y cuyo fundamento solo estriba en documentos apócrifos que la crítica ha condenado sin apelación.

Tenemos la libertad de decir en voz muy alta, y lealmente, que no aceptamos las últimas Encíclicas y el *Syllabus*, cuyos mas inteligentes defensores se ven obligados á interpretar en oposición con su sentido natural y con el pensamiento conocido de su autor, y cuyo resultado, si se tomasen en serio estos documentos, sería demostrar que existe una incompatibilidad radical entre los deberes de un católico fiel y los de un sábio imparcial y de un ciudadano libre.

Tales son los puntos mas salientes sobre que se ha verificado la excisión. Todo católico que se cuida de la integridad y de la dignidad de su fe, todo sacerdote que abrigue en su corazón la fealdad de su ministerio, tienen el derecho de interrogar á los obispos sobre estos puntos, y estos tienen el deber de responder sin reticencias y sin ambages. Las reticencias y los ambages son los que nos han perdido, y ya ha llegado el tiempo de restaurar en nuestra Iglesia la antigua sinceridad de las cosas religiosas, que tan debilitada está.

Pero observese bien: los hechos y las doctrinas que acabo de indicar, se unen á un vasto sistema, y para aplicarse á los detalles es preciso que el remedio se extienda á todo el conjunto. La cuestión se ha aumentado por los mismos excesos de los ultramontanos, y de hoy en adelante es cuestión de saber si el siglo XIX

tendrá su reforma católica, como el XVI tuvo su reforma protestante.

¡Contemplad, oh obispos, á la esposa de Jesucristo, que es también la vuestra, á la Santa Iglesia traspasada como él con cinco llagas!

La primera, la de la mano derecha, la mano que lleva la luz, es el oscurecimiento de la palabra de Dios. ¿Por qué se ha encerrado en la oscuridad de las lenguas muertas y bajo el sello de las más severas prohibiciones, el libro sagrado, abierto sobre el mundo para iluminarlo y fecundarlo? El pan de doctrina y de vida que Dios había preparado lo mismo para los humildes que para los sabios, ¿por qué se les ha privado de él? En vano se pretextan los abusos de herejía é incredulidad.

Pongamos la Biblia en su verdadera relación con la ciencia por medio de una inteligente interpretación, y ni la una ni la otra tendrán que temer nada: pongámosla en verdadera relación con el pueblo por medio de una educación digna de ambos, y la Biblia llegará á ser el guía más seguro de la vida del pueblo, la inspiración más santa de su culto.

La llaga de la otra mano es la opresión de las inteligencias y de las conciencias por el abuso del poder jerárquico. Es verdad que Jesucristo dijo á sus apóstoles: «Id y enseñad á todos los pueblos»; pero también les ha dicho: «Los reyes dominan en las naciones; ¡que no suceda lo mismo entre nosotros!»—¡Sucesores de los apóstoles, apresuraos á retirar de sobre nuestros hombres el pesado fardo que ni nosotros ni nuestros padres hemos debido llevar y devolvednos el dulce y consolador yugo á que nos ha convidado el amor del Redentor!

¿Qué diré de la llaga del corazón? La llamaré por su nombre, porque los que más sufren son los que menos hablan de su dolor: es el celibato de los sacerdotes. No hablo del celibato voluntario, tanto más agradable á Dios, cuanto que es libre y feliz como el amor que lo inspira; privilegio de un pequeño número de almas llamadas y mantenidas en él por una gracia excepcional. Pero cuando se extiende indistintamente á las naturalezas más diversas y menos preparadas, cuando se impone como un juramento eterno á su inesperienza y su entusiasmo, el celibato llega á ser una institución sin entrañas y casi siempre sin moralidad. Los pueblos que creen ver en él el ideal exclusivo de la perfección, desconocen la santidad de la vida conyugal, y rebajando la familia en provecho del cláustro, hacen de él el refugio de las almas vulgares. ¡El hogar doméstico ya no es un altar!

Pero he aquí las últimas llagas de la Iglesia, y como la enfermedad de sus pies en el apoyo que buscan sobre la tierra: quiero hablar de la política mundana y de la piedad supersticiosa. La Iglesia tiene una política pues que está necesariamente en relación con las potencias del mundo; pero la expresión más completa de ella está en la palabra del Maestro:

«Cuando me haya elevado sobre la tierra, todo lo atraeré á mí.» ¡Es esta la política del poder temporal y del brazo secular que hace de la posesión de algunas provincias en Italia y de algunos privilegios en Europa la condición misma del imperio de las almas, y como el eje de todo el edificio espiritual? ¡Política tan funesta á la Iglesia y al mundo como la revolución á quien sirve el combatir, y cuya obstinación impotente y ciega se quiere elevar hoy á la altura de dogma! Sin embargo, no es la fuerza espiritual la que falta al catolicismo de nuestros días: cuenta por millares las almas desinteresadas y adictas, y vé florecer en su seno las virtudes y las obras más admirables. ¿Por qué esta piedad tan verdadera se ha entregado con tanta frecuencia á las seducciones de un misticismo sin profundidad, y de un ascetismo sin austeridad, bien diferentes de los que han constituido la grandeza de los antiguos siglos cristianos? Las prácticas exteriores, materiales iba á decir, se multiplican sin cesar: el culto de los Santos, el de la Santa Virgen, sobre todo, se desarrolla en grandes proporciones, y además con un carácter extraño al verdadero sentimiento católico, y en tanto vemos disminuir entre nosotros la adoración del Padre en espíritu y en verdad de quien Jesús hizo el ama de su religión.

He aquí el cuerpo de Cristo en el estado á que nuestros pecados le han reducido sobre la tierra, y los pecados de los sacerdotes tanto, y más todavía, que los del pueblo. Oh, obispos, ¿No tendréis piedad de él? ¿No le prestareis un eficaz remedio? ¿No hay ya bálsamo en Gaiad? ¿No hay médicos ya?

Me detengo, pues tengo el corazón muy oprimido. No sé lo que será de mi débil palabra en medio del choque de los imperios, y de la voz de la sangre sobre los campos de matanza. Lo que sé es, que no es bastante fuerte para apresurar el cumplimiento de los designios de Dios, es bastante verdadera para anunciarlos.

Lo que sé también es que no me separo de la santa fé católica, ni de la Iglesia de mi bautismo y de mi sacerdocio. Si sus jefes venerados acogen mi humilde palabra, volveré á tomar con obediencia, al mismo tiempo que con honor y lealtad, un ministerio que ha sido la única pasión de mi juventud, la única ambición de mi vida, y cuyo doloroso abandono me fué impuesto por mi conciencia solamente.

Si, por el contrario, no me contestan más que con su reprobación ó su silencio, no seré inquietado en mi amor por una Iglesia más grande que los que la gobiernan, más fuerte que los que la defienden; y conservando la herencia que me han legado mis padres, y que no pueden arrebatarme excomuniones injustas, y por consecuencia sin valor, llevaré á la preparación del reino de Dios sobre la tierra el trabajo personal

y libre que es la ley común de todos los verdaderos cristianos.

JACINTO.

MEMORIA

LEIDA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL EN LA SESION PÚBLICA DEL PRESENTE AÑO, 1871.

Excmo. Sr.: Tiempo há que á fines del año me toca bosquejar un informe acerca de la Biblioteca Nacional, cumpliendo lo que ordena el art. 51 de su reglamento: nunca he principiado tan á lo último como esta vez; y sino se hubiese presentado una obra, optando al uno de los dos premios que anualmente ofrece esta Casa, no muy próspera hoy, el actual escrito comenzaría y acabaría pidiendo á V. E. que renunciáramos en tal ocasión á la solemnidad con que debe ser leída la Memoria de la Biblioteca; solemnidad que ya no se celebró en el año 1865, si bien por causas diferentes de las de ahora. Las mensuralidades que de la consignación para el gasto material de la Casa le debe el Tesoro, son muchas. No es necesario precisar cuál será el estado de un establecimiento, faltar de sus ordinarios recursos; pero tampoco es noticia de los indispensables en este acto, mas propio de otra especie de manifestaciones. La de nuestros apuros, mejor que para expuesta aquí, es para sufrida y callada. Pasemos pronto á lo que sea menos ingrato de participar y de oír.

Fueron, durante el año 1870, satisfechos en la Biblioteca Nacional 66.025 pedidos de libros, entre impresos y manuscritos, correspondientes á 62.813 papeletas de demanda. De estos libros, los impresos pertenecientes á ciencias y artes componían 22.845 obras; las de historia fueron 7.915; las de bellas letras, 6.258; las de jurisprudencia, 5.089; de misceláneas y periódicos, 4.391; de teología, 695. En castellano, 41.758; en francés, 4.671; en latín, 553; en italiano, 113; en inglés, 62; en alemán, 25; en portugués, 16; en tálago, 5; en bisayo, 2; en chino, otros 2.

Comparando los expresados números con los respectivos en el año anterior, aparece haber servido la Biblioteca Nacional, durante el de 1870, 26.039 pedidos de libros más que en 1869. De tal aumento ha de haber sido causa la disposición de que vamos á hablar, nueva en las Bibliotecas públicas de nuestro país, y no común en las extranjeras.

El ilustrísimo señor director general de instrucción pública, D. Manuel Merello, desde los primeros días de su ejercicio, en este importantísimo cargo, declaró el noble propósito de franquear por la noche al pueblo una de las Bibliotecas dotadas por el Gobierno en Madrid, á fin de que el jornalero, el empleado, el estudiante, cuantos quisieran aprovechar algún rato de noche en adquirir la gratuita enseñanza con que brindan las Bibliotecas, y no es asequible á personas que tienen ocupadas las horas del día, pudieran disfrutar de este beneficio cuando invita al recogimiento la ausencia del sol. Bien hubiera querido la dirección destinar á tan útil servicio un local, ó ya de antes construido, ó ya recientemente habilitado al efecto, donde el uso de luces artificiales, prohibido siempre en nuestras Bibliotecas públicas, no ofreciese peligro: se hubiera deseado tener un gabinete de lectura, sin madera en el techo, ni en muros, puertas, ni ventanas, y aun sin estantería; las mesas de hierro; un pabellón, en fin, de lectura, totalmente aislado, como se hubiera podido levantar en el jardín contiguo, que fué y ha vuelto á ser propiedad de nuestra Biblioteca. Razones imperiosas de imprescindible economía hicieron á la dirección abandonar, bajo esta primera forma, el noble y ventajoso intento. Se escogió, pues, la Biblioteca Nacional para abrirla de noche, en atención á ser en Madrid el depósito que tiene más libros y mayor personal; se iluminó con gas la sala de lectura y parte de otra; y abiertas al público en el primer día de Febrero de 1870, continuaron hasta fin de Junio, volviéndose á franquear en 1.º de Octubre último, y siguen abiertas. Como tener iluminada toda la Biblioteca hubiera sido gasto, en la mayor parte innecesario, y más grave la exposición á un incendio, y también se requeriría mayor número de empleados para servir á los lectores

y á la Casa, se exigió del público reclamase de día los libros que se le habían de facilitar por la noche, ó bien de una para otra; y á fin de que hubiese alguna seguridad de obtener los que se necesitaran, se permitió que pudiese cada lector pedir más de un libro por noche. Así se ha practicado y sigue practicándose, y el efecto ha sido el mejor que pudo apetecer la dirección, autora del pensamiento: la concurrencia nocturna á la Biblioteca fué y continúa siendo grande; el orden, el silencio y la compostura de los concurrentes, ejemplar; y del número de libros que suelen pedirse para la lectura con luz de gas, no llegan á una docena por día los de puro entretenimiento; son en su mayor parte de ciencias físicas, de medicina en particular, y sus afines ó auxiliares.

Muchos lectores piden una misma obra, y de ella la misma edición, lo cual hace ver que son estudiantes, ó por lo menos estudiosos, quienes, en efecto, necesitan consultar el libro en su texto último, por ser el que trae la doctrina vigente más valedera. De tan reparable circunstancia se infiere que la biblioteca ó bibliotecas gratuitas, necesarias de noche en Madrid, deben ser las especiales y científicas, donde, si el servicio ha de traer provecho notable, conviene tener á disposición de los lectores, no uno, sino varios ejemplares de cada obra de crédito distinguido. Quizá reclamen contra esto los autores y los catedráticos, diciendo que el estudio beneficioso no se hace con libros prestados en un establecimiento público, sino con el libro comprado en la librería, y tenido en casa á disposición del dueño, para poder consultarlo á cualquier instante. No negaré que sea justa la observación, respecto á las obras de poco ó de moderado coste; pero las muy extensas, ó enriquecidas con láminas, cuyo precio excede á las facultades de muchos alumnos, debieran hallarse á su disposición, y no limitadas á un solo ejemplar en bibliotecas facultativas.

Al llegar aquí, me asalta un recuerdo penoso. Lisonjera es la grande y escogida concurrencia que viene á la Biblioteca por la noche, tan grande ya, que á veces no hay mesas ni sillas bastantes para los lectores; pero donde se reúnen muchos, ya se supone que puede haber alguno, cuya agregación sería de desear que pudiera evitarse. Algun libro nos ha faltado en el servicio de noche, y á varios se les han echado menos hojas y estampas: los celadores que antes hubo en la Biblioteca, son ahora más necesarios que nunca. Es también necesario colocar á cada extremo del salón de lectura una firme y decente valla, dispuesta de modo que los lectores hayan de pasar uno á uno á dejar el libro y tomar la papeleta de la salida, para que se les permitan los porteros: necesario es, asimismo, construir un par de anaqueles de esquelito, portátiles, ó capaces de desarmarse, para que cómodamente se los pueda situar, ya en un lugar, ya en otro, según lo exigiere el servicio, y cuyas tablas de asiento para los libros estén forradas de piel, ó tela encerada y suave, á fin de que con el diario tráfego de los libros padezcan menos sus encuadernaciones, que no pudiendo ser aquí de subido precio, son, por consiguiente, de poca resistencia, de corta dura. El servicio de noche, pues, requiere gastos de muebles, de vigilancia y de reparación de desperfectos, que no se han podido sufragar por el atraso en la consignación para los gastos; y, sin culpar á nadie, permítaseme expresar ¡cuán doloroso debe ser para la Biblioteca nacional ver que siendo, ella, por tener más libros y más tiempo de servicio diario, la más útil al público matritense, haya otros establecimientos de la misma índole en Madrid, que, sirviendo al estudio menos, tengan menos atrasada la consignación del material respectivo! No es esto queja de V. E., á cuya disposición no están los caudales de nuestro mermado Tesoro público; diversos, no pocos favores, que la Biblioteca Nacional ha solicitado de V. E., los ha obtenido, siempre que han pendido de su mano, dispuesta y fácil á derramar beneficios.

En efecto, si el estado de otras bibliotecas, ó cerradas, ó sin personal casi que las sirvieran, ha hecho preciso que de la nuestra saliesen dos oficiales y un ayudante, V. E. de su espontánea voluntad ha dispuesto que la Biblioteca Nacional

pudiese admitir, para suplir á los que salían, y continuar y acabar los trabajos de índice, retardados por falta de brazos, no solo tres, sino seis individuos más, que sirviesen por ahora gratuitamente sus plazas en calidad de aspirantes, con opción, no remota (creemos) á plaza efectiva. Ocho se nos ofrecieron por sí, de los cuales, tres no más se han presentado luego, y han sido admitidos: tampoco es culpa de V. E. ni de nosotros que los cinco hayan renunciado á su primer propósito, ó bien preferido, para servir de balde, colocación en oficina donde, siendo la esperanza igual, el trabajo es menos.

El preferente en la Biblioteca es el servicio público: habiendo tenido que suplir todos los individuos de la Casa, por espacio de muchos meses, á los que habían salido de ella sin ser al pronto reemplazados, la continuación del índice ha debido padecer grave retraso: no se han hecho más para él que 7.834 papeletas.

La entrada de obras en la Biblioteca Nacional, durante el año 1870, no ha sido corta; si bien es necesario advertir que los dones han excedido mucho á las compras, y que de éstas, no todas han podido ser todavía pagadas.

El regalo más estimable, y uno de los mayores que ha recibido la Biblioteca nunca de país extranjero, ha sido una colección de 128 Biblias en diversas lenguas y tamaños, decentemente encuadernadas en pasta: casi parece inútil expresar que proviene este don de la Sociedad Bíblica de Londres. Otro donativo, también de gran estima, es un manuscrito en folio, del cual hizo ya larga mención el excelentísimo señor marqués de Molins en el curiosísimo libro que publicó el año pasado con el título de *La Sepultura de Cervantes*, páginas 195 y siguientes. Poseíalo el Sr. D. Valentín Carderera, que nos lo ha cedido generosamente, por lo mismo que lo apreciaba en lo mucho que vale. Su título ya lo indica. Es un *Índice de las calles y casas de Madrid*, principiado á formar á fines de Diciembre de 1625, y terminado en 1656; consta de 340 hojas, con registros alfabéticos además, al principio y al fin, el uno de nombres de calles, y el otro de personas, porque se expresa en el texto quién era el dueño de cada finca: excusado es detenerse á ponderar la importancia histórica de tal manuscrito.

De las demás donaciones de fuera y dentro del país, acompaña al presente discurso catálogo aparte. Mencionaremos aquí la de un retrato al óleo, del presbítero Sr. D. Gaspar Bono Serrano, poeta distinguido. Una copia, no despreciable, del retrato de D. Juan Melendez Valdés, que pintó Goya, ha sido comprada por la Biblioteca.

Procedentes de la catedral de Avila, se nos han remitido por el Archivo histórico 312 tomos de obras en latín, ediciones incunables muchas, casi todas de teología y derecho.

En virtud del art. 13 de la ley de propiedad literaria, ha recibido la Biblioteca Nacional, durante el año de 1870, la suma de 526 libros, remitidos los más por el ministerio de Fomento, unos pocos por el de Ultramar, algunos cuantos procedentes del convenio con Francia, algún otro de los gobiernos de las provincias, algunos, en fin, entregados por los editores ó autores en esta misma Casa. También varios mapas y fotografías, y 829 piezas de música. Aparte, los boletines oficiales de 44 provincias.

Se nos han remitido igualmente por el ministerio de Fomento 136 obras dramáticas, impresas, no todas, en el año de 1870.

Entre nuestras compras de libros hay dos de gran importancia: 1.965 obras diversas, que pertenecieron á la librería Balear de D. Miguel Fernando Capdepon, adquiridas luego por don Francisco Asenjo Barbieri, y 95 de los herederos de nuestro malogrado amigo, el Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara.

Folleto y papeles varios, poco costosos, se han comprado muchos, recientes y antiguos: entre ellos, y libros de todas clases y tamaños, han ingresado en esta Casa, durante el año anterior, 19.881 artículos.

De publicaciones notables hechas en España durante dicho año, poco ha de poderse decir, porque agitada la nación con las más graves cuestiones de la política, la parte de letras y ciencias no contaminada por ella ha debido ser no

muy fecunda. Madrid ha visto aparecer y huir casi diariamente gran número de periódicos nuevos, que no han llegado á formar período, y otra multitud de papeles sueltos, de los cuales algunos hemos recogido aquí; los mas nos faltan.

De otra clase de obras, deberemos recordar el tomo IV del *Nomenclátor general de España*, la undécima edición del *Diccionario de la Academia Española*, su *Gramática*, *Compendio de ella* y *Eptome*, y el *Pronuario de Ortografía* de la misma; las *Obras de D. Antonio García Gutiérrez*, impresas ya en 1866, y hasta el de 70 no publicadas; el tomo LXI de la *Biblioteca de Autores Españoles*, primero de la *Colección de poetas líricos del siglo XVIII*, formada é ilustrada por el excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto; el *Eptome del Derecho*, por D. Eduardo Gomez Moreno y Puchol, cinco tomos; *Exámen histórico crítico de los trabajos concernientes á la Flora Hispano-lusitana*, un volumen en 8.º, por D. Miguel Colmeiro; *Historia general de Andalucía desde los tiempos mas remotos hasta 1870*, por don Joaquín Guichot, cuatro vol. en 8.º marquilla; *Una visita á Roma*, vol. en 8.º marquilla, por D. Pio de la Sota y Lastra; *Libro de la Cámara Real del Principe D. Juan*, vol. en 8.º mayor, por Gonzalo Fernandez de Oviedo; *Tragedia llamada Josefina*, por Micael de Carvajal, precedida de un prólogo, por D. Manuel Cañete, vol. en 8.º mayor; *Discursos patrios de la Real ciudad de Badajoz*, por el doctor Rodrigo Dosma Delgado, con un prólogo de D. V. Barrantes; *Poesias de D. Jerónimo Borao*, vol. en 16.º; *Sistema nuevo fundado en las leyes generales del mundo material, para explicar el calor, la electricidad y el magnetismo*, por D. Rafael Chamorro y Abad; *Serena*, recuerdo de historia y de filosofía cristiana, por el Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro; *La Leyenda del trabajo*, por D. Meliton Martín; *Corte y Cortijo*, novela, por D. Antonio Hurtado; el segundo tomo de las *Obras literarias* de D. Jesus Rodriguez Cao, y otras diversas, que constan en el catálogo de donativos.

La mención, que no he podido menos de hacer, del portentoso niño Rodriguez Cao, me trae á la memoria otro, que no se malogró en la niñez, que no es conocido como escritor, que no escribió en español cosa notable, bien que firmase muchas, y á quien debe la Biblioteca Nacional recuerdos inolvidables de agradecimiento.

Hay entre los manuscritos de ella uno, seguramente no de los mas curiosos, registrado ya en el *Ensayo de Biblioteca española de libros raros*, tomo II, pág. 134 del *Apéndice* á dicho volumen, apéndice que es en general un extracto, y á veces copia literal, de nuestro índice de manuscritos, hecha por el Sr. D. Bartolomé José Gallardo; cuya nota dice únicamente: «*Quijote de la Mancha* (Don). Un cuaderno en francés.» Nuestro índice de manuscritos viene á expresar lo mismo. En efecto, es un libro ó cuaderno de poco volumen, escrito en papel fuerte, con buena letra, no tan buena la tinta, bien encuadernado en tafete azul oscuro, con cortes dorados, cuatro florecitas de lis, doradas tambien, á los cuatro ángulos de cada tapa, y otras cuatro en el lomo, encubierta ahora la una con un papel reciamiento pegado, que contiene la signatura del libro en la Biblioteca: V, 117, lo cual quiere decir que el manuscrito lleva el número 117, entre los que se custodian en el estante señalado con la letra V.

Las hojas ó interior del libro no dan muestra de que lo hayan leído mucho; y sin embargo, de las cuatro puntas de las tapas, las tres, no solo están rozadas, sino rota la piel de la encuadernación, como de libro muy manoseado por fuera, y aun maltratado; lo mismo se advierte en los bordes de las tapas y en el plano de ellas; la polilla ha hecho tambien algun agujero en la parte mas baja del lomo. Cruzan éste cinco resaltes ó nervios; y entre el primero y el tercero, separadas por el segundo, hay estas cuatro líneas de versalitas doradas, cada línea de solas tres letras, porque no caben mas en el escaso grueso del tomo:

DOM
QVI
CHO
TO. 5.

Abierto el libro se lee la siguiente portada:

Don Quichote

Tome V.

(Don Quijote, tomo quinto.)

Queda un gran espacio de papel en blanco, y abajo hay el número 1693.

Es nuestro libro un manuscrito francés, en tamaño de octavo, mayor que el español, y consta de 55 páginas, mas ó menos llenas, una en blanco, á espaldas de la 55, y dos despues, sin numeracion, que comprenden la tabla de los capítulos del tomo, encabezada con este título:

Table des chapitres
de ce 5.º Volume.

En el tejuelo, pues, en la portada y en la tabla se dice que el volumen que describimos es un tomo quinto; pero ni en la Biblioteca Nacional, ni en la de palacio, de donde vinieron á la Nacional (entonces Real, ó Librería del Rey) los impresos y manuscritos de su dotación primera, por los años de 1711, se halla tomo alguno de los cuatro que faltan á este *Quijote*; solo nos queda el último; y no es traducción del *Don Quijote* de nuestro país, sino obra original francesa, que no se extiende (queda ya dicho) á mas que á 55 páginas, repartidas en seis capítulos; y el marco de las páginas comprende, ya catorce, ya quince renglones.

Si cada uno de los cuatro tomos que faltan contenia cantidad igual de lectura que el quinto, claro es que no podian ser traducción exacta de nuestro *Quijote*; ni la tercera parte de él comprendieran. Si eran originales, y de mérito no superior al tomo que se conserva, no hay por qué lamentar su extravío: no hemos perdido cosa mayor.

¿A qué, pues, podría decirse, ocupar la atención de la superioridad y de este respetable auditorio con la prolija descripción de un manuscrito de poca importancia?

Manifestaremos el por qué.

Debajo del renglon que en el mencionado cuaderno forma el epigrafe del primer capítulo, epigrafe reducido á tres palabras en francés, *Aventures sur Aventures* (Aventuras y mas Aventuras, en castellano), hay una cifra ó signo que consiste en una A mayúscula de carácter cursivo, cruzada con un rasgo á manera de S, ó F, ó D echada hácia atrás, que arranca de la parte inferior de la A, y forma con ella como un número 8; y hay otra A de igual figura debajo del sumario de cada uno de los otros cinco capítulos, y otro, en fin, al remate de la tabla de ellos; y esta A, cruzada con la S, la F, la D, el medio 8, ó el simple rasgo indicados, es cabalmente la rúbrica usual de Felipe V, que antes de ser rey fué Duque de Anjou, apellido que principia con A; y la encuadernación del libro aparece adornada con las flores de lis borbónicas, y el tafete es del color de la banda de Felipe V, y en la portada del cuaderno tenemos el número 1693, y Felipe nació en 19 de Diciembre de 1683; de manera que en 1693 contaba solo de nueve á diez años. Nuestro tomo versaría un ensayo de narración francesa, un ejercicio de retórica de Felipe de Anjou, cuando era muchacho, cuando estudiaba? Procuremos averiguarlo.

El manuscrito es anónimo, nada nos dice; el Catálogo de la Biblioteca, tampoco; D. Bartolomé José Gallardo no añadió noticia alguna en la copia que hizo de nuestro índice. La letra del manuscrito no es de Felipe ni de otro niño; es de mano firme, de un buen amanuense francés; la rúbrica parece hecha por el mismo que escribe el cuaderno; igual el corte de la pluma; la tinta, la propia; del exámen, pues, del manuscrito que poseemos, nada al pronto se saca en limpio.

Pero, no lejos de la Biblioteca, en el Palacio Real, en el archivo del ministerio de Estado, existe una colección de manuscritos que pertenecieron á la Cámara de Felipe V, y no bajan de sesenta (1), ricamente encuadernados en tafete, con flores de lis en lomo y en tapas, aunque mayores que las de nuestro códice, por ser mayor tambien el tamaño de aquellos; y uno de estos últimos tiene la siguiente portada, de muy buena letra, en la primera plana escrita:

Philipp Ducis
Andegavensium
Themata
á Calendis Octobris MDCCXCI.

(1) He debido el favor de reconocerlos á la benévola amistad del Ilmo. Sr. D. Francisco

La i en que termina esta fecha está como borrada ó raspada, señal de que sobra. Debajo de la línea se halla la rúbrica de la A, igual á las siete de nuestro manuscrito, y debajo de la rúbrica, el año 1690.

En la primera plana de la segunda hoja principia el índice del volumen; concluye en la siguiente: y cerrando el índice, aparece otra vez la rúbrica de la A, escrita sin duda por la hábil mano de quien escribió el índice y la portada del manuscrito que citamos... y todo el nuestro.

Con que tenemos aquí un manuscrito del duque de Anjou á la edad de seis años, señalado con su rúbrica, bien que forjada por mano ajena. No se puede suponer que un escribiente usara para sí la firma de su amo; se puede, sí, creer con mas fundamento que la pondria como estampilla, hecha con pluma; y así, deberemos entender que la rúbrica viene á ser la confirmación de la portada, en la cual se nos dice en latín que aquellos son temas ó ejercicios literarios de Felipe, duque de Anjou.—En el año 1690 no habia en el mundo mas duque de Anjou que el que diez años despues fué rey de España.

Lo que la portada de dicho volumen expresa en latín, lo repite otro en francés, titulado *Versions* (Traducciones). Tal vez se lee en el tejuelo del volumen (uno en 4.º), y en la 1.ª página de él *Versions de Philippe duc d'Anjou depuis le premier jour d'Octobre, 1690*. La 2.ª página contiene la tabla de lo contenido en el libro, que son varias metamorfosis de Ovidio: la letra de la tabla es la del manuscrito de la Biblioteca; la letra de las traducciones, como la de los temas (*themata*), es de otra mano: forma desigual, insegura, clara sí, pero no muy bella.

La tapa izquierda del libro lleva este principio de inscripción en letras doradas:

VERSIONS

DV

SERENISSIME

PRINCE;

PHILIPPE

DVC

D'ANJOU

M. D. C. L. XXXXI.

y en la tapa de la mano derecha, se completa la inscripción, diciéndose:

PHILIPPE

DVC

D'ANJOU

M. D. C. L. XXXXI.

Otro tomo hay de *Versions* francesas, correspondientes al año 1692, marcado en el tejuelo con el número II (de numeración romana), tambien con portada y tabla escritas por la propia mano que el códice de la biblioteca, y al fin de la tabla tambien la rúbrica de la A.

De la misma letra y del mismo año 92 hay en el citado archivo otros dos tomos de *Versions* (el tercero y cuarto); otro de temas; cuatro, sin nota de año, de los *Comentarios de César*, traducidos al francés; uno de la *Historia del Patriarca José*, otro de *Judit* y *Tobías*; otro de *Los Oficios* de Ciceron; uno de *Catecismo*; otro que principia con la *Vida de San Eutimio*, en latín; otro, en fin, en folio y en idioma francés, con este tejuelo.

HIST. D'ESPAGNE

DE

MARIANA

TRADUIT EN

FRANÇAIS

PAR SA

MAIESTE

TOM. I.

El traductor era ya rey entonces; la letra es la del esmerado calígrafo que trasladaba en Francia los manuscritos del niño duque, Felipe de Anjou, y les ponía portadas é índices: debió, pues, venir á España con su señor; circunspectancia que, ayudada de otras, parece indicar la persona de un M. Laroche, llamado aquí D. Claudio La Rocha (1), que fué muchos años secretario de la estampilla (2). Conocemos ya la letra del copiante; la de Felipe, aunque no dejó firmado ni con su nombre ni con su rú-

Millan y Caro, del señor archivero D. Félix de Pereda y Lopez, y del Sr. D. José Alcalá Cailiano.

(1) Nombrado ayuda de cámara del rey Don Felipe V, en 21 de Febrero de 1701. Noticia debida, con otras muchas, al Sr. D. Crisanto Francisco Puchol, oficial del archivo del real palacio.

(2) Hay en el archivo del real palacio minutas de D. Claudio La Rocha: la letra es, ó parece, la misma de nuestro tomo V de *Don Quijote*.

brica ninguno de los volúmenes de que tratamos, resulta identificada en ellos por la comparación de dos; en el primero de los cuales, que comprende ejercicios de *Aritmética*, y lleva este título en francés (*Aritmétique*) en el tejuelo, se leen en dicho idioma estas frases, al folio 14 vuelto: *Yo nací en 19 de Diciembre de 1683* (1). Esta, como ya hemos apuntado, es la fecha del nacimiento de Felipe de Anjou: no está firmada la nota; pudo ser escrita por cualquier otro que viese la luz en el mismo día y año; pero en uno de los tomos intitulados *Versions*, cuya primera hoja principia con el epigrafe (2) *La guerra de Holanda*, hay unos como apuntes históricos, ó mas bien un elogio de Luis XIV; y refiriéndose al rey, se encuentra allí una declaración equivalente á firma del elogiante (3).

«Esto es (dice) lo que he querido tocar á la ligera, á fin de que, animado por las grandes acciones que he referido, pueda algun día imitar la virtud de mi abuelo, y hacerme digno de tan gran príncipe cuando la edad me lo permita.» El nieto de Luis XIV, que escribía estas líneas, era el que habia declarado en su cuaderno de cuentas haber nacido á 19 de Diciembre de 1683; nieto nacido en tal año y tal día, no se le conoce á Luis XIV otro que Felipe, duque de Anjou. Mas: en la Biblioteca de palacio, sala 2.ª, estante, letra I, plúteo (tabla ú orden) 5, hay un tomo en 4.ª, bien encuadernado en pasta, con adornos dorados, iguales á los manuscritos de Felipe V existentes en el archivo del ministerio de Estado; el tejuelo del libro dice *Composiciones latinas*; en su guarda izquierda hay una tarjeta pegada en la cual se lee *Biblioteca del Rey N. Señor*; en la primera hoja siguiente no hay mas escrito que un nombre abreviado y un número: *Philipp. V*; dicho libro principia: *Philippus audax dictus...*, y concluye: *Joannem filium majorem reliquit*; y hay dentro del tomo una papeleta suelta, señalada con el número 1.402, que nos da estas palabras en latín y en castellano: *Composiciones latinas. Manuscrito, al parecer, del Sr. don Felipe V.*—Como lo que le pareció al redactor de la nota es precisamente la misma verdad, traemos en testimonio su parecer.—La letra, en fin, de este libro, la de las mencionadas versiones, la de la nota en el libro de *Aritmética*, y la de la renuncia de Felipe V en su hijo don Luis, la cual, sí, está firmada (4), es mas ó menos gruesa, mas ó menos cursada, ya de muchacho, ya de varon, pero siempre de un mismo individuo: Felipe, despues llamado *El Animoso*.

Una dificultad ocurre naturalmente aquí. Educado Felipe con la moral cautela que conviene para formar un príncipe cristianísimo, no parece probable que le dejaran sus maestros leer ninguna de las varias traducciones que al francés se habian hecho ya de nuestro *Don Quijote*; la lectura del *Ingenioso Hidalgo* no es para niños. Sin embargo, un docto eclesiástico español imprimió en Madrid años há, un *Quijote para los niños*, alijerado, simplificado, añanado, por decirlo así, y reducido á un solo volumen: pudo antes haber en Francia quien hiciese reducción parecida. Pudo el niño duque de Anjou haber visto en cuadros, en tapices ó estampas, aventuras de *Don Quijote*; haber preguntado qué representaban aquellas figuras: haber querido conocer el *Quijote*, y habérselo extractado en cuatro tomos ó cuadernos alguién, para que tomase cierta idea del libro, sin los lances cuya lectura no conviene á los pocos años (aunque yo sé quien lo leyó cuando todavia no contaba los ocho); pudo, en fin, el príncipe niño, sabiendo ya algo de *Don Quijote* y de su escudero, de Sanson Carrasco y Dulcinea, de paladines y de gigantes, urdir á imitación de lo que sabia, un trozo de fábula, introduciendo en él leones y tigres en medio de la Mancha, y un verdadero gigante, que fuesen vencidos por *Don Quijote*. (Concluirá.)

(1) Je suis né le 19 Decembre 1683. Nous sommes au 12 Feurier 1697. La difference est 13 ans 55 jours... de sorte que j'ai 13 années.

(2) *La guerre de Hollande*.

(3) Voilà ce que j'ai voulu toucher légèrement de l'histoire du roy á fin qu'étant encouragé par ses grandes actions que j'ai racontées, je puisse quelque jour imiter la vertu de mon ayeul et me rendre digne d'un si grand prince quand l'âge me le permettra.

(4) Existe en el archivo del ministerio de Estado, en borrador y en limpio: está en francés.

ESTUDIO PRELIMINAR

SOBRE LA LEY PROVIDENCIAL DEL PROGRESO.

VIII.

Las Constituciones doctrinarias.

Las instituciones constitucionales de los partidos doctrinarios, menester es decirlo, no son más que una transacción forzada, á la cual se acogió el poder hereditario al reponerse de su primera derrota, gracias al cansancio popular; solo son mezquina limosna, engañosa parodia de Constituciones grandes y justas; cómodo juguete que entretiene y adormece á los desheredados con el aparato de unos derechos por sarcasmo proclamados, y que se explotan por gentes mercenarias; no representan, en fin, á los ojos del filósofo más que el adulador agasajo del criminal, el tributo que la ilegitimidad usurpadora, consagrada por la venalidad, rinde al despojado soberano. Y en tanto ellos ¿quién no lo vé? construyen, al abrigo de la inviolabilidad, nuevos alcázares, desde los cuales, resguardados por el momento de la justicia popular, desafían al espíritu de libertad, cuyo santo nombre también invocan para legitimar sus atentados.

Una nobleza nueva, insolente, sin prestigio, sin méritos, sin hazañas, brota del seno de las mismas revoluciones, se agrupa junto á la aristocracia histórica, de ilustres nombres, pacta con ella, y se dividen ámbas, ávidas de grandeza y de fausto, la representación nacional y los cargos públicos.

Se han variado los nombres, ha cambiado la decoración, se han dorado las cadenas, y el pueblo siempre confiado, siempre crédulo, y para eso quieren que sea ignorante, ha victoreado á los nuevos señores y á la libertad con ellos. ¡Infortunado! ha entonado himnos de entusiasmo; ha volado á las batallas; se ha quitado el pan de la boca para sostener á los dominadores, y al regresar mutilado el ciudadano al hogar doméstico, al llorar la madre inconsolable al hijo sacrificado en el rojo altar de la guerra, una carcajada de ironía ha vertido en su corazón una verdad pavorosa. Se han variado solo los nombres, se han dorado las cadenas, se han aumentado los tiranos, las cargas públicas y los recaudadores del fisco; la soberanía y el derecho de mandar se han repartido entre algunos más: el Gobierno que antes era monárquico-teocrático-despótico, es ahora monárquico-teocrático-oligárquico é hipócrita en su despotismo. (1)

Las charcas de sangre, las ciudades y los campos incendiados, que arrojan pávida y vaporosa luz sobre la historia, representan simbólicamente la suerte que ha cabido á la humanidad en esos dramas terribles, en que llena de entusiasmo y de justicia ha trastornado la forma de los Gobiernos. La revolución ha sido explotada en beneficio de unos pocos, perdiendo su fuerza en manos de los corifeos que adularon el poder popular y lo ensalzaron para intimidar con él á la vacilante monarquía, engrandecerse y apostatar convirtiéndose en tiranuelos perjuros y opresores.

Hubo quien ofreciera á los caudillos del pueblo libras de lacayos, y un puñado de oro á los revolucionarios, y las bordadas libreas y el oro acallaron el entusiasmo de los *libres*, y la plebe fué desde luego facciosa, y los verdaderos facciosos patricios, los desvergonzados sabios, y los agiotistas de la suprema inteligencia procónsules que esquilmaron el erario público. Y arrollada la libertad al porta-estandarte de los caudillos, todavía fascinaba al pobre pueblo, que servía en contra de sus intereses, y remachaba las cadenas que habían de maniatarle al carro conservador de la opulencia y del poder adquirido en los motines, en la traición y el perjurio. Y los hijos del pueblo visten uniforme de mercenarios, y la ordenanza y el tambor extinguen en su pecho el sentimiento de ciudadanos. Y arrancados de la producción y de sus hogares los hijos del trabajo, contraen obligaciones absolutas que los comprometen, bajo pena de la vida, á quitarla á sus hermanos, á deshojar el árbol de la libertad, y á llevar la desolación, el terror y la muerte al seno de sus propias familias. Y los mismos

desheredados del derecho, armados de bayonetas por el deber, forman falanjes de esclavos, se convierten en máquina viva, que piensa, se mueve y ejecuta sin voluntad, con el odio y la cólera prestados, cuanto le ordena el capricho de la arbitrariedad entronizada. Y las bayonetas, la inquisitorial policía y el verdugo son la *razon* que convence á los pueblos y discute con los filántropos acerca de la bondad de unas instituciones que autorizan la farsa de la ley y sancionan la explotación de una aristocracia más insoportable que la antigua: la del sofisma y de la bolsa (1).

Urge poner término á este lujo de arbitrariedad, y más que á nadie importa á los sinceros amantes del orden, interesados en conservar la parte del antiguo régimen que puede servir de garantía al progreso. Hay necesidad apremiante de poner en armonía la práctica y la teoría constitucional de las instituciones representativas, porque es demasiado escandaloso que se profane el nombre de libertad con un sistema ideado para impedir su advenimiento, en el que las leyes pueden exceptuar de sus beneficios á la mayoría del pueblo, y por cuyo criterio es lícito calificar de anarquía el progreso en documentos oficiales. La igualdad ante la ley no pasase ser una esperanza con una legislación que procesa criminalmente y condena á presidio á los rateros por insignificantes cantidades, mientras deja impunes, protege, titula, honra y ensalza á los que roban millones. Ni es verdad que la ley sea la expresión de la voluntad nacional en una Constitución que priva del derecho electoral á la mayor y mejor parte de los ciudadanos.

Se apellida á las numerosas clases trabajadoras *plebe*, *canalla*, *gente perdida que nada tiene*, y se las excluye de la esfera constitucional activa, reservándose, no obstante, el deber de sufrir las quintas casi exclusivamente, porque las acomodadas redimen ese servicio con dinero, los impuestos directos é indirectos, los bagajes y alojamientos, y sobre todo, el derecho de fecundizar la tierra con el sudor de su frente, dar vida y subsistencia al Estado y sostenerlo con su incesante esfuerzo, recibiendo como recompensa el embrutecimiento, la ignorancia, el látigo, las vejaciones de todo género, la miseria, las tentaciones del crimen, el hambre en perspectiva y el cadalso.

Hombres degradados por el contagio del vicio, miserables y elegidos por las pandillas que monopolizan el nombre de conservadores, se apoderan de la representación del pueblo con el apoyo de la influencia oficial; se posesionan del santuario de la ley y de la agencia de negocios de sus clientelas; se combinan entre sí y con el poder, á quien siempre aplauden y quieren fuerte contra la opinión; predicen orden, porque pretenden empleos, y entienden que la ciencia de gobernar consiste en elevar la cifra de las contribuciones para asalarlar é interesar á mucha gente en la conservación de sus sueldos. ¿Qué importa á estas gentes que la miseria diezme las poblaciones; que la moral se corrompa más cada día; que el descontento crezca; que el despilfarro aumente los impuestos; que el déficit del presupuesto adquiera temerarias proporciones; que la crisis económica sea un mal crónico; que la bancarrota sea inminente; que el estado de alarma se agrave de día en día; que la opinión amenace cambios radicales; que paralizada la industria, ahogada la agricultura con productos sin precio proporcional sea el malestar insoportable, si el ejército, los esbirros y la ley reprimen á la fuerza la efervescencia popular y contienen á la plebe en el deber? ¿Qué es el

(1) Lo expuesto con tanta amargura era posible y se repetía diariamente y con toda ostentación á la sombra del sistema moderado que rigió hasta el 29 de Setiembre de 1868. Para remediar la violación de los derechos individuales y de las leyes, ha establecido la Constitución de 1869 el art. 30, que textualmente y para gloria de la Asamblea nacional dice:

«No será necesaria la previa autorización para procesar ante los tribunales ordinarios á los funcionarios públicos, cualesquiera que sea el delito que cometan.»

«El mandato del superior no eximirá de responsabilidad en los casos de infracción manifiesta, clara y terminante de una prescripción constitucional. En los demás solo eximirá á los agentes que no ejerzan autoridad.»

Hé aquí de qué manera se ha establecido el límite de la obediencia para hacer imposibles la arbitrariedad del poder y los atentados de la autoridad pública.

poder para los partidos medios más que la resistencia?

Los acontecimientos se suceden; las facciones se multiplican; la facilidad con que se adquiere la fortuna y se improvisan fastuosas riquezas excita la envidia de los jefes rivales, que intrigan y conspiran y se insurreccionan para alcanzar igual ventura, y escalando el poder cada cual en hombros de la apostasia y del perjurio se revuelven en el fangoso lodazal que sus pasiones mantienen en la altura; se injurian y despedazan entre sí; esquilman el Tesoro á porfía; se sacian de oro y exajeran el lujo, como todo advenedizo, y si el pueblo, el pobre trabajador que todo lo produce, que muere de cansancio, de estenuación y de miseria, sin derachos políticos ni civiles, sin jubilación ni más recursos en sus enfermedades que la caridad pública, grita un día indignado: «¡Viva la libertad!» la metralla apaga su voz sediciosa, porque la libertad es un sarcasmo y el despotismo se viste sus colores. Solo se han variado los nombres: se han dorado las cadenas.

Tal es la verdad si se penetra á través de la ilusión óptica en la cámara oscura de la hipocresía constitucional. Duro podrá parecer el cuadro (1), quizá á los que endureciéndolo liban en esmaltada copa de oro toda la dulzura que le falta; pero como su objeto no es adular á los poderosos, y si decir la verdad á quienes pueden restablecer su imperio sin sacudidas violentas, evitando una catástrofe social que amenaza, habrán de disimularse á un alma lacerada por la injusticia las que se crean tintas fuertes, porque no tienen ni llegan con mucho al exacto colorido con que se presentan á la consideración del hombre extraño á la especulación de los farsantes políticos, que todo lo ha sacrificado á la tranquilidad de su conciencia, que solo rinde culto á la religión del derecho.

Si estos gemidos han de perderse en la indiferencia con que los acoja el público, desesperado de las teorías políticas, en la vaporosa bruma del tiempo presente, como los sollozos de la madre que vela al hijo enfermo mientras el magnate, el bolsista y el *acudalado* exministro pasan por debajo de su buhardilla salpicando á los transeuntes con el lodo que despiden las ruedas de sus lujosas carrozas; si han de ser estériles como los de la pobre madre, no será ciertamente porque sean apasionadas, sino porque no habrán sido bastante elocuentes para producir el convencimiento en ese grupo de personas ilustradas, que por huir de la utopía aceptan la teoría de que el mal es ingénito en el hombre.

Felices los que no piensan ni sienten los estremecimientos del cuerpo social; los cortos de vista que no distinguen las corrientes de la opinión íntimamente sublevada; felices los optimistas que no atienden los fatídicos rumores que de vez en cuando se escapan de las entrañas mismas de la sociedad, y que no notan cuánto crece el descontento en las clases mismas que habían estado hasta ahora interesadas en la continuación del organizado desorden que se llama sistema constitucional en la mayor parte de las naciones europeas.

A medida que el tiempo, sagaz anciano, va explicando la razón de los sucesos que por de pronto asombran á la muchedumbre, penetra la incredulidad y la duda en el sencillo corazón del pueblo, que por preocupación espera todo su bienestar del Gobierno, y la esterilidad de sus atroces miserias le hace inclinarse á remedios violentos, que, francamente lo decimos, alta la frente y serena la conciencia, mucho importa evitar á los sinceros revolucionarios, torpemente calumniados por los que dificultan con rara estupidez que el progreso se verifique como aquellos más que nadie desean: pacífica y sucesivamente. Pero la civilización en mano de los partidos pseudo-conservadores, obliga al hombre sensible á reclinarse su frente en la adversidad en esas horas en que la imagen de Dios llena el inmenso espacio, y á llorar en silencio el doloroso contraste que producen los adelantos sociales. Porque al lado de cuantiosas riquezas, por cualquier medio acumuladas, y de soberbios palacios se elevan en formida-

ble protesta las mil y mil voces de una multitud famélica y haraposa, que se multiplica en la misma proporción que los adelantos. ¿Cómo no fijar la atención en ese fenómeno! En todos los siglos, en todas las edades, y en la nuestra en mayor escala, la humanidad siente sus males, se agita, aplica grandes remedios, verifica radicales cambios de sistema, y la opresión y el malestar acrecen en proporción sorprendente. Tantas decepciones matan la fe en la conciencia del pueblo, y desconfiado ya de lo que el lenguaje vulgar califica de pronunciamientos, aspira á una revolución radical, que produzca un cambio integral en el modo de ser de las instituciones políticas, civiles y sociales.

F. J. MOYA.

RESEÑA

SOBRE LA IMPORTANCIA, PROCEDENCIA Y CULTIVO DE LA SEDA, POR D. FRANCISCO JAVIER MARTI, ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA NACION, DE LOS ILUSTRES COLEGIOS DE LAS CIUDADES DE VALENCIA Y DE VITORIA; ASESOR DE MARINA CESANTE, INDIVIDUO DE LA SOCIEDAD ECONOMICA MATRITENSE, PREMIADO EN LA EXPOSICION GENERAL DE AGRICULTURA Y SECRETARIO DE GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE ALAVA.

La seda es un artículo de tanta importancia, que bastará para demostrarlo, considerar que apenas existe persona alguna que no consuma anualmente mas ó menos prendas de ella, siendo pocos los que conocen su procedencia ó el modo de adquirirla. Sus cualidades son tan apreciadas, que en donde se pretende ostentar el buen gusto y la riqueza, se distingue en primer término la seda. Colgaduras, tapicerías y vestidos elegantes, sabido es que son de seda; siempre preferidos los tejidos de esta especie á los de cualquiera otra clase. Cuando en la poderosa Albión se concibió el pensamiento de construir el coloso de los mares, «El Leviatan», concluida aquella obra inmensa, tropezaron los célebres ingenieros con una dificultad imprevista; no hallaban medios hábiles para boiarlo al agua: cables de esparto y cáñamo, cadenas de hierro de extraordinarias dimensiones, todo se rompía por no tener la necesaria consistencia á mover del astillero á aquel coloso. No era este contratiempo muy fácil de vencer, valiéndose por último del mas poderoso elemento: un cable de seda fué el medio de poder mover aquella monstruosa mole de hierro y madera. Las propiedades de la seda son muy apreciadas: cualquiera prenda de esta especie por mas que se use, nunca pierde su esplendor y hasta tiene la propiedad de repeler la electricidad, el rayo.

Practicando escavaciones en busca del oro y la plata, se han consumido recientemente cuantiosos capitales sin que la mayor parte de las veces ó casi ninguna, proporcionaran resultado alguno. La seda por el contrario: sin necesidad de grandes desembolsos y arriesgadas operaciones, fertilizando comarcas de fácil riego que nada producen actualmente, hermoseándolas con plantaciones de moreras, polian en un corto plazo proporcionar sedas suficientes al consumo de la nación, cuyo creciente desarrollo vendría muy en breve á abrir grandes mercados á donde acudirían las demás naciones en busca de este indispensable artículo, dejando numerosos beneficios para la agricultura, industria y comercio, en vez de que España tenga que destinar, como actualmente sucede, todos los años un número muy considerable de millones al extranjero para la compra de tejidos de este precioso artículo.

El cosechar abundantes sedas no sería nuevo en España: podríamos citar vestigios no pocos, en prueba de ello, pero inútil lo creo, porque notorios son, al menos conocedor la Aljarcía de Granada, emporio de sedas en otras épocas; las justamente famosas fábricas de tejidos de Talavera de la Reina, las muchas plantaciones de moreras que existen en distintos puntos y de notable consideración en los alrededores de Madrid, Aranjuez, Casa de Campo y San Fernando; en la actualidad todos estos elementos de riqueza nada producen, por no saberlos utilizar, por no aplicarles el conveniente cultivo.

La China fué la primera nación del mundo que vislumbró esta producción, concediendo sus habitantes hasta el título de divinidad á la emperatriz Si-Ling-chi, esposa del emperador Hoang-ti, que tuvo la feliz idea de cultivar la primera el insecto productor de la seda y traerlo al estado doméstico, muchísimo antes de la venida de Jesucristo; apreciando siempre los chinos esta producción, como el mas precioso don del cielo.

No era poco difícil sustraer á los recelosos habitantes del Celeste Imperio este portento, y se atribuye el haber podido burlar su vigilancia á unos misioneros persas que idearon introducir algunas semillas del insecto en el hueco de las cañas que les servían de báculos para extenderlo por otros países. Fué, sin duda, la Grecia una de las primeras naciones que se aprovecharon de este hallazgo: por lo menos así lo demuestra Virgilio en un tratado de agricultura, en donde explica cómo los griegos efectuaban la aviación de la simiente, método muy aceptable por cierto.

Los árabes, según parece, fueron los que im-

(1) Tal era el régimen antiguo, y no podía menos de ser con el censo electoral que vinculaba el derecho en unos cuantos privilegiados.

(1) Gran parte de este estudio se publicó en *BiEco del Comercio* en 1847, y posteriormente con el título también de *Estudios sociales* en un opúsculo impreso en Cáceres en 1855.

portaron á España el cultivo de la seda. Por lo menos durante su prolongada dominación explotaron grandemente esta riqueza, llegando ella á ser el ramo más importante de algunas provincias. Sus reyes tendieron siempre á desarrollarla, ya eximiendo de pechos ó contribuciones á los campos que tuvieran cierto número de moreras, ya haciendo concesiones á los que mayor cantidad poseyeran. Con su caída vino el descenso en la producción, que recibió el último golpe con las flotas de América, que cargadas de oro, plata y otras preciosidades, adormecieron á los españoles haciéndoles mirar con desdén toda riqueza que hubiera de adquirirse por el trabajo. De este modo es como Granada, que llegó á ser de las primeras productoras de seda en el mundo, apenas pueda contar hoy algunas cosechas en su famosa vega.

Esta decadencia, que es general en España, ocasiona la extracción de no pocos millones, contribuyendo poderosamente á aumentar la pobreza del país, cuyo mal irá creciendo necesariamente por la sencilla razón del aumento del consumo.

Miles de familias de algunas poblaciones importantes del Mediodía de la Península, que dedicadas á la elaboración de tejidos de seda ganaban su subsistencia, luchan actualmente con la mas espantosa miseria, y no pocas reputaciones y bien basadas fortunas, han recibido descalabros, difíciles de reparar. Todas estas circunstancias, demasiado ciertas por desgracia, no han sido suficientes hasta hoy para que se tratara de remediar un mal cuya gravedad afecta de tal modo la riqueza pública.

A mediados del siglo pasado, el eminente abate Lagrandería decía á Carlos III, en sus apuntes sobre el bien y el mal de España, lo siguiente: «Esta nación tiene en lo interior mas recursos que ninguna otra potencia; basta conocerlos, promoverlos y auxiliarlos. De la morera solo dice que el clima y el terreno de España son en lo general tan felices para el fruto de la seda, que si nos dedicáramos como debemos y nos conviene al fomento de este ramo interior, con él puede la nación enriquecerse, dentro de su casa, sin que ninguna otra potencia pueda estorbárnoslo.»

Estos y otros antecedentes y la práctica adquirida, me indujeron á verificar, en el año 1857 dos ensayos sucesivos dentro de Madrid, cuyos productos figuraron en la Exposición general de agricultura de aquel año, mereciendo ser premiados por el jurado, y aun existen parte de ellos regalados por mí, en el gabinete de ciencias naturales en el Jardín Botánico y en la Sociedad Económica Matritense. Desde aquella época todos los años he practicado otros ensayos dentro y fuera de Madrid.

Como yo, otros aficionados lo han venido ejecutando también en Madrid con el éxito mas lisonjero, mereciendo particular atención la administración del canal ó acueducto del Lozoya, pues en el año de 1864 un empleado de las dependencias de la expresada administración, crió por casualidad, en el depósito de las aguas situado en Chamberí, unos cien gusanos de seda. Observado su buen resultado por el jefe ingeniero D. Juan de Rivera, dispuso que toda la simiente procedente de aquellos cien gusanos, se criara al viniente año con algun esmero, multiplicándose tan prodigiosamente, que al cuarto año, 1867, se cosecharon mas de cuarenta arrobas de capullo, de las mejores condiciones, practicando durante este período, una plantación de moreras en las márgenes del canal que excede de dos mil. Cuando ya se hallaba dispuesto para el año viniente, verificar una cria mucho mas considerable, el Gobierno tuvo por conveniente variar aquella administración y personal, quedando, por consecuencia, abandonada una considerable y verdadera riqueza nacional.

Las noticias y antecedentes del referido hecho deben existir en la dirección de obras públicas.

La morera «árbol lleno de las bendiciones de Dios,» como tan oportunamente la calificó un sábio agricultor francés, debía extenderse su plantación todo lo posible, pues además de su hermosura para paseos y arbolados, se cria y multiplica prodigiosamente, proporcionando su abundancia, indudablemente, una considerable producción y ocupación á multitud de brazos, plantada y cultivada como enseña la experiencia, y es debido, porque abandonada á sí misma, según en el estado en que se hallan los muchos miles que existen en distintos puntos y particularmente en los alrededores de Madrid, se reduce mucho su producción y es de una calidad muy inferior. Conseguido ya el elemento indispensable para proporcionar esta cosecha, como es la morera, debe tenerse presente que el insecto que la produce reclama conocimientos especiales, sin los cuales su tratamiento es sumamente arriesgado. Después de contar con la cantidad de hoja suficiente á criar la simiente que se desea avivar, calculando necesarias ochenta arrobas por cada onza, debe preverse que en faltando una sola comida se pierde irremisiblemente toda la cosecha y no existe otro alimento que pueda sustituirle.

El edificio criadero debe ocupar una situación especial y precisa, y reunir muchas condiciones á propósito, con el fin de aprovechar ciertas circunstancias atmosféricas y evitar otras que en un momento arruinarían la cosecha. Debe, además, valerse el cultivador de algunos instrumentos físicos que con seguridad le marquen estos peligros, que no dejan de ofrecerse con frecuencia, para evitarlos con anticipación si es posible. Al traer el insecto del salvaje al

estado doméstico, necesita el cultivador proporcionarle muchas condiciones que la sába naturaleza le prodiga en el bosque, y práctica constante ha demostrado que nunca deja de retribuir con largueza los cuidados y desvelos que se emplean. España se halla tan atrasada en este cultivo, que en la provincia de Valencia, en donde se encuentran los criaderos de seda casi por el número de las casas de los pueblos, existen muy pocas que reúnan algunas condiciones buenas, y la perfección que requiere este cultivo, ninguno.

De aquí proviene que se invierten cuarenta y cinco y mas dias en la cria, cuando es indudable que puede reducirse este término á menos de la mitad, lo que sobre ser una ventaja económica, pues reduce el tiempo en que el insecto puede enfermar, siempre indica buena terminación la brevedad en la cosecha.

Conseguidos ya estos elementos con las mejores condiciones posibles, debe considerarse la existencia del insecto dividida en ocho períodos, teniendo presente que cada uno de ellos exige para su buena conservación distintos y preciosos cuidados, y que la mas insignificante falta ó descuido ocasiona su pérdida completa. El período primero es el de simiente, cuya duración debe calcularse en poco mas de diez meses, teniendo que acomodarse su buena conservación á las estaciones hasta llegar la oportunidad de la avivación, que debe procurarse sea lo mas espontánea posible, cuidando retardarla hasta después de salida la hoja. Avivado ya el insecto entra en el segundo período, en el que come sin cesar, hasta engordar tanto, que no pudiéndole contener la piel, por no crecer como lo interior de su cuerpo, cae en un estupor que vulgarmente se llama primera dormida, del cual no libra hasta que muda la piel, juntamente con el hocico, revistiéndose de otra interior mas elástica que le permite engordar mucho mas, y así entra en el tercer período, saliendo de este, como del segundo, de la misma manera que del cuarto y quinto, llamándose vulgarmente primera, segunda, tercera y cuarta dormida, lo que solo son verdaderas transformaciones para poder crecer.

Para comprender el modo cómo devora la hoja y de qué manera tan extraordinaria crecen, téngase presente que en diez y ocho dias á que puede reducirse el término de su cria, asemeja nueve mil veces como era al nacer, y esto, que á primera vista parece imposible, voy á demostrarlo. De cuarenta á cuarenta y dos mil huevecillos contiene una onza de simiente, de la que nacen ó se avivan igual número de gusanos; después de la cuarta muda, y antes de hilar, cuando llegan á su mayor desarrollo, cinco pesan una onza aproximadamente, y esto prueba que ha aumentado nueve mil veces su magnitud primitiva.

En este período, al salir de la última muda, padecen gravísimas enfermedades, y según ha aumentado su magnitud, han aumentado también los peligros de perecer, cuya suerte cabe á muchos sino se acude con solícitud á prodigarle los cuidados oportunos.

Silvados de esta gravísima crisis, entran en el sexto período, que es cuando mas comen, las tres cuartas partes mas de lo que han comido, hasta que llegan á su mayor desarrollo y entonces debe tenerse ya preparado el mejor modo para que elaboren su precioso fruto del capullo, con que entran en el sétimo período. Permanece en él encerrado, en estado de crisálida, hasta que reaparece convertido en mariposa, octavo y último período, en que fecundizada la simiente por la unión de macho y hembra, y sin comer, perece á los pocos dias.

El buen resultado de la cosecha venidera depende en gran parte del conocer qué mariposas deben aprovecharse y cuáles desechar, pues no todas reúnen iguales condiciones.

Imposible parece que la inofensiva mariposa pueda salir de un encierro tan fuerte y compacto, cual es el capullo; pero la naturaleza en todo previsoramente proporciona al insecto durante su cria, y antes de encerrarse, unos depósitos de ciertas sustancias que tiene destinadas á diferentes usos. Una gomosa que va soltando á la par que la seda por dos trompas nasales que le sirve para dar consistencia al capullo, y otro corrosivo que suelta después, para romper tan inimitable tejido y poder salir convertido en mariposa.

Resulta de esto un principio evidente y es: que si el insecto durante su cria ha sido bien cuidado y alimentado, con hoja de morera de buenas condiciones, se proporciona mejor el que pueda adquirir todos los elementos que exige su buena terminación, siendo la seda de mejor calidad y mucho mayor su cantidad; y cuando los cuidados y condiciones no reúnen las cualidades precisas, se observa que de muchos de los capullos de los pocos que han podido conservarse, en unos sale la mariposa enfermiza y raquítica, y en otros se experimenta que ha soltado el corrosivo; pero que no siendo en cantidad y fuerza suficiente para poderlo romper, queda dentro muerto, inutilizándole y degenerando así las mejores razas del insecto.

Para probar lo atrasado que se halla en España este cultivo, y lo susceptible que es de útiles mejoras, nótese que, conteniendo una onza de simiente de cuarenta á cuarenta y dos mil huevecillos, los que avivados en otros tantos insectos y convertidos en igual número de capullos, producen ochó arrobas próximamente de las que pueden hilarse treinta y dos libras de seda, de doce onzas cada una, entre nosotros ha llegado á reducirse á ochó ó diez libras de seda por cada onza de simiente, y se tiene comunmente por muy buena la cosecha, porque

efectivamente este resultado retribuye muy exipiéndidamente al cosechero. Pero es indudable que se han perdido las tres cuartas partes de la cosecha, ó muy cerca de ellas, sin saber de qué manera.

España ha llegado ya á una situación tan poco lisonjera por la escasez de sedas, que el Gobierno y especialmente el ministro de Fomento, debería atender con preferencia, dentro de sus atribuciones, el modo de remediar esta falta. Actualmente que el Gobierno emana de la nación y gobierna para la nación, con la incorporación al Estado de los cuantiosos bienes que constituirían el Patrimonio que fué de la corona, puede con facilidad sin gravar los fondos públicos ni perjudicar á nadie en lo mas ínfimo, proteger poderosamente el planteamiento y desarrollo de tan importante industria prestando un inmenso servicio á la agricultura, industria y comercio y á la nación entera.

Los municipios de las capitales, y especialmente el de Madrid, deberían también fijar su atención en este ramo de la riqueza pública, plantando muchos miles de moreras en los distintos arbolados que pertenecen á sus dependencias, debiendo comprender que la morera es un árbol que además de su fruto, que es la hoja, puede rivalizar con los mas hermosos destinados á los paseos. Hace pocos años se bastó la hoja de las moreras del que fué Canal de Manzanares, y á pesar de su mal estado por la falta de cultivo, por la hoja de un solo año, se remató en 17 rs. cada morera, lo que prueba la considerable riqueza que fácilmente podría desarrollarse adoptando el sistema que llevamos indicado, teniendo presente que, bien elegidas las calidades de moreras mas convenientes, y aplicándose el cultivo especial que requiere este árbol, se podría con facilidad elevar mucho mas su valor.

Otras naciones, apenas vislumbran la espontaneidad de un producto especial de su suelo, cuando agotan los recursos mas remotos en su beneficio, estimulando así sus fuerzas la acción de la naturaleza, y creando considerables venenos de riqueza, de lo que en su primitivo estado eran meras tendencias físicas. Mientras que entre nosotros viene descuidado este cultivo desde la expulsión morisca, otras naciones han introducido recientemente mejoras de tal consideración muy suficientes á despertar nuestra apatía.

A los infatigables estudios del conde Dandolo, D. Moneti, Buntien, Bronski, B najas, Beauvius, Dr. Arcet, Garrier, Aulet y otros, deben la Italia, la Alemania y la Francia su floreciente estado en el cultivo de la seda, correspondiendo una parte muy poderosa á sus paternos Gobiernos, y en particular la Francia, que á principios de este siglo, solo contaba una insignificante producción reducida á sus provincias del Mediodía, teniendo únicamente unos ochó millones de moreras, logrando elevar este número hasta el año de 1833 á mas de quince millones, cosechando ya dos millones y medio de libras de seda.

El rey Luis Felipe prodigó grandes esfuerzos con el fin de extender en Francia todo lo posible este ramo de riqueza, y lo consiguió: no solamente se aumentó en las provincias que ya existía, sino que se aclimató en casi todos los departamentos; contando en el año de 1849 mas de veinticuatro millones de moreras, produciendo anualmente la fabulosa suma de cuatro millones de libras de seda.

Mientras otros países luchan con inconvenientes naturales, difíciles de vencer por su clima, nosotros, favorecidos por la naturaleza, hemos desperdiciado este gran bien que indudablemente nos proporcionaría inmensos beneficios, y, sobre todo, ocupar á muchos miles de familias en los variados y distintos trabajos que requiere este precioso artículo.

Una de las preocupaciones que mas han influido en España á impedir la generalización de plantar y desarrollar la morera, es la errónea creencia de que no puede alimentarse en muchos puntos, por la sola razón de que no las hay actualmente. Este error es el que debe tratarse de desvanecer cuanto antes, concurriendo para ello todas las personas ilustradas y que quieran demostrar algun celo por la prosperidad del país, pues no hay mas que plantar moreras y prácticamente se verá, que si acaso existe alguna, será muy pequeña y escasas las comarcas en donde no prevalezca potente y lozana.

Cierto es que se necesitan saber muchos y minuciosos detalles para criar con provecho la morera y la seda, pero estos pueden extenderse y aprenderse con facilidad por el menos conocedor.

F. JAVIER MARTÍ.

Vitoria, Enero, 1871.

CARTA NOTABLE.

El ilustrado escritor colombiano señor don J. M. Vergara y Vergara nos ha favorecido con el siguiente escrito, que insertamos gustosísimos, recomendándolo á nuestros suscritores, por el innegable interés que acompaña al escrito sobre que versa:

Sr. D. José María Gutierrez de Alba.

SANTAFÉ DE BOGOTÁ.

Madrid 29 de Enero de 1871.

Muy distinguido señor mio: Mientras

Vd., en mi patria, donde «no quiere, ni puede, ni deber ser extranjero,» se ocupaba en la civilizadora misión de reanudar los lazos que existieron entre España y Colombia, tarea por la cual doy á Vd. mil gracias, yo, acompañado de nuestro común amigo D. Adriano Paez, y auxiliado por todos los recursos de su inteligencia y de su corazón, emprendía una labor semejante en esta tierra, donde á mi vez no puedo, ni debo, ni quiero ser extranjero. Ambos, ó mejor dicho, todos tres, comprendíamos que las relaciones literarias serían el mejor medio para estrechar ó loos, si los había, y para despertar afectos que no podían estar muertos, sino dormidos, porque de los afectos de familia, cuando se entibian y parece que han fenecido, se puede decir lo que dice el Evangelio de aquel bienaventurado cadáver, destinado á ser prueba del poder de Dios: *Non est mortuus, sed dormit.* Otro tanto podemos decir del mutuo afecto que existe en el fondo de los corazones, en los dos pueblos españoles, que en las dos lejanas riberas del mar de Atlante, se engrían en los mismos recuerdos y se expresan en el mismo idioma. Ya nuestro Cervantes, el grande, el único, había ilustrado maravillosamente esta idea en su novela de *La fuerza de la sangre*, y la fuerza de la sangre hablará tan alto en nosotros, que al fin, nuestras mismas antiguas disensiones se conviertan en un asunto de gratas conferencias, dejando de ser un recuerdo odioso. Si de hijos á padres, ó de vasallos á señores tratamos ayer, de hermanos á hermanos, de libres á libres trataremos hoy, y cada cual en su casa, y Dios en la de todos, buscaremos las reliquias de los destrozados hechos durante la lucha, para restaurar y conservar los muebles de familia.

Para conseguir esto, nuestro idioma y nuestra literatura han sido y son y serán poderosos auxiliares. En efecto, cómo pudiera resistir el corazón grande y ardiente del español, sea peninsular ó americano, á la magia de nuestro idioma, cuando en él oye que se le llama hermano? Creo que nuestra obra, estimado señor mio, no habría podido llevarse á buen término hablando en inglés, por ejemplo; pero propuesto en español, en español tiene que ser aceptada.

Partiendo, pues, del principio de que la independencia de América es un hecho irrevocable, que ni se discute ni volverá á discutirse nunca, Vd. español y nosotros americanos, aspiramos á que cese el funesto entredicho, puesto entre hermanos que ni siquiera tienen el egoísmo de la prosperidad, para explicar su indiferencia ó importuno desamor; pueblos que se aman, como Vd. habrá podido verlo en mi patria y yo lo he visto en la suya. «Dígame Vd. á los americanos, me decía el insigne Lopez de Aya-la, que á un sur-americano no se le hace en España la injuria de tratarlo mejor que á los del país, sino que es visto como uno de tantos españoles.» «Persuada Vd. á sus paisanos, me decía el no menos insigne y conceptuoso Campoamor, que, si nos odian, su odio está mal correspondido.» Y no quiero citar textualmente las palabras de otros distinguidos españoles, porque todas expresan la misma idea, y por no alargar demasiado esta carta, en que me falta aun mucho por decir; pero aseguro, bajo mi palabra de honor, y para confirmar las de Vd. á mis compatriotas, que en todos los lugares de España, donde he estado, mi condición de americano, patente en mi pasaporte y en mi acento, no me ha hecho desmerecer ni ganar: aseguro que, al que llega hablando español á España, no se le pregunta si vuelve ó si viene.

Que somos un solo pueblo separado por el mar, es cosa que se vé en todo y á cada paso. Vd., en su paseo al *Salto de Tequindama*, que con su lozana imaginación sevillana ha cantado, veía el lugar donde un ignorado cataclismo rompió la sierra grámatica para dar paso al caudal inmenso de aguas que anegaron esa opulenta llanura de Bogotá. Tenia usted en las dos tajadas orillas de la partida roca, que en una de ellas se ven las piedras salientes, y en otra los senos que ocupaban y dejaron varios al retirarse, y viceversa; de manera que si las dos mitades de roca volvieron á juntarse, cada piedra encontraría su hueco, cada hueco recibiría su piedra. Así veo las dos costas morales de esta y aquella

patria: aquí he encontrado nuestras costumbres y nuestros vicios, nuestras virtudes y nuestros gustos, lo malo y lo bueno, lo altivo y lo campechano, todo, todo igual. ¿Y por qué lo que es igual y se busca, ha de estar siempre separado? ¿Quién gana con este divorcio? ¿Quién cobra la renta de este capital?

Si nadie puede dar respuesta racional á estas preguntas, es forzoso convenir en que es mejor terminar que continuar una situación anómala, que interrumpe la armonía que preside en lo moral á las sociedades, en lo físico á la naturaleza.

Mientras nuestros respectivos Gobiernos se hacen cargo de estas reflexiones y se tienden mutuamente la mano, que no faltará quien la reciba y estreche, «dejando el odio insano para enemigos vascuencés», á nosotros, simples particulares, nos toca la misión de allanar el camino: nuestro campo es los afectos personales, nuestras armas las letras, nuestra elocuencia el corazón; y si es menester un jefe, un emperador; nuestro emperador será el que perdió un brazo en Lepanto. España no puede desheredar á América, del Quijote: América no puede renunciar á tan rica herencia; y las deliciosas páginas del sublime manuscrito son bienes vinculados de la familia, que no pueden dejarse en poder ni de unos ni de otros. Solamente en el caso de que América produjera otro Cervantes, podría separarse de España; pero en ese caso sería mucha lástima y poco decoro separar los dos Cervantes.

Usted, español, es miembro hoy del Liceo de Bogotá, cuyos miembros le han elegido á Vd. presidente.

¿Podrá estar más claro de parte de mi patria del alma, los sentimientos que abraza respecto de España? Toca á usted hacer presente á esta, su patria de Vd., cuáles son los sentimientos de la mía; tócame á mí referir á mis compatriotas cuáles son los de la suya, y tal es el objeto de esta carta.

En el número pasado de este periódico, que lleva el nombre del rico y amado continente á que debo la vida, apareció el importantísimo documento en que la Academia convida á los literatos americanos á asociarse á ella en sus sabias tareas. Esta España, que dió á América un día la mitad de su sangre, le da hoy la mitad del magisterio de su idioma. La redacción del informe de la comisión es tan cuerda y afectuosa para nosotros, como previsora y afectuosa la del acuerdo expedido por aquel ilustre cuerpo. Con un tacto que no puede ser inapreciado si no por el mejor deseo de acertar, convida, sin imponerse, de tal manera, que la aceptación honre á quien la dá, y que la negativa no puede deshonrar á quien la reciba. Adelantándose á las susceptibilidades de los Gobiernos, y consultando la independencia de los nuevos académicos, si por una parte llaman á los hijos del país á esos puestos, por otra se reserva el derecho de hacer los nombramientos.

Para apreciar esta disposición, permítame Vd. un episodio. El espíritu de partido, que tanto influye en las altas regiones, no interrumpe las relaciones personales en el campo neutral de las letras; y Vd. habrá podido ver en Bogotá que en el antiguo y siempre amigable vínculo del Mosáico, en que Vd. ha sido recibido con los brazos abiertos, fraternizan los liberales y los conservadores, reservándose sus derechos de conciencia política. Ya le habrán referido á Vd. una de las más inolvidables páginas de nuestro Mosáico; la de aquella noche en que de repente se presentó entre nosotros (la mayor parte conservadores), el que era entonces presidente de la república, y ha sido y es uno de los más distinguidos talentos de mi patria; el Dr. M. Murillo, que con su pluma derribó á un partido, y luego, novel presidente, con su alta ilustración lo amparó.

Le habrán contado aquel brindis de los liberales por sus amigos conservadores presentes, en que el Dr. Murillo apartó la copa cuando Samper dijo: imito á los liberales... y Murillo contestó: «el presidente de la república no es liberal ni conservador;» y el brindis con que los demás contestamos al de nuestros amigos personales y adversarios políticos, los liberales, saludando al presidente, que tan hermosa y fecunda lección nos daba. Todas esas escenas, que están bien escritas en nuestros corazones, le habrán hecho ver que en Colombia el

único lugar donde se respira aire puro, cuando la atmósfera se caldea, es en ese campo bendito de las letras, donde parece que solamente se hacen versos, y donde, en realidad, no se cultivan sino nobles y elevados sentimientos.

Le habrán contado que cuando alguno de esos amigos sin celos ni amor propio, llega á Bogotá, sin más tesoros que su talento, hay brazos que alzan un trono para el que, solo, hubiera consumido su riquísimo cerebro, como consume un incendio en el desierto árboles bellos, maderas preciosas y resinas valiosas; y acompañado, estimulado por voces amigas, lucha, vence y se corona; que otro de esos amigos cayó herido en el corazón y debió su vida á la solicitud, vigilancia y cariño de los que en cuatro días seguidos le improvisaron en sus corazones madre y esposa para salvarlo; que luego otro, herido á su vez con un sufrimiento casi tan grande como su corazón, que es mucho decir, ha seguido su camino á tientas, en la ceguera de su dolor, sin más guía que los brazos de sus hermanos, de esos amigos en que se apoyaba.

Le habrán referido igualmente que durante las administraciones del doctor Murillo, del general Acosta, del general Gutiérrez y del actual ilustrado y benévolo presidente, los nombramientos se han hecho más en las personas que en los electores, y que si hoy tiene el encargo el Gobierno de nombrar los miembros de la Academia colombiana, es seguro que lo haría á gusto de todos, y lo que es más, de su propia conciencia; pero también le habrán referido que hemos tenido algunos gobernantes que capaces hubieran sido de proveer siete puestos de la Academia en siete ayudantes de campo ó en siete rábulas, y que de esta clase de gobernantes se pueden encontrar todavía en lo porvenir algunos en América.

De lo expuesto deducirá Vd. fácilmente, en orden inverso, que la Academia española, al reservarse los nombramientos y no suplicar á los Gobiernos que los hagan, nos libran de las pasiones de partido; y que de esa amistad fraternal con que se honran los literatos en América, y especialmente en Colombia, es de esperarse con toda seguridad que ellos propondrán á la Academia española nombres de literatos honorables, sean ó no sean liberales ó conservadores. La Academia, pues, ha procedido con suma cordura y prevision al crear esos cuerpos correspondientes, al dejarles el derecho de propuesta y al reservarse el de nombramientos.

Hacia falta en América, en cualquiera parte de ella, sea en Bogotá ó en Méjico, en Buenos Aires ó Lima, Caracas ó Santiago de Chile, un cuerpo académico, autorizado para que luchara contra la barbarie que, en forma de anarquía y disfrazada de libre exámen, invade y tala, quema y devasta el campo sagrado del lenguaje: un cuerpo á quien la sombra de Cervantes pudiera decir lo que decía el pueblo-rey á sus dictadores en los días en que los bárbaros llegaban á las puertas de Roma: *Videant consules ne Respublica detrimentum patiantur*. Pero ¿quién nombraría ese cuerpo, conservador por sus funciones, liberal por ser el encargado de defender la autonomía nacional, la independencia y los fueros del idioma? Si los celos gentilicios no hacían negatorios sus acuerdos, la vasta extensión del territorio, la falta de comunicaciones, la pequeñez relativa de la población, el *sube y baja* de nuestros movidos Gobiernos, los derechos parlamentarios de *pido la palabra, propóngase, discútase por partes, niéguese la primera, apruébese la segunda, discútase esta otra en su lugar, alterese el orden del día* y demás refracción del pueblo que legisla, no *more ático* ni romano, sino *more rico*, habían hecho migatorio todo, hasta un prodigio de buenas intenciones.

Hubo un hombre cuyo nombre era Bello: él era la luz y la verdad en América. Sábio, reflexivo, laborioso, su voz solo bastaba para imponer á cualquier muchedumbre. Y se oyó su voz. Partes hay en América en que ni siquiera es conocida. Luego, suponiendo que hubiera habido un cuerpo académico que hubiera legislado, hubiera sido también más ó menos *voz clamantis in deserto*.

La Academia, nombrando una correspondiente suya en cada capital, dá á cada nación una autoridad grata y acep-

table, y reuniendo el trabajo de todas en una sola, dá á toda la América una sola Academia. Refundiéndola en sí misma, dando al escritor americano derechos de elector, si por una parte centralizó en el emporio de la vieja Castilla la dirección del idioma que en Castilla nació, por otra cede gran parte de su venerable autoridad, y pone en minoría sus sesenta miembros (treinta y seis de número y veinte y cuatro correspondientes en la Península) respecto de los 112 miembros convidados y asociados que llama en América, suponiendo que cada república, y unas con otras, tengan el número de siete, *minimun* que fija el acuerdo fundamental. Estos 112 miembros no votarán en las sesiones materialmente, es cierto; pero la diferencia del número es tan considerable, y la razón que preside las discusiones de la Academia es tan serena y justificada, que los 112 ausentes harán fuerza de ley á los 34 presentes, si tienen razón, y en muchos casos aunque no la tengan enteramente. Pongamos un ejemplo: supongamos que de las diversas voces nuevas que naturalmente propondrán las Academias americanas hay una, en que convienen todas ellas, y que repugna un tanto á la Española. El resultado no es de difícil adivinación para quien conoce los trabajos ó las personas de los académicos españoles: la voz será adoptada. La ausencia del votante estará lejos de serle desfavorable; por el contrario, su misma ausencia será una tiranía en cierto modo para los bien nacidos presentes. La Academia, pues, ha dejado inclinar más la balanza del lado de la fraternidad que de la autoridad, al conceder tantos derechos á las que ha creado.

El diccionario de provincialismos, que debe hacerse aparte para no hacer perder sus quilates á las voces castizas, es una gran necesidad en un idioma como el castellano que tiene un imperio tan inmenso que el sol nunca se pone en sus dominios. Y digo que tales voces no deben ponerse juntas, porque cualquier mercader acaudalado, por ramplón y simple que sea, pone aparte las monedas de oro de las de plata, y ambas de lo menudo que para el gasto diario destina; cuanto más un escritor que es dueño de más altos y soberanos tesoros, y que no querrá ni gastar el oro de Cervantes para hablar en familia, no porque se use y gaste, sino porque es vestido rico que se debe guardar para las fiestas, ni gastar el cobre para hacer odas ó inmortalizarse en poemas.

Bien: ese diccionario de provincialismos, donde entre otras cosas se debe buscar la voz bien formada, y á quien la popularidad unánime acreditó, para elevarle al Diccionario de la lengua sábia, no está hecho. ¿Y quién podría hacerlo? España no podría sin el auxilio de América; tampoco América sin el auxilio de España, y mucho más cuando sin academias que reuniesen el trabajo de muchos habían de perecer los esfuerzos aislados de los individuos, sin llegar jamás á formar un todo respetable, como se pierden en la tierra las gotas de agua que no forman arroyo.

Y satisfecha la necesidad de un diccionario de provincialismos, todavía quedaría en pie la del gran Diccionario de la lengua. Para tal empresa, que es obra de erudición lo mismo que de laboriosidad, no basta el reducido número de los académicos peninsulares. La Academia, que mucho ha hecho en este particular, corrigiendo y aumentando cada una de las ediciones de su Diccionario, ha dado ya once de ellas; pero ni está satisfecha de su obra, ni los literatos lo encuentran á la altura de la necesidad.

En presencia de esta, de ella se aprovechan ya escritores, ya especuladores para formar á escote y anunciar con pomposos y vanos rótulos otros diccionarios confeccionados como cosas de botica; pero no de la farmacia sábia en que químicos diestros y científicos preparan cuidadosamente la triaca saludable, sino del empirismo vil en que charlatanes sin conciencia anuncian el *sol* universal, las *píldoras cúralo todo*, el *elixir* de la larga vida, y demás sandeces de la laya que al mismo tiempo que hacen perder los dineros del comprador incauto, le proponen un veneno de difícil extirpación. Si las Academias americanas no contribuyen de una manera muy notable á la preparación de la edición duodécima y siguientes, habría, por lo menos, el buen resultado de

suprimir quejas que ya no tendrían razón de ser.

¿Y aceptarán los americanos estas Academias con que los honra y convida la Española? Temer un no, sería hacer un agravio á la viva inteligencia de nuestra raza, iluminada por el caro sol que sirvió de Dios á los incas, antes de que nuestros antecesores, con bonisimas intenciones y poca maña, les anunciaran el Dios verdadero, que alumbra, no los cuerpos, sino las almas.

La Academia Española nombra tres individuos correspondientes suyos en cada capital Sur-americana. Esto no pasa de un honor y de un recuerdo fraternal; pero esos tres individuos están autorizados á pedir, si lo estiman conveniente, que se les considere como académicos y parte integrante de la Española. Ninguna fuerza obliga su voluntad: su propio interés será quien le dictará el paso que la Española espera. Aceptada la agregación queda la Academia americana sujeta á los reglamentos y estatutos de la Española, *mutatis mutandis*, por todo el tiempo que sea su voluntad pertenecer á tan honrosa asociación.

Si en ella sigue, sus trabajos serán provechosos á ella misma y á todos sus compatriotas del continente: si lo rompe, le quedará un beneficio, el de la organización. Puestas en comunicación las Academias americanas con la de Madrid, se reportará doble beneficio, porque la España literaria contemporánea será conocida en América, y la literatura americana actual, tan desconocida en España, será vulgarizada en esta Península con muy pocos esfuerzos. El canje de obras hará esto y mucho más. Sabido es que el académico español, don Manuel Cañete, ha trabajado mucho y ha logrado más, por hacer conocer los poetas americanos en España: nuestra América le reconoce esta deuda de gratitud. Pero el Sr. Cañete ha agotado su provision de materiales americanos: cuando él encuentra un acopio de ellos en la Biblioteca de la Academia Española, es seguro que continuará su fraternal tarea, y que aun podrá, dueño ya de datos suficientes, emprender una historia literaria de América, que tanto bien haría á nuestro continente, como honra daría á su bien cortada pluma.

Pero no es esto cuanto se espera: habrá un bien mayor, que indirecta pero eficazmente nos proporcionará la Academia, y es, el de poner en comunicación la América literaria entre sí, cuya incomunicación es tan deplorable como notoria. Organizados los cuerpos académicos en cada capital, habrá estafetas seguras á donde remitir un libro, objeto en remitirlo, archivos donde se guarden y se consulte por unos que lo busquen, y ecos que respondan á la voz del lejano escritor. Aun para los imprescindibles y groseros intereses de la vida material, habrá ventajas, porque el escritor americano tendrá un agente seguro á quien remitir ejemplares de su obra para su venta, pues naturalmente las secretarías de las Academias serán depósitos de librería, tendrán quien vigile, denuncie é impida la reimpression de una obra en detrimento de los intereses de su autor; y últimamente, el escritor americano ó español viajero por América, sabrá que sin cartas de recomendación encontrará un círculo de amigos en cada capital á donde llegue.

Bello, con sus notables trabajos sobre filología y derecho público, tendía á buscar la unidad de América en estos dos importantísimos ramos: la organización de las Academias pondrá el sello á tan laudables intenciones, pues es bien probable que si las Academias se organizan convenientemente, la unidad americana, su lenguaje y su jurisprudencia será un hecho con que se marque tal vez el final del glorioso y agitado siglo cuyos últimos años estamos viviendo.

La unidad americana, hemos dicho, y para probar cuán necesaria y urgente es que la busquemos, haré notar, sin salir de la materia de esta carta, la indecible anarquía que existe ya en la ortografía española. Mientras todos los franceses del suelo europeo y de las más lejanas colonias escriben de una manera uniforme la caprichosa ortografía de su caprichosa y convencional lengua, no atreviéndose, por ejemplo, ni á suprimir la inútil segunda *m* de *homme* por no parecer ignorantes; mientras el francés, repitió, tan revoltoso é indisciplinado en

trato, menos en lo que sea gloria de su país, obedece ciegamente su Academia; el español de ambos hemisferios, siempre faccioso hasta en el lenguaje, siempre guerrillero hasta en las letras, emprende y lleva á cabo innovaciones en todo, hasta en la ortografía, hasta en la sintaxis. Así es que poco á poco hemos ido variando la sintaxis según el genio de la lengua que habla la nación con quien más comerciamos, é imitamos todos menos la que en realidad quisiéramos imitar, y es la de los clásicos de nuestra lengua. En ortografía, ¡qué barahunda! La *q* se hace *j* por aquí; por allá se suprime la *h*; acullá se propone la supresión de la *q* y la adopción de la *k*, letra cosaca del Don que aspira á campar entre las tiendas latinas; la *x*, que fija uno de los eufónicos y peculiares sonidos de nuestra lengua, es cambiada por la *s*, que tan floja suena; la *y* de los griegos se enseorea en unas partes, y en otras la expulsa casi contra la tradición histórica la *i* de los latinos.

Ahora, en materia de sintaxis, la construcción inglesa, y sobre todo el período francés, matan y desautorizan el numeroso período español, y el estilo francés destierra villanamente al estilo en que se escribieron las obras que forman nuestro deleite, pese á nuestra heregía.

En suma, ya casi no se escribe en español, y para no buscar mas lejos las pruebas, este escrito mismo servirá de tal á los ojos del lector entendido, por que la educación tiránica de los libros neólogos vence hasta nuestra mas secretas y caras aficiones.

¿Qué resultaría de este embrollado presente en un porvenir no muy lejano? Que tendremos pronto diez y seis idiomas castellanos en América, diez y seis dialectos pobres y relajados como todos los dialectos, y que para nuestros hijos ó nietos será el sublime Quijote, lo que para nosotros es hoy Juan de Mena. Luchemos contra la invasión bárbara, y para ello, ningún medio mejor que el que nos proporciona la Academia; este medio consulta hasta la forma republicana que prevalece en América, porque tendremos un Congreso en cada República, y la mayoría de ellos (la mayoría es dogma político en nuestra forma de Gobierno) determinará cuál debe ser el sistema ortográfico que deba prevalecer, cuáles los textos de gramática y los modelos que deban ponerse en manos de los estudiantes, é imprimirá dirección en cuanto sea posible al alado bajel de la opinión pública.

Estas y mil reflexiones mas que omitiré por no hacerme ilegible, se desprenden del liberal paso que ha dado la Academia, y escribo para convidar á Vd. y á todos los literatos americanos á que escriban sobre esta idea y la hagan popular.

No concluiré sin hacer notar que la Academia ha creado una comisión permanente compuesta de los señores directores Escosura, Ochoa, Harzenbusch y Ferrer del Río, y que á ella han agregado al señor de la Puente y Apezchea, teniendo en cuenta no solo sus méritos literarios, cuanto la circunstancia de ser nacido en América.

Esta comisión, compuesta de tan doctas y entendidas personas, tan amigas de América, se ocupará de todo lo relacionado con las Academias de nueva creación. Si alguna falta notamos en tan digna comisión, es la del Sr. Cañete, y esperamos que el ilustre marqués de Molins lo agregue á ella, puesto que ha sido el vocero de los americanos y el rebuscador de sus glorias literarias.

Tras de esta carta que llevará á Vd. la imprenta voladora, salgo del su hermoso, querido y desgraciado país en dirección al mio, no menos hermoso, querido y desgraciado. Voy á dejar de oír por algunos días el grato sistema de la infancia, y á escuchar en vez de él el ingrato sonido de otras lenguas que nada dicen al corazón porque no traen acentos maternos. Espero encontrar á usted en Bogotá para que atemos los cabos de los dos hilos, el que Vd. trae de Colombia á España, y el que yo llevo de España á Colombia, que será nuestro cable trasatlántico. Mas si ya hubiese Vd. salido de mi ciudad natal, y no hemos de vernos, siga Vd., como seguiré yo, trabajando en la misma santa idea: que si la religión liga las almas, y la sangre los corazones, el idioma debe ligar los afectos.

De Vd. muy atento, servidor y afectísimo compatriota,

J. M. VERGARA Y VERGARA.

PARANGONES MONÁRQUICOS.

ARTÍCULO III.

Hemos visto en los artículos anteriores, cómo la gran magistratura monárquica vino á degenerar en tiránica institución por el desconocimiento de la naturaleza humana y del fin social. El desvalimiento é ignorancia de las masas populares; la presunción y atrevimiento de las clases privilegiadas; las colisiones provenientes del antagonismo de esos dos elementos principales; la necesidad, generalmente sentida, de sostener un símbolo de autoridad que descollase sobre las enhiestas armas de las parcialidades en lucha; los intereses más despiertos, puestos incondicionalmente al servicio del trono, porque un atisbo egoísta les había hecho adivinar dónde estaban los veneros del provecho; el concurso de todas estas circunstancias históricas, en fin, exaltó la Monarquía hasta hacerla caer en el delirio, precisamente cuando todas las fuerzas vivas de la sociedad habían sido reducidas á la impotencia. Pero como las sociedades tienen una ley providencial, una existencia infinita, dado nuestro limitado alcance, mientras que las instituciones humanas son de suyo transitorias, la sociedad moderna ha acabado por triunfar de la Monarquía antigua.

Indicamos al principio de estos estudios que en los mismos cuerpos de derecho donde se consagraba la Monarquía con atributos divinos, se consignaban ciertas máximas fundadas en las nociones de la moral y de la justicia mas puras. Mas sucedió, por las récías vicisitudes de los tiempos, que la tendencia moderadora quedó sin voz ni voto en el gárrulo congreso de todas las malas pasiones en subversión.

Perdida la noción del derecho natural; la unión de la teología desvirtuada; determinado sin criterio racional el fin del poder, y aceptados como medios para llegar á él todos los recursos de la perversión y de la fuerza: con toda esta plétora de fortuna, sucedió á la Monarquía lo que á los animales de cebo, morir en la plenitud de su gordura.

En medio de ese largo período histórico, en el que á la vez que se operaba la reconstrucción material del poder se descomponía el elemento moral, no han faltado sacerdotisas que han procurado conservar vivo, aunque latente, el fuego sagrado del derecho eterno.

Con acento conmovedor advertía Jeremías á las potestades régias, que debían procurar la dicha y tranquilidad de sus vasallos; librar al oprimido de las manos del opresor; no contristar al peregrino, al huérfano ni á la viuda, y no derramar la sangre del inocente. El Código de Alfonso el Sabio, respondiendo á esos mismos ecos místicos, al propio tiempo que engendraba la política despótica, como ya se hizo constar, declaraba en la ley 5.^a, título I de la segunda Partida: «E los Santos dixerón, que el Rey es puesto en la tierra en lugar de Dios, para cumplir la justicia, e dar á cada uno su derecho.» Y antes de esto, el Código bárbaro, dando fé del viril espíritu de la raza goda, estableció, según se manifestó oportunamente, la Monarquía paccionada, por medio de la relación recíproca del derecho y del deber entre el rey y el pueblo.

En el tratado de Bossuet sobre la «*Política sagrada*» se lee: que los reyes deben temblar en el uso de la potestad que Dios les concede, y considerar cuán horrible es el sacrilegio de emplear en el mal una potestad que viene de Dios.

En el tratado de Navarrete sobre «*Conservación de Monarquías*» se lee, con referencia á declaraciones solemnes de Teodorico: que los reyes se instituyeron por el pueblo, y nó el pueblo por los reyes; y que la tranquilidad y descanso de los vasallos constituyen la gloria y el honor de los príncipes.

Doctrina de Santos Padres es aquella que declara no deber ensoberbecerse el príncipe por su elevación, ni tenerse por mejor que sus súbditos, ni desatenderlos; pues aunque la cabeza esté mas alta que el cuerpo, el cuerpo es mayor que la cabeza, y al cuerpo debe la cabeza estar alta, que, de suyo, en el suelo estaria.

Y no han sido solamente escritores profanos los que han enseñado que la multitud puede enfrenar y despojar de la suprema autoridad á los soberanos que abusan de ella, aun cuando hubiese jurado el pacto de obediencia; sino que pertenece á los eclesiásticos el desarrollo de este principio, hasta en sus últimas tremendas consecuencias: los apóstoles y los mártires del rigicidio han salido, por lo general, de la parroquia y del claustro.

Por medio de este renacimiento de las ideas, operado con los registros de la verdad histórica, con las meditaciones de la religión pura y con las investigaciones de la filosofía natural, comenzó á elaborarse la electricidad revolucionaria, destinada á barrer de la atmósfera política las hediondecas del absolutismo. Pesaban ya demasiado en la conciencia de Europa los vicios, los extravíos, los monopolios, los privilegios, las turbulencias y dilapidaciones de la Monarquía absoluta, cuando del seno de aquel caos surgió, potente y vengadora, la Revolución francesa, encargada de restituir sus derechos á los hombres y de establecer la alianza entre los pueblos; y como esta cadena de males arrancaba desde la corona, sobre ella descargaron los demoletores los primeros martillazos. «Casa rebelde,—decía uno de ellos golpeando sobre los muros del Palais-Royal:—en nombre de la ley, yo te denuncio.»

El que á Francia correspondía la gloria de haber iniciado el gran movimiento insurreccional moderno, no prueba que el látigo del despotismo la hiriese con mayor rigor que á España. La historia de ambos países se asemeja en todos los puntos de su cardinal desarrollo.

En uno y otro, la Monarquía comenzó electiva, basándose sobre la Soberanía nacional, y estando representada por un jefe militar: en uno y en otro, el pueblo dejó caer de sus manos la soberanía, de la cual se apoderó la aristocracia: en uno y en otro, la Monarquía se hizo hereditaria y señorial para contrarrestar á los grandes en su propio terreno: en uno y en otro, los reyes destruyeron el castillo feudal, enfrenaron á los señores, subyugaron á los vasallos, menospreciaron los Parlamentos, apoderándose del poder legislativo, confundiendo éste con el gubernativo y judicial, que es lo que constituye la clave de toda arbitrariedad y tiranía.

De Luis XIV, el gran cimentador de la Monarquía absoluta en Francia, y á la vez el principal desgastador de sus resortes, dice el insigne Mignet en la introducción á su *Historia de la revolución francesa*: «Desde su reinado hasta la revolución el régimen de la Francia fué mas bien arbitrario que despótico, puesto que los monarcas podían mucho mas de lo que practicaban: sólo débiles vasallos se oponían al desborde de su autoridad inmensa, que disponía de las personas con un mandato, de las propiedades con la confiscación y de las rentas con los impuestos.» Nada hay en este cuadro que no se ostente; y recargado, en el nuestro.

Los males de la institución pesaban igualmente sobre ambos países, y sobre el nuestro además la inestinguible vergüenza de su último representante. Turbada la vista y trémula la mano hemos dibujado el boceto de Fernando VII, de aquel monstruo, antitesis perfecta del hombre de bien, que cerró en Francia la cronología absolutista.

De Luis XVI decía Deséze á los convencionales, resumiendo la defensa de aquel rey infortunado: «Luis ascendió al trono á los veinte años y llevó á él el ejemplo de buenas costumbres, la justicia y la economía: ninguna debilidad le acompañó, ninguna corruptora pasión: fué constante amigo del pueblo. Quiso el pueblo que se quitase un impuesto ruinoso, Luis lo quitó; el pueblo quiso la abolición de la servidumbre, Luis la abolió; el pueblo solicitó reformas, las hizo; el pueblo quiso cambiar las leyes, consintió en ello; el pueblo quiso que millones de franceses recobrasen sus derechos, se los devolvió; el pueblo quiso la libertad, se la dió.» Mignet, lejos ya de aquellos acontecimientos, sin entusiasmo por la Monarquía y sin la pasión de abogado que había animado á Deséze, ha dicho en el capítulo VI de su *Historia*, lo siguiente:

«Es el único príncipe tal vez que, no

abrigando pasión alguna, no tuvo la del poder, y que reunió las dos cualidades que forman los buenos reyes: el temor de Dios y el amor del pueblo. Pereció víctima de pasiones que él no participaba; de las de sus allegados, que le eran extrañas, y de las de la muchedumbre, que no había excitado. Pocas Memorias de rey se encuentran tan recomendables: de él dirá la historia que con un poco mas de energía de alma hubiera sido un rey excepcional.»

Y Luis XVI decía de sí mismo en el momento de serle notificada la sentencia de muerte, esto es, en el solemne trance en que callan todas las pasiones erróneas para dejar oír la voz infalible de la conciencia.... «Dos horas hace que me ocupo en recordar si, durante mi reinado, he podido merecer la mas ligera tacha de parte de mis vasallos. Pues bien, Mr. de Malesherbes: os lo juro con toda la verdad de mi corazón, como un hombre que vá á comparecer delante de Dios: constantemente he querido la felicidad del pueblo, y jamás concebí deseo que contrario le fuese.» Pues este varón insigne murió, según la expresión de Robespierre, por traidor á los franceses, y por criminal respecto de la humanidad; mientras que nuestro rufian coronado era restituido á un trono que había vilipendiado, por un populacho envilecido.

Para explicar, en el sentido recto de la historia, tamaña aberración, hay necesidad de penetrar con el pensamiento en el recóndito tabernáculo de la Providencia, y convencerse, por la fe de los superiores destinos de la humanidad, de que así como eligió el mejor entre los hombres, á Jesucristo, para obrar la redención moral del mundo, eligió también el mejor entre los reyes, á Luis XVI, para obrar la consiguiente redención política.

Sobre la tumba del último vástago de los Capeto se asentó la cuna de la República democrática; pero fueron tales los extravíos de su infancia en el interior y los temores que su precoz desarrollo llevó por el exterior, que el instinto de conservación reaccionó sobre la unidad del poder, á pesar de sus inconvenientes, por temor á los riesgos de las novedades terroristas.

Mientras que la Europa armada se coaligaba contra la Francia republicana, uno de los mismos fautores de esta, Dumouriez, movido por su espíritu ambicioso y aventurero, concibió el proyecto, bien prematuro, de restablecer la Monarquía. Formada la levadura reaccionaria, y producido su fermento por el incandescente calor de tantos elementos en lucha, fácil le fué á Bonaparte alzarse cónsul sobre el pavés de sus triunfos, velando así la estenuada República para enterrarla á poco bajo la losa de su imperio. Educado el emperador Napoleón bajo la tienda de campaña, como dice Mignet, y habiendo llegado tarde á la revolución, solo comprendió su parte material ó interesada, no creyendo en las necesidades morales que la habían hecho nacer ni en las creencias que la habían agitado, y que tarde ó temprano debían volver á imponerse.

La restauración se dirigió principalmente contra el imperio más que contra el espíritu político revolucionario; así es que, haciéndose lugar el comun sentimiento público, no volvió con Luis XVIII la Monarquía absoluta, sino que en sus sienes recibió el bautismo la Monarquía representativa.

En la Constitución francesa, discutida por la Asamblea nacional en 1789, 1790 y 1791, y aceptada por Luis XVI el 14 de Setiembre de este último año, se declararon los derechos del hombre y del ciudadano, que han venido á ser la base del derecho público europeo. Con mejor ó peor buena fe, con mas ó menos explicitud, lo mismo la Carta otorgada de 1814, que las Constituciones de 1830 y de 1848, han proclamado la igualdad entre los hombres; la Soberanía nacional; la institución del Gobierno, como medio de asegurar la libertad, la seguridad y la prosperidad de los ciudadanos, y la división é independencia de los diversos poderes públicos.

La última de 14 de Enero de 1852 dice testualmente en su art. 1.^o: «La Constitución reconoce, confirma y garantiza los grandes principios proclamados en 1789, y que forman la base del derecho público francés.» Y es de notarse, que al restablecer la dignidad imperial el Sena-

do consulto de 7 de Noviembre del mismo año 1852, alterando por consiguiente el organismo de esa Constitucion, la atrevida mano de los liberticidas se detuvo ante el arca santa que guardaba la tabla de los derechos populares.

J. TORRES MENA.

LOS PLACERES CAMPESTRES.

«En el pueblecillo de R... está para vender una casa con jardín, situada á dos kilómetros de la estacion de B... La casa se compone de la planta baja y un piso; tiene cuatro dormitorios, salon, cocina y despensa que da al jardín, y, por lo tanto, es muy fresca. El jardín tiene un surtidor con cuatro plumas de agua, gran variedad de flores y algunos árboles frutales. Toda la propiedad ocupa un terreno de... metros de largo, por... metros de ancho. Dirigirse, etc., etc.»

Hé aquí cómo entendemos, los que en este siglo vivimos, la vida del campo; nada como este anuncio, extractado del *Diario de Avisos y Noticias*, nos puede dar una idea exacta de los placeres de la vida campestre.

Para nosotros son detalles muy importantes la frescura de la despensa, la proximidad á una estacion de ferro-carri, y, sobre todo, el número de dormitorios.

Figurémonos que un propietario pusiese el siguiente anuncio en los periódicos:

«Del monte en la ladera
Plantado tengo un huerto,»

apostamos doble contra sencillo á que nadie comprendía la felicidad de tener semejante cosa, si dicho propietario no añadiese á renglon seguido lo que rentaba su propiedad. Inútil sería que nos contase las maravillas de

un manso ruido

Que al del oro y la plata pone olvido,
ni habíamos de creerle, aunque comprendiésemos las ventajas de poder olvidar el oro y la plata, ni es posible encontrar un propietario capaz de alegrarse con semejante cosa.

Hablád, si no, con uno de estos observadores del domingo, que aprovechan los días festivos para coger el primer tren, hacer media hora á pié y sepultarse hasta la caída de la tarde en una casa como la que anuncia el *Diario de Avisos*, pedidle que os hable de sus goces, y con ligerísimos variantes os dirá lo siguiente:

—Si me quitan mi casita y mi jardín, me matan; créalo Vd. Llega el domingo, y á las cinco de la mañana ya me tiene usted por estos mundos en el camino de la estacion; no se crea que es muy agradable levantarse á aquella hora, pero ¡el aire puro de la mañana! ¡la salida del sol! y, sobre todo, el tren sale á las cinco y media, por lo tanto es necesario madrugar. Como á cosa de las siete llego al pueblo y á pata, porque el camino es infernal, un día por poco me desnucó por querer ir á caballo, tomo la direccion del torrente, y á las ocho cáteme Vd. en mi casita secándome el rostro bañado en sudor, pues no sé cómo se lo arregla el sol para fastidiarme durante todo el camino.

Pero, en fin, lo que mucho vale mucho cuesta, y no hay mal que por bien no venga, pues, si bien he madrugado y llego molido del camino, ya estoy en mi casa, y no digo en mi jardín porque hasta las cuatro y media, hora en que el sol no incomoda es imposible pasearme contemplando mis flores, mis perales y un cuadrado de remolachas que no tiene su igual en veinte leguas á la redonda; verdad es que me cuestan á peso de oro; ¡pero si aquello es una bendicion de Dios!

A mis anchas, completamente á mis anchas, pues me pongo un saco de tela holgado si los hay, me calzo mis pantuflas y me embozo con un inmenso sombrero de paja, empiezo á dar órdenes á los colonos.

Dice mi hermana, al verme en el traje descrito, que me voy al campo para ponerme feo; pero esta apreciacion es resultado de un despecho algo justificado, pues la pobre no tiene mas que veinte años y no comprende los goces de la soledad: se priva para ver y que lavean, y ya vé Vd., ¿quién demonio nos iría á visitar en aquel rincon del mundo?

Debo confesar que hasta las doce, hora en que se come, me aburro un po-

co, metido como estoy en casa, y sin poder salir por el sol, que achicharra; pues á las doce se sienta uno á la mesa no con mucho apetito, pues el calor ahoga y no acostumbro á comer tan temprano, ¿qué quiere Vd? En el campo como en el campo.

No sé que daría para esterminar la raza de los mosquitos; sin ella, mi siesta en el campo sería una felicidad completa. Los malditos insectos, tambien en rededor de mi cama, me acibillan con agujon, y hecho un San Sebastian, me levanto á los diez minutos sin haber podido descansar.

Dan las cuatro, empuño el azadon, cojo la regadera, bajo el sobaco apreto la podadera, y, seguido de mi señora hermana, que va echando sapos y culebras cargada, como está, con un sacco lleno de semillas, bajo el jardín, y hasta el oscurecer me tiene Vd. trabajando como un negro. Tanto gusto tomo en mi tarea, que siempre nos falta tiempo para tomar un bocado y correr como alma que lleva el diablo, para ver si podemos alcanzar el tren de las ocho, que algunas veces se nos escapa.

Vuelta á Madrid y á dormir, porque volvemos siempre derrengados y molidos, pero ¡qué sansancio tan saludable! En fin, mi casita es mi felicidad, es mi todo y, puede Vd. creerlo, si me la quitan, me matan.»

Esta es la vida del campo para los habitantes de las ciudades, estos son sus placeres, entre los cuales hay variedad, pues alguna vez que otra rompe la monotonía la fiesta del pueblo vecino, una romería, un baile de vecindad, pero en el fondo todo esto se parece á lo que acabamos de decir.

Dios te guarde, pio lector, de llegar á saber lo que es un baile en el campo: todas las potencias celestes te libren, hermosísima lectora, de ciertas cosas que pasan en las romerías.

Allí no se baña como en los cuadros del Paustino; las aldeanas con guirnalda de flores y falda corta, se han convertido en fieles observadoras de todas las modas ridiculas, los cándidos pastores calzan botina de charol y os sorprenden agradablemente con la irritante combinacion de la chaqueta y el sombrero de copa alta. No se danza al compás de zampoñas y rabeles; de la ciudad vecina viene una murga de aficionados... á tocar mal. Los cándidos niños que en la antigua Arcadia recordaban á Cupido, hoy nos recuerdan al benéfico Herodes: van los angelitos como su madre los parió dando berridos para acompañar á los sonos de la música, y tan al vivo demuestran su alegría revolcándose en el polvo ó tomándose por blanco de sus pedradas, que no puedes resistir al placer de abandonar el baile.

La romería no es menos deliciosa: regularmente se celebra en honor de una Virgen, negra si las hay, que enseña un sacristan mal humorado, y habita una capillita cuyas paredes adornan brazos, piernas, ojos y todas las partes del cuerpo humano vaciados en cera. Los alegres romeros dan una limosna, dan propina al sacristan, dan dinero en cambio de cintas y estampas, dan dinero para el culto de la Virgen, dan algunos cuartos á una legion de mendigos, y si al salir no dan algun tropezon, tienen permiso para darse á todos los diablos. Siempre la capillita está situada en las escabrosidades de un monte, cosa que no deja de ser encantadora, y junto á ella mana un raudal milagroso.

Para beber el agua portentosa han ido allí los romeros, pero no dejan de proveerse de algunos cuartillos del mosto, que al terminarse la romería producen sus efectos, influyendo en el rubor femenino y en la escandalosa alegría de los religiosos caballeros.

Una fiesta de aldea tiene baile y romería, pero amenizándolo todo con un ruido infernal de campanas, unas comidas homéricas en que la higiene queda por los suelos y por las cabezas el protegido de Baco, y un castillo de fuegos artificiales que acaba muchas veces por proporcionarnos el espectáculo de un incendio. Demos fin con esta reseña de los placeres campestres, recomendándote, idolatrado lector, que si alguna vez deseas gozarlos no lo hagas, y en cambio te vayas á la Opera ó á Capellanes, donde te divertirás mucho mas, y de seguro que gastarás mucho menos.

ANTONIO LLABERIA.

LOS DOS PRISMAS.

I.

Hacia calor, tenia pereza y estaba recostado en una butaca. Mis miembros se movian torpemente, y mi imaginacion estaba parada como un reloj sin cuerda. La atmósfera del estío me aplastaba, cansábame de encontrar las calles sin gente, los paseos vacíos, los teatros cerrados; bochorno durante los largos días, mosquitos durante las desveladas noches. El invierno me sonreía en lontananza.

Pensando en el invierno me olvidaba del verano, cuando me trajo el correo varias cartas; conocí, por la letra del sobre, una de ellas, y la abrí con ansiedad. Era de mi amigo Arturo; decía así:

«Querido amigo: Espero que me absolverás de mi largo silencio, imponiéndome la penitencia que creas que merezco; sin embargo de que puedo decirte que no soy culpable absolutamente, pues tengo una razon que alegar en mi favor, que en parte me disculpa.

Esta razon es la siguiente: *estoy enamorado*. ¿Comprendes bien el tiempo que consume esta ocupacion de los desocupados, como llamaba al amor no recuerdo qué filósofo de antaño? Yo lo comprendo perfectamente hoy que estoy hecho un filósofo de hogañó, ó, lo que es lo mismo, que me he enamorado hasta la médula de los huesos. Mi sueño de siempre ha tomado cuerpo ahora; el verbo de mis ilusiones se ha hecho carne; en una palabra, y suprimiendo metáforas, amo á una americana. ¿Has entendido bien? A una americana, esto es, al tipo de los tipos del bello sexo. Ya sabes que era mi pesadilla conseguir el amor de una mujer de América; comprenderás lo feliz que soy sabiendo que lo he conseguido.

No puedo resistir á la tentacion de retratártela, para que comprendas que á una mujer de semejante calibre, cuando se tiene una alma tan fosfórica como la mia, no se la puede ver impunemente.

Es morena, tan morena como Amparo... aquella andaluza que me cautivó dos meses; morena, como todas las mujeres que tienen gracia; con ojos grandes, negros, incisivos, á los que se puede aplicar aquella prosaica, pero enérgica redondilla del duque de Rivas:

Tus ojos, ojos no son,
niña, sino dos navajas,
con los que pinchas y rajas
el mas duro corazón.

Si: sus ojos pinchan y rajan.—Ahora no puedo comprender cómo me enamoré de Gertrudis, que tenia los ojos azules; ¡debi estar completamente obcecado! ¡Enamorarme de unos ojos sin vida, muertos, de unos ojos en embrión, digámoslo así! Cuando los comparo con los ojos de mi americana, me convengo de que estuve ciego, y de que tomé por brillantes antorchas bugías casi apagadas.

Su boca es algo grande, pero sonríe con un desdén aristocrático que enagena; su cabello es negro aterciopelado, y forma un bello arco sobre su frente de un contorno puro. Su voz, porque has de saber que canta, es la de un ruiseñor; cuando habla parece que canta; cuando canta... yo no encuentro palabras para expresar lo que parece.

Pero lo que en ella me seduce, ¿lo creerás? es el distintivo de su raza; esa indolencia poética, esa languidez soñadora, ese éxtasis de idealismo, esa especie de pausa que hace continuamente de su vida, ese estado de las americanas que es inimitable. Por ese estado y por esa mujer me he convertido en un Macías, y pienso seriamente en el matrimonio.

Me he convencido de que esa mujer es la otra mitad de mi mitad, que debemos confundir nuestras existencias como dos instrumentos que armonizan, ó como dos perfumes que se juntan; me he convencido tambien de que la felicidad debería estar representada por dos gemelos, como dice el poeta inglés, y de que Lamartine es un sábio, porque ha dicho:

La vie est un hymne á deux voix.

¡No sé cómo hay hombres que á cierta edad permanecen solteros; ni cómo se huye del matrimonio, del estado perfecto de la vida!

Recuerdo que estuve en Barcelona. Quizá conozcas á mi americana; se llama Dorotea, vive en la Rambla, y tiene un hermano que se llama Pablo.

Te prometo fastidiarte con frecuencia con las peripecias de mis amores; si conoces á mi americana, dime si no tengo razon en creer de ella lo que creo; y dime tambien si te ha gustado la picadura de tabaco que te remití.

Te aconseja que te cases y que le escribas pronto, tu verdadero amigo—Arturo.»

II.

Cogi la pluma y le contesté lo siguiente:

«Querido Arturo: La Rochefacould ha dicho, que es tan fácil engañarse uno á sí mismo sin advertirlo, como difícil engañar á los demás sin que lo noten. Traigo á relacion esta cita, porque te viene como de molde.

No lo conoces, pero estás engañándote á tí mismo. ¡Cuántas veces no me has dicho que has encontrado tu media naranja, y al poco tiempo te has convencido siempre de que esa media naranja, por ser mas grande ó mas chica, no encajaba con la tuya! ¡Cuántas veces tu corazón no se ha encendido con rapiéz en llama, como un fósforo, y se ha apagado lo mismo! ¡Que galería de tipos no ha pasado por tus ojos sin dejarte mas que el recuerdo! ¡Qué galería de caracteres no ha pasado por tu corazón sin conseguir fijarlo ni una vez! Ahora, como en otros casos análogos, pareciste á un goloso que come un plato de dulces con ansiedad; las primeras cucharadas le deleita, pero mucho antes de tomar las últimas, se empalaga y ve con sentimiento que le es imposible seguir comiendo lo que tanto placer le producía. Tú estás en las primeras cucharadas y será imposible que te convenza de que te has de empalagar.

El amor es en tí frenético y vehemente; pero por eso es efímero; amas con entusiasmo; pero por eso amas poco tiempo; tus pasiones tienen todo el carácter de los caprichos, pues tu imaginacion tiene toda la vaguedad de los deseos de los poetas.

Ves y admiras la belleza donde existe y bajo cualquier forma que se presente, tus ojos la descubren. *Los poetas son como los pájaros, cualquier ruido les hace cantar*; eso ha dicho Chateaubriand, ese poeta que escribía en prosa. Y en efecto; un día te enamoras de los ojos azules de Gertrudis, otro de los ojos negros de Consuelo; y otro te encandilan el gracejo y la viveza de Amparo; ayer te encantaba la charlatanería y la actividad de Rosa; hoy te trastornan la pereza y la voluptuosidad de Dorotea; lo mismo que los pájaros: *cualquier ruido te hace cantar*.

Conozco efectivamente á tu americana; la visité cuando estuve en Barcelona. Pretendes que te diga lo que opino de ella, pero lo pretendes en vano. Si á tí, que eres su amante, te gusta, nada debe importarte mi opinion ni la de nadie; además de que me la pides como generalmente se piden los consejos, ó para que nos digan que hagamos lo que pensamos hacer, ó para no seguirlos; si mi opinion fuese favorable me conceptuarías de exquisito gusto, y dirías para tus adentros: «Ya sabía yo que le gustaría.» Si fuese adversa, dirías que tengo el paladar estragado, y me tendrías por de mal gusto, ó acaso por loco; porque, como dice el moralista francés, *casi casi no tenemos por sensatos sino á los que piensan como nosotros*; por lo que, no debe importarte saber si me gusta ó no; bástete saber que lo que me ha gustado mucho, así como á los amigos, es la picadura que me enviaste.

Espero que me participarás muy pronto la conclusion de tus relaciones: de todos modos escríbame con frecuencia y enterame de cuanto te suceda.—Tuyo, etcétera.»

III.

Arturo estaba escribiendo la quincuagésima poesia al filolo de sus amores, cuando le avisaron que un desconocido preguntaba por él; se le introdujo en el gabinete del poeta, y medió entre ambos el siguiente diálogo:

EL DESCONOCIDO.—¿Es Vd. D. Arturo?

ARTURO.—Servidor de Vd. Desearia saber en qué puedo serle útil.

EL DESCONOCIDO.—Al contrario, caballero, Vd. será el que se utilice de mí. Tenga Vd. la bondad de escucharme, aunque se sorprenda de mi exordio.

ARTURO.—Me sorprende, efectivamente, pero escucho.

EL DESCONOCIDO.—Yo fui banquero opulento; pero la fortuna es una deidad veleidosa que otorga y retira sus favores á su capricho, que nos halaga ó se burla de nosotros según su voluntad: hace dos años que me retiré su protección é hice bancarrota. Yo tengo un hijo, al que quiero... como se quiere á un hijo; en el tiempo de mi opulencia tuvo la debilidad de enamorarse: á los quince años, esto es, cuando la cabeza piensa poco y el corazón siente mucho; cuando confundimos el oro con el oropel; cuando la experiencia no ha hecho todavía crujir su látigo severo; cuando el resplandor de la beldad nos ciega y andamos en tinieblas; en una palabra, en la edad en que los hombres son engañados no sabiendo bastante para engañar aun. Se enamoró, pues, mi hijo, de una americana.

ARTURO.—¿De una americana!

EL DESCONOCIDO.—Sí, de Dorotea...

ARTURO.—¿De Dorotea!

EL DESCONOCIDO.—De Dorotea... pero con una pasión indigna de nuestra época; era un Marsilla que debía haber encontrado una Isabel; era un Abelardo que debía haber encontrado una Eloisa, y encontró una Dorotea. (Con desprecio.)

ARTURO.—¿Caballero! (Ofendido.)

EL DESCONOCIDO.—No se indigne Vd. tan pronto... domine Vd. mas sus pasiones... ya tiene edad para conseguirlo... concentre Vd. su cólera para cuando yo concluya. Ahora empiezo, y suplico á Vd. que me escuche, pues le va en ello quizá el porvenir.

ARTURO.—¿Hable Vd.. hable Vd! (Impaciente.)

EL DESCONOCIDO.—Mi hijo encontró á Dorotea; esto es, una mujer que supo fascinarle sin fascinarse; enloquecerle sin enloquecer; en una palabra, que le engañó haciéndole creer que sentía por él la pasión mas vehemente del mundo: el amor.

Relacionado con ella, mi hijo era feliz; creyendo en la sinceridad de sus palabras, vivía completamente alucinado. Llegó el tiempo de mi ruina, perdí mi fortuna, y mi hijo perdió su amada. Pocos días después de mi bancarrota, mi hijo encontró su plaza ocupada. Un viejo millonario fué su sustituto; baza mayor quita menor.

Mi hijo enfermó y temí por su vida; restablecióse por fin; pero la semilla de este desengaño ha arraigado profundamente en su corazón. Yo he jurado vengarle de esa mujer.

ARTURO.—¿Caballero, ese proceder es imposible en Dorotea; si fuese una advenediza, si se encontrase falta de recursos podía amar por especulación; pero siendo poderosa, teniendo una fortuna colosal!

EL DESCONOCIDO.—Una fortuna colosal... Dorotea no tiene un palmo de terreno suyo; su madre es viuda de un empleado de la Habana, percibe su viudedad, y ella sola constituye su colosal fortuna.

ARTURO.—¿Es cierto! (Sorprendido dolorosamente.)

EL DESCONOCIDO.—Tan cierto como que ella ha sentido y sentirá mi venganza. Yo desbaraté su boda con el viejo millonario, yo desbarataré la que con usted tiene convenida y todas las que tenga. Esa mujer no se casa si no se va de Barcelona.

ARTURO.—Creo, caballero, que aun concediéndole cuantos extremos lleva sentados, no me podrá negar que el interés no ha podido ser el móvil que le impulsara á corresponder á mi cariño; yo carezco de fortuna; yo soy poeta.

EL DESCONOCIDO.—Séame Vd. franco: ¿el fausto y la esplendidez de Dorotea no le han fascinado hasta el punto de creerla millonaria?

ARTURO.—Es cierto.

EL DESCONOCIDO.—Pues los viajes de usted, su vida de artista, vida sin privaciones, han fascinado igualmente á Dorotea; á su vez ella cree que es Vd. millonario.

ARTURO.—¿Será posible!

EL DESCONOCIDO.—Es posible, lo imposible sería que así no fuese. Esa mujer tiene el corazón en la cabeza: no tiene amores, tiene negocios, y yo quiero que haga bancarrota. Si se toma Vd. la molestia de hablar con mi hijo, él le contará detalles y presentará pruebas.

ARTURO.—Lo deseo con impaciencia.

EL DESCONOCIDO.—Véngase Vd. conmigo.

Arturo vistióse rápidamente, rompió la poesía empezada, y salió de casa con el desconocido.

IV.

Otra carta de Arturo.

«Querido amigo: Estoy desencantado; he visto la función entre bastidores, y he perdido la ilusión del teatro. ¡Con qué facilidad se engaña el hombre, y sobre todo el hombre impresionable como yo! ¡Me pasmo de pensar cómo he podido ver belleza donde no existe, aroma en una flor inodora, armonía en un instrumento destemplado! ¡Treinta días me ha durado la obcecación! ¡Un mes de tomar negro por blanco, y ver las cosas al revés por el vidrio falaz de la pasión! Tú tienes razón siempre; tomé muchas curadas del plato de la golosina, y estoy empalagado. La Dorotea que veo hoy, no es la Dorotea que vi ayer; hoy veo claro. Hoy me he convencido de que el moreno de su rostro es el peor color que puede tener una mujer; es color de enfermedad, es muy vulgar, muy plebeyo, digámoslo así, es el color de las verduleras y de las gitanas, y como decía el malogrado Agustín Bonat, *moreno es cualquiera; un torero, un capitán retirado, un exclaustado*, etc. Sus ojos si que son grandes, pero son insolentes; su boca tiene un desden que repugna, y su sonrisa es demasiado altiva. Su cabello es negro, pero le clarea mucho y corre peligro de quedar calva. Su voz es bastante fresca, pero me aburre cuando canta; siempre canta lo mismo, siempre tengo en mis oídos:

¡Gran Dios! ¡Morir si giovane! etc.

Me he convencido también de que es muy incómoda para mujer propia: figúrate una mujer entregada todo el día *al dulce far niente*, tendida en una butaca las veinticuatro horas, sumida en una holganza criminal, necesitando un par de esclavos que la abaniquen! Es preciso convenir en que las americanas tienen malas costumbres para nosotros los europeos.

Después me he convencido de que no tiene corazón, y de que es postiza la aureola de idealismo y de castidad con que á mis ojos se ha presentado; y, sobre todo, que es una americana traidora. Ser americana, presentarse deslumbrante y fastuosa, y ser hija de una viuda vergonzante de un empleadillo de la Habana, con una raquítica viudedad, es una insolencia culpable, es un engaño de mala fe, es una arteria de mal género. Odio á las americanas. Desde hoy puedo decirles parodiando á Espronceda:

¡Pasad, pasad en óptica ilusoria y otras jóvenes almas engañadas; americanas de fatal memoria, con intolerancia y sin parásitos, pasad!

¡Cuán cierto es que el que va por lana sale muchas veces trasquilado! Contratiempos de la vida que es preciso sufrir con la resignación de un filósofo; fuerza es tomar las cosas como vienen, y no pedir las mas que lo que puedan dar. Cuando las cosas no quieren conformarse con nosotros, nosotros debemos conformarnos con ellas, como dice Fontanelle.

Abandonaré á Dorotea y tomaré el camino de París. Contéstame pronto ya que conoces á mi ex-tutora; dime si ahora tengo razón en cuanto digo de ella. Puedes decirme impunemente, porque cuando reciba tu carta ya no seré su amante, pero aun será tu amigo—Arturo.»

V.

«Querido Arturo: Ni tienes razón ahora ni la tuviste antes, ni la tendrás probablemente nunca.

Dorotea no es una deidad, como la pintaste ayer, ni una caricatura como la pintas hoy; ni asusta, ni espanta, ni pincha, ni corta... como la espada de Bernardo. Es un tipo adocenado que puede muy bien hacer la felicidad del hombre; pero como eres exagerado en todo, miras las cosas por los extremos.

La miraste con el lente del interés, y te pareció divina; la miras con el lente de la pobreza y te parece despreciable, y es que se ha resentido tu amor propio al verse chasqueado. Tu amor propio estaba tenso como una cuerda de guitarra, la realidad ha aflojado sus clavijas y se ha quedado hecho un rollo.

Los antiguos concibieron al amor desnudo y ciego, y entonces se amaba con el corazón: los modernos (y tú perteneces á este número) lo conciben vestido de

oro y de pedrería, con vista que apenas puede resistir la luz del sol, y aman con la cabeza (tú perteneces también á esta clase de amantes).

Habéis hecho que el amor olvide la poesía y que aprenda á ser matemático: ha estudiado las reglas de interés y ha olvidado los espontáneos vuelos de la pasión; le habéis arrancado las alas y va arrastrando por tierra: de alado y noble, le habéis trocado en reptil y grosero. Empiezan los grandes descubrimientos; el vapor, la electricidad, la fotografía y otros, pero concluyen las pasiones; el hombre llega á saber tanto, que va á convertirse en máquina, y llegará á regularizar los movimientos del corazón como el péndulo de un reloj; nuestra sabiduría va modificando tanto nuestras pasiones, que llegarán á no molestarnos y andarán con la exactitud de una máquina puesta en acción. Vamos á encarrilar nuestros sentimientos, vamos á ser muy sábios; pero la felicidad huirá de nosotros espantada por el tumulto de la vida pública, y nuestros dioses lares se morirán de melancolía al encontrarse siempre solitarios en el rincón de nuestro abandonado hogar.

JACINTO LABAILA.

EL IDEAL Y LA FÓRMULA.

FANTASÍA.

Eran las dos de la madrugada: nuestros compañeros de redacción y nuestros amigos se habían ido ya. Habíamos quedado únicamente Eduardo y yo. La mesa ovalada y cubierta con tapete que suele haber en todas las redacciones, estaba atestada de periódicos, cuartillas escritas, hojas rasgadas, etc. Sobre aquel desorden de papeles, un quinqué suspendido brillaba con una llama agonizante. El mozo de la redacción se había quedado traspuesto en un ángulo de la sala, y dormía ruidosamente. Eduardo tiene una pasión decidida por la poesía de Espronceda. Acabábamos de leer un trozo del *Diablo mundo*, la ostentosa y brillante introducción del mismo, y antes habíamos hablado largamente de su autor. Mi mente se quedó impregnada de aquella fantástica magnificencia, mi pensamiento vagaba perdido en medio de un mundo de abstracciones. Ambos guardábamos silencio. Mi amigo, que fumaba, profundamente ocupado por sus pensamientos, dejó escapar de entre sus labios una bocanada de humo de su cigarro, y la miró perderse en la penumbra que ocultaba el techo.

De pronto, y como contestando á un pensamiento íntimo, dijo algo, entre lo que escuché únicamente el nombre de Espronceda. Después he sabido que Eduardo había dicho:

—Mi última composición la he escrito en el velador donde escribí Espronceda su *Diablo mundo*.

Estaba yo tan distraído, que no contesté á mi amigo; en realidad, casi se puede asegurar que no lo oí. Sus palabras sonaron en aquel recinto, como hubiesen podido sonar en medio del desierto.

No estábamos allí mas que tres personas, y de las tres, el que las pronunciaba, lo hizo sin reparar en que lo hacía, yo las percibí como un sonámbulo la voz del magnetizador; llegaron á mi mente y se quedaron en ella, sin que mis facultades reflexivas se ejerciesen sobre ellas; el tercero, el criado roncaba en un rincón. Es decir, que yo oí aquella frase sin conciencia de ello, pero sin que por eso dejase de influir en el curso de mi pensamiento.

A poco de esto, la llama del quinqué se despedía de nosotros, haciéndonos la especie de gestos que suele una luz antes de extinguirse. A su fulgor caprichoso, todas esas concepciones fantásticas del sueño, esos vaporosos hijos de la mente, se soltaron y poblaron el cuarto. Es probable que las palabras á que me he referido se infiltrasen en las ideas que me ocupaban, y una vez dueña ya de este tema, la imaginación lo continuó en mi sueño.

Luego... al corto rato, todo el mundo que en rededor me andaba, parecía evocado por el mismísimo diablo de Espronceda.

Además de lo que llevo dicho, habíamos leído muchos de los diarios que estaban esparcidos sobre la mesa: cuestio-

nes de política palpitante, de política general, literatura, industria, comercio, todo lo habíamos absorbido con el hidrópico interés que nos hace cada día engolfarnos en ese inmenso mar de engañosos cambiantes y reflejos. Cuantas cosas acabábamos de leer, epigramas, poesías, votos de censura en el Parlamento, votos de confianza, discusiones, guerras, amores, patriotismo, decepciones; una mujer, víctima en una novela, que clama contra los hombres; un poeta calabaceado que hace sátiras contra las mujeres; los chismes de la revista de teatros: una actriz aplaudida, un actor silbado, una ovación arreglada por cuatro amigos; gacetas; unos chicos que rompen un farol, disertación moral acerca de la necesidad de educar al pueblo; una novela de costumbres españolas, escrita casi en francés; una recomendación de un libro nuevo y anuncios, sobre todo, anuncios, muchos anuncios; todos estos mil rumores, encontrados intereses, todas estas ideas que, como en inmensa hecatombe, se sacrifican diariamente en aras del público, se levantaron de las planas escritas y ocuparon espacio en rededor de mí; los periódicos parece que me decían en voz alta lo que antes me habían dicho en silencio.

Yo veía que de cada idea impresa se formaba una gota: era el jugo del sentimiento que había servido para pegar al papel la idea escrita. Una gota de pasión aparecía ante mis ojos un momento y se evaporaba, y su perfume se esparcía por la sala.

Por una anomalía extraña, mis sentidos cambiaron sus funciones respectivas; el oído se encargó en mí de percibir aquel perfume; cada perfume, convertido en rumor, sonaba á mis oídos de una manera diferente. Y decían así:

EL ESPÍRITU DE LOS PUEBLOS.

¡Tiranos, sangre inocente mancha el filo de vuestra espada! A nuestro lado combaten las sombras indignadas de Guillem Sorolla, de Damiens y de Milano. ¡No hay medio de oír vuestra historia, sin que ayes del alma horrorizada interrumpen el relato de vuestras maldades!

EL ESPÍRITU DE LOS PRÍNCIPES.

El destino ha abierto hondo abismo entre nosotros y ellos; cuando consentimos en menguar la distancia, cuando ellos logran salvarla, un mar de ensangrentada espuma nos envuelve á todos. Luis XVI quiso salvar esa distancia; su ejemplo aprendamos y vengamos su martirio.

VOZ DE UNA MADRE.

¡Malhaya quien atiza los dormidos rencores! Mi hijo no odiaba á nadie. Llegó á nuestro retiro un enconado rumor, y rebosando en ira aquel corazón sencillo, se lanzó al combate. ¡Ay! Malhaya la causa cuya defensa cuesta á una madre el hijo de su alma!

LA PATRIA.

En vano el interés privado se levanta en contra mía; mequinos lazos son los que anuda el egoísmo: hogar, propiedad, familia, nada sois ante mí. ¡Ciudadanos; haced libre y respetado el suelo en que nacisteis y será sagrado vuestro hogar y feliz vuestra familia! ¡El esclavo no los tiene, porque para él no hay patria!

UNA VOZ.

La razón no quiere fuerza.

OTRA.

Si vis pacem para belum.

LOS SIERVOS Y LOS BARBAROS BAJO EL IMPERIO ROMANO.

¡Señor, luz! ¡Dadnos luz! La ignorancia de nociones justas nos ha hecho caminar entre horrores hasta hoy.

LA INQUISICION ENCENDIENDO SUS HOGUERAS.

Regocijaos, pueblos: de hoy se ha extendido la buena nueva. De hoy mas todos seremos iguales... en la otra vida. Alumbrese la tierra, y vea que es verdad lo que decimos.

OTRA VOZ.

Creed sin discutir. Es así que la fe engrandece á las naciones y salva las almas, luego...

VARIOS HOMBRES SIN PATRIA.

Discutamos.

LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

Yo soy la consecuencia.

EL CORAZON.

Dios mío, ¿cómo vivir sin relacion con-

tigo? Tú eres sabio, yo ignorante; tú eres fuerte, yo me veo débil en medio de las contrariedades de la vida. Necesito tu ayuda. Tú me das mi albedrío, yo le renuncio á cambio de tu gracia: mas ¿cómo alzar á tí mi pensamiento?

Toma un medio, esta es la fórmula.
El lábio.—Padre nuestro que estás en los cielos, etc.

UNA MUJER ARRODILLADA ANTE EL ALTAR.

Los lábios.—Padre nuestro que estás en los cielos...

—El pensamiento dejando burlada la oración en los labios de la penitente.—¡Cuán apuesto es el hombre á que me amo! ¡Preseas, adornadme y deslumbrad al mundo! ¡Que llegue hasta el amado de mi alma la fama de mi belleza!

LA CIENCIA.

Todo error se traduce al fin en desolación y llanto y sangre.

UNA VOZ.

¿Para qué es el saber? La fe aliviana.

GALILEO.

Josué no detuvo al sol.

VOZ DEL DESEO.

Soy huracán que atropella cuanto encuentra: dejadme paso; y puesto que el mundo es vasto y todavía quedan gozos, ¡gocemos mas! (¿Dónde estará la dicha?)

VOZ DEL DOLOR.

¡Ay! ¡Yo troqué mi esperanza por aciaga realidad!

EL HASTÍO.

¿Qué es la vida?... ¡Ah! Ya no hay lazo que me una al mundo; nada hay que me arranque una lágrima ni una sonrisa; nada me interesa. ¿Quién pudiese llorar al menos! ¡Dolor, tú eres preferible á este estado sin afán, tú eres una necesidad del alma! Sin sombras no hubiera luz, sin dolor el placer no existiría. ¡Ay! triste del que goza el privilegio de contar indiferente las perezosas horas que sobran en la vida! ¡Yo quisiera llorar al menos! ¿Qué habrá que llene el vacío de mi alma!

Cansado de oír en silencio tantas voces, quise ensayar la mía y exclamé:

—Derecho, razón, lo bueno, lo justo, ideal de la humanidad, ¿dónde estás que apenas creemos verte cuando tenemos que lamentar nuestro yerro? ¿Dónde resides!

—En mí... contestó un acento que me era conocido.

—Mientes... repuse... tú, ¡la autoridad! Ora seas científica, ora seas de cualquiera otra índole, siempre has ido seguida del abuso: toda opresión lleva tu nombre, todo error tu sanción.

—En mí... añadió otra voz diferente.

—En tí... contesté á esta... espíritu preocupado de las masas en que el número sofoca siempre á la razón; ¡en tí! que fuiste siempre la valla mas sólida que ha resistido las conquistas de la verdad! Te quejas de los tiranos, y tú has sido siempre su cómplice. ¿Quién si no tú ha aplaudido el martirio de todos los hombres que en el mundo han aparecido con una misión generosa que cumplir!

—¿Dónde estás? pregunté de nuevo.

—Ni en uno ni en otro extremo.

—¿Pues dónde?

—Fuera de ambos.

—¿En medio?

—Justamente, dijo interponiéndose en nuestro diálogo una voz grosera, como el interés satisfecho á toda costa—in medio consistió virtud; yo soy el justo medio. Yo no amo nada con pasión, y nunca me voy á los extremos. De mí han tomado su criterio los partidos conservadores: yo soy el eclecticismo.

—¿Dónde te hallas? Insisti, desentendiéndome de la voz que hablaba.

Calló el acento grosero, y el que antes habia oído yo, volvió á resonar de nuevo suave y delicadamente.

—Ya lo ves, me dijo éste; los hombres pueden equivocarme con varios intereses que toman mi semejanza y mi nombre.

—¿Cuál es el que usas? pregunté: ¿cómo te llaman?

—No me llames de ningún modo, porque no han dejado para mí ningún nombre en el diccionario. Pero vas á saber lo que soy. Siempre que has presenciado un acto evidentemente injusto, ¿no has sentido revelarse algo en tí contra aquello mismo? Pues bien; ese no sé qué, como

decís comunmente, es un sentimiento instintivo, que se despierta gracias á mi impulso. Si no fuese porque el interés, con cuya compañía no me avengo, se mezcla en todas vuestras acciones, yo intervendría en ellas, y tendría un perenne asilo en cada corazón.

¿Recuerdas la abnegación de Cincinnati? Yo soy quien por salvar á Roma, por dos veces le hice renunciar la suprema dignidad de la república por el cultivo de sus campos.

Los hombres, en general, me llaman la virtud; los sabios me nombran la verdad.

En realidad, yo soy un ideal, una aspiración; no tengo forma tangible, ni ocupo lugar; vivo un instante en un sentimiento digno, que se estingue luego; me voy de allí, paso á presidir los primeros momentos de una institución buena, y arrojada de nuevo, busco otro sitio á que acogirme. Cuando no lo consigo, floto sutil y vaporosa en el espacio, esperando ocasión de descender sobre la tierra. A veces resido un punto en la inspiración fugaz de los poetas y de los oradores. Empero, idea destinada á flotar en el espacio, he manchado la fimbria de mi túnica de virgen, siempre que, plegando mis alas invisibles, abato mi vuelo, y hundo mi huella en el polvo de la vida. El contacto de los hombres me destruye, como las alas de una mariposa en manos de un niño. Yo sería lo mas parecido á una ilusión, si no fuera una realidad, puesto que existo.

—¿Ah! yo quisiera verte.

—Todos los hombres me piden otro tanto, me muestran á ellos, pero se acercan, quieren tocarme... y por eso desaparezo. ¿Harás tú lo mismo que todos?

—Te ofrezco que no.

Y en tal instante apareció ante mí una visión, que no la hubiese tomado aun en otras circunstancias por un sér real y efectivo, puesto que en belleza excedía á cuantas mujeres han contemplado mis ojos, y ha embellecido mi deseo.

Se acordaban en su semblante con la frescura y el candor de la adolescencia, la dignidad de la matrona altiva. Flotantes gasas ocultaban las proporciones de su cuerpo esbelto, que se destacaba en medio de un resplandor misterioso.

Era, en suma, tan bella, y tenia tal atractivo la pudorosa expresión de su rostro, que me olvidé de mi promesa, y... como tenemos la pícara costumbre de tender á todo el mundo la mano, me sentí como atraído, alargué la mia inadvertidamente, tropecé con la suya, y la estreché con efusión.

Parecióme que ella correspondía á mi demostración, y tanto lo hizo así, que lo extrañé. Alcé la mirada, la fijé en su semblante, y... aquella cara habia cambiado. Eran las mismas sus facciones, los mismos sus contornos, pero animados por un espíritu diferente.

La misteriosa beldad estaba sustituida: al ir yo á tocarla, sin duda me habia cumplido su palabra, ¡pero cómo habia sucedido esto? No lo sé.

Revelaban los rasgos de mi nueva aparición cierta magestad que me obligó á retirar mi mano con respeto. Mis ojos se abrieron desmesuradamente para recoger todo el brillo de los suyos, mi boca se entreabrió para dejar paso á una exclamación de sorpresa.

—¡Oh! exclamé admirado verdaderamente.

—Ya lo ves, me repuse con un acento que tenia algo de varonil; yo inspiro admiración y respeto.

Yo soy infinitamente superior á la pequeñez humana. Todo lo grande que conoce el mundo, son otras tantas manifestaciones de mi sér. Voy á ponerlas de manifiesto á tus asombrados ojos: vas á conocer todas las formas que toma mi misteriosa esencia.

¡Mírame: ora soy la libertad de los pueblos, el ídolo mas querido de las nuevas repúblicas del Sur de América (y sus facciones se desfiguraron, es decir, como acontece en los cuadros cromofundentes, se fundieron unas en otras, y me pareció en su tono de fatuidad reconocer el espíritu pueril y degradado de los hijos de los conquistadores españoles).

Ora soy la Igualdad (y su aspecto sufrió aquí otro cambio). Jesucristo me proclamó antes de subir al Calvario, y el mundo acabará por ser mio. Hace poco se vió mi pleito en las orillas del Mississippi, y millones de hombres fuera de combate probaron que yo tenia razón.

Y así sucesivamente fueron apareciendo personificadas cuantas conquistas ha realizado el mundo.

Yo presido, me dijo La Fraternidad, todas las transacciones de los pueblos entre sí; todos se comunican por medio de ferro-carriles, y todos se compran y venden mutuamente: ya son hermanos.

—Míos son los hospitales, dijo la Caridad, los asilos y hasta los fondos y las suscripciones para calamidades públicas, añadió con un tono que me pareció irónico.

Esto me hizo recordar la inundación de la provincia de Valencia y los inválidos de África.

Por este temor la misma figura se fué cambiando, sin mudar de sitio, en multitud de otras en cuyos atributos y expresión reconocía yo lo que fingian ser y no eran.

Hasta que apurado mi sufrimiento, exclamé: huid, apariencias mentidas: vosotras no sois nada de lo que decís: la libertad no es la anarquía, la caridad oficial no es caridad, el interés egoísta que ensangrienta los campos de batalla, nunca es el derecho que le sirve de pretesto.

Huid, no os quiero ver.

Y cerré los ojos.

Y efecto, sin duda, de la sensibilidad esquisita de que nos sentimos poseídos en sueños, empecé á llorar con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Pero en breve sentí algo así como el contacto de un finísimo cendal que nuevamente secaba mis ojos.

Alcélos del suelo, y vi de nuevo la pura imagen que primero se me presentó. La reconocí: no era posible equivocarla con las que le habian sucedido.

—Tan solo el placer de secar tu llanto, vino á decirme, ha podido lograr que yo consienta en aparecerme de nuevo á tí.

—Adios, poeta, añadió con cierta solemnidad, yo volveré, me infiltraré poco á poco en vuestro espíritu, y cuando viva en vuestras costumbres, en vuestra manera de sér normal, habré cumplido mi misión, los hombres la suya, y todos la del Redentor del mundo, que me dejó entre vosotros. Yo soy el pensamiento de un Dios inmortal, la obra del Dios-Hombre.

La verdadera grandeza que en su persona se traslucía, no coartó la vivísima simpatía que me llevaba á ella.

No lo pude remediar, me arrojé á sus plantas, y creyendo asir los pliegues de su veste, exclamé con gozo:

¡Ah! No te librarás ahora de los naturales impulsos de mi gratitud.

Pero sentí en tal momento una impresión dolorosa en el pecho, y esto me despertó.

Era de día.

Me hallé de pechos sobre la mesa, y arrugado entre mis manos un diario de los que antes habíamos leído.

En mi sueño, creyendo arrojarle á los pies de mi encantadora aparición me arrojé contra la mesa que tenia delante, y el golpe que me di sobre el borde de la misma, fué la causa de la dolorosa impresión que sentí.

Eduardo y el mozo dormían todavía.

Les desperté, y nos fuimos los tres á continuar en otra parte mas cómodamente la ocupación.

—¿Señor, señor! dije entre mí, á tiempo que me dirigía á mi casa, y pensando en la visión de mi sueño—¿qué era aquello!

Y hallándome en la mano el periódico todavía arrugado que conmigo llevaba impensadamente, añalicé:—¿Qué es esto!

Y sin duda se me ocurrió lo que á mí en tal momento me pareció una voz interior que me decía:

—Aquello es el ideal; esto es la fórmula.

Como quien dice, la teoría y la práctica, la mente de una cosa y el hecho en que se traduce, la idea y su manifestación, el ideal y la fórmula.

PEDRO YAGO.

FANTASÍAS GANPESTRÉS.

2.

UN MISÁNTRORO.

De la otra parte de los montes surgía un pálido resplandor, mientras que sobre el azul claro del horizonte ascendían bellísimas nubes, que de un color de escarlata en su nacimiento, iban diluyéndose en tintas doradas y pajizas; las

avecillas empezaban sus armoniosos trinos, y aparecíanse por diversos caminos y senderos los labriegos cargados con los aperos de labranza, ó conduciendo los arados; se extinguía el crepúsculo matutino, amanecía.

Aspirando las aromáticas emanaciones de sus plantas, ascendía yo por la pendiente, algun tanto fatigosa de la montaña, recibiendo con afanoso placer la fresca brisa matinal que oreaba mi rostro. El paisaje que á mis espaldas se extendía era tan bello, lo bañaban con tan brillante fulgor los primeros rayos del gallardo Apolo, que no pude vencer el continuo deseo de volver á cada paso la cabeza para saborear aquel espectáculo, que en la óptica de mi imaginación, se revestía de colores de hermosura sobrenatural.

Una de las muchas veces que verificaba el movimiento indicado, sin detener por él mi marcha ascensional; á la manera de aquel sábio astrónomo que embebido en la científica observación de la bóveda celeste, cayó en un pozo, de un tropezón tal, que á no asirme á unas matas que entre las peñas brotaban, hubiera dado con mi cuerpo en el suelo; al apoderarme de aquel punto de sostén, noté con terror que cedía, y ya pensaba verme humina pelota rodando hasta el pie de la montaña, cuando al formar ya casi un ángulo recto con la Peña, de la que brotaba mi asidero, observé en primer lugar que no caía, y en segundo que era la roca y no el vegetal el que cediera, y que al violento esfuerzo, debido al peso de mi individuo, habíase abierto una como puerta de piedra que daba ingreso á unantro oscuro y tenebroso. Qué suspenso sin acertar á creer en lo que veía, y no osan lo traspasar el rústico dintel de aquella cueva. Temí por un momento fuera el refugio de alguna fiera pronta á devorarme; mas una doble reflexión me tranquilizó: en primer lugar la fauna de aquel país no creo que posea ejemplares vivientes de bestias salvajes y dañinas, y en segundo no ha llegado á mis oídos que á pesar de los adelantos maravillosos de la civilización, tuviesen estas alimañas nociones mecánicas, aun tan groseras como las que aquella puerta denotaba.

En cambio, siempre pobla la de quinaras la mente del poeta, fingiéndose las fábales mas fantásticas, contenidas en aquel sombro agujero; por fin me decidí, y como Orfeo, Teseo ó Hércules, creí traspasar el dintel del Averno y penetrar en las profundidades del Erebo y del Tártaro. La luz del día iluminaba algun tanto la gruta, y pude avanzar sin dar un segundo tropiezo, ó de narices contra algun peñasco; marchaba con las manos adelante y dirigiendo hácia el fondo mis miradas; la claridad, á mas, no era tan completa como fuera deseable, y al dar un paso sin mirar ó dónde, tropecé con un objeto que sobresalía del suelo, y caí de bruces contra el mismo; entonces, presa de espanto, observé que el objeto se removía y alzaba despues impetuosamente; ya me creí en mi alucinación mitológica tragado por alguna de las tres gorgantas del Cerbero.

El bulto que mi imprudencia habia despertado, desembarazóse del envoltorio que le cubría, y ya de pie me dejó percibir un sér que á duras penas pude clasificar entre los racionales. Era un hombre, en efecto, pero de cabellos largos, enmarañados, ásperos y confusos; de barba que corría parejas con el peinado; de rostro curtido, en el que casi desaparecían los ojos bajo profundas arrugas y pelusas cejas; de pies desahucados y callosos y metido en un grosero saco de paño que á guisa de túnica vestía.

Aquella especie de salvaje me dirigió una mirada torva y con voz ronca y desapaible preguntó:

—¿Qué te conduce á este retiro, atrevido mortal? ¿Quién te ha descubierto su secreto? ¿Qué quieres de mí?

—Usted dispense, amigo, repuse no teniendo todas conmigo; la casualidad me ha llevado hasta aquí, y le conté la manera algun tanto ruda con que habia hallado la entrada de aquella concavidad.

El viejo, que ya lo era, pareció tranquilizarse al comprender el aspecto veraz que aparecía en mis palabras; dulcificó algun tanto su actitud hurana y dijo:

—Confío, caballero, en que ya que el acaso le ha hecho á Vd. conocedor de un misterio para todos impenetrable, guardará Vd. el mas profundo secreto y no amargará el resto de la corta existencia del mas infortunado de los hombres.

—Yo se lo prometo á Vd. del mejor grado, aunque me es á la verdad tan extraña como incomprendible su escéntrica situación y quisiera ejercer en su ánimo bastante influencia para sacarle de esta tumba.

—Gracias, señor mio, agradézcole á Vd. de corazón su buen deseo; mas, ¡ay! si Vd. conociera las causas que me han obligado á sepultarme aquí, tal vez entonces hallaría Vd. muy lógica mi conducta; si Vd. supiera... mas á qué fatigar su atención con el recuerdo de mis desventuras.

—Por el contrario, repliqué, me ha interesado usted vivamente, y me atrevería á rogarle que satisficiera mi curiosidad, contándome su historia, si para ello puedo inspirarle confianza bastante.

—Complaceré á Vd.; será este un desahogo de mis penas; pero venga Vd., nos sentaremos.

Me condujo hácia el interior, que se extendía unos cuatro metros en dirección distinta de la entrada; esta segunda y última parte de la cueva recibía la luz por una hendidura abierta á bastante elevación; merced á ella pude percibir una mesa y una banqueta toscamente construidas, algunas vasijas de distintas formas y usos,

unos cubiertos de palo, frutas, una especie de arcon envejecido y de mohosas cerraduras; sobre un zócalo formado por un saliente de las rocas, se veía un crucifijo de madera, escultura sacrilega por lo mala, y á sus pies una figura de barro con cabeza y traje de mujer y cuernos, patas y rabo de apariencia diabólica; pude así mismo ver una porción de libros abiertos y cerrados, cuyos distintos títulos constituían un conjunto heterogéneo, al parecer indescifrable, pero cuyos puntos de contacto, cuya unidad en el fondo pude más tarde comprender; hallábanse confundidos, entre otros varios, el *Misántropo* de Moliere; la *Biblia*, abierta en la historia de José; las poesías de Anacreonte, la vida de Nerón y una novela por entregas, titulada *Malditas sean las mujeres!* Algunas herramientas, un paquete de velas, una espuerta y otros trabajos completaban el singular menaje del solitario.

Este me cedió la banqueta y sentóse sobre una piedra, á pesar de mis instancias; antes habia recojido el conjunto indefinible de pieles, mantas y otras telas cuyo tejido no pude apreciar, que formaban su cama, y lo habia dejado en un rincón.

El eremita empezó así:
—Pasando por alto la parte primera é insignificante de mi vida, diré á Vd. que á los 35 años, merced á los desvelos y laboriosidad de mi ya á la sazón difunto padre, continuados con tesón por mí, me hallaba libre, dueño de una acreditada confitería y de un capital en fincas y moneda contante que constituían una buena fortuna. Mi existencia tranquila y apacible se desahucaba dulcemente entre yemas escarchadas y carne de membrillo; mi natural sencillez y bondadoso me granjeaba el aprecio general, y viviendo modestamente á pesar de mis abundantes recursos, no era por eso menos feliz. Todo era paz y quietud en aquella casa, cuando un día, ¡día aciago! paró un coche á la puerta y descendió rápidamente una señora que penetró en la tienda; ¡válgame Dios y qué hermosa era! A su presencia gallarda y esbelta unia un rostro hechicero y una elegancia tal que me dejó embobado; la dama avanzó hasta el mostrador, detrás del que yo la contemplaba estático, y con voz armoniosa y de sin igual atractivo, díjome:

—Tendrá Vd. la bondad de venderme media libra de caramelos?

Al oír la excesiva amabilidad de la pregunta, pronunciada con acento tan melodioso y observar al propio tiempo su traje, su tocado, el coche, los lacayos y toda la apariencia eminentemente aristocrática de que se hallaba revestida, aumentóse mi embobamiento y quedéme unos instantes sin contestar ni obedecer: por fin me apercebí de que aguardaba sonriendo la dama; precipitéme á los armarios, tiré dos frascos de cristal, que se hicieron añicos, dejé un paquete de cerilla que le iba á presentar en mi aturdimiento, y la entregué á un precio que hubiera hecho botar á todos los confiteros del mundo, los mejores caramelos de mi fábrica.

La preciosa niña abrió un lujoso portamonedas, pagó, y sacando una tarjeta primorosamente litografiada, me la entregó, diciendo que enviara alguna vez por dulces á mi casa; sonríome después afablemente y partió.

Cuando quedé solo examiné la tarjeta: bajo un blasón pródigo en cuarteles y coronado por una diadema de condesa, se leía: Clotilde X., condesa de Z.

Mi corazón, sin duda por efecto de mi profesión, se habia hecho dulce como el azúcar y blando como una jalea, pero hasta el extremo de quedar perdidamente enamorado de la preciosa Clotilde. Yo no sabré, amigo mío, cómo detallar á Vd. la serie de acontecimientos que motivaron al cabo de tres meses el matrimonio de la condesa de Z y Casimiro Merengue (su humilde servidor); solo puedo asegurar á Vd. que al considerarme dueño de aquella beldad que contemplaba como una imagen divina, no tan solo me apresuré á dejarla como ofrenda la omnímoda disposición de mis sesenta y tantos mil reales de renta, sino que me apresuré á prestarla un culto tan respetuoso que rayaba en idolatría.

No tardé en convencerme de la humana individualidad de mi esposa y de su terrenal flaqueza, así como de que nuestro desposorio habia sido un negocio á que la habia conducido la ruina de sus bienes. Merced al fruto de mi herencia y mi trabajo, entregóse á una vida de lujo y de placer, que hacia dar rápida salida á mis pelucas, y mientras tratándome con altivez y menosprecio se erigía en mi tirano, no vacilaba en conceder sus favores á un cosaco giganteo y bigotudo, cuyo vistoso uniforme y aspecto dramático la habian seducido.

No podré explicarle á usted la serie de sufrimientos de que aquella mujer me hizo víctima; su desparpajo, su liviandad, su dureza para conmigo, demasiado débil para resistirle ni poner coto á sus desmanes. Padecí horriblemente, aunque en silencio, hasta que un día averigué el cosaco que Clotilde, dos veces infiel, prodigaba sus encantos, sin duda por contraste de tipos, á un tenor de la ópera muy bonito, muy rubio y muy almirado, y logrando sorprenderles y sin andarse por las ramas, en la fiera pasión que suele acometer á los hijos del Norte, tomando un partido á lo Mourviéff, precipité desde un segundo piso al tenorillo y estrangulé en seguida á mi mujer. Yo lloré á pesar de todo su pérdida, pero desde entonces profeso cierta simpatía á los cosacos.

Seis años duró aquel aciago enlace; pude salvar aun parte de mis intereses, volví de nuevo á la confitería y á mi antigua existencia, merced á la cual pude repenir algún tanto los descabros sufridos durante el matrimonio. Llegué así á los cincuenta años, y como es natural, empecé

á sentir los efectos desagradables de mi situación solitaria. Mi mala estrella me hizo conocer la hija de otro confitero, lindísima criatura de aspecto cándido, inocente y ruboroso; prendeme de sus gracias y considerando que esta vez la igualdad de clases, aunque era ella bastante pobre, y su modesta y recatada educación, me garantían una felicidad y una paz completas, me decidí á pedirle á sus padres, que me la concedieron con el asentimiento de su hija, á quien el pudor apenas le permitió balbucear un sí encendidas las mejillas.

Advirtíedome que un su primo, parecia ser algo mas respecto de la niña, pero su candorosa apariencia y sus protestas me convencieron bien presto de lo contrario. Nos casamos, pues; los primeros meses de matrimonio, Camila, que así se llamaba, observó la conducta mas intachable bajo todos conceptos: satisfecho y dichoso por tal causa, cedí á sus instancias de realizar mis bienes en dinero, con objeto, decia, de trasladar nuestro domicilio, y por otras mil razones que, robustecidas con halagos y caricias, se me hacían irresistibles. Al siguiente día de reunir una considerable suma de metálico, desapareció hasta el último real en compañía de Camila y de su primo; tambien esta vez el afán del oro habia realizado tan desigual enlace. No pude resistir á este postre golpe; abandoné el mundo, maldije de las mujeres, renegué del género humano y vine á esconderme en este apartado asilo, cuya entrada oculté cuidadosamente ayudado de un buen pastor, confidente de mi secreto, que fué el que me indicó este impenetrable retiro, y el que me provee desde entonces de alimento, de agua y de cuanto necesito. Aquí pienso permanecer el escaso resto de mis días, de todos olvidado y procurando olvidar á todos; aquí, con la meditación y la lectura, neutro mi espíritu de odio aun mayor á las mujeres: aquí, por último, pienso morir completamente exéptico en la religión femenina.

Y el pobre Casimiro Merengue dobló melancólicamente la cabeza, terminada ya su historia.

En cuanto á mí, conmovido por la relacion de sus infortunios, impresionado por la enseñanza en ellos contenida, le prometí dedicarle algunas visitas, lo que me agradeció, y salí lleno de aversión contra un sexo tan engañador y tan falaz, decidido á aprovechar la moraleja del cuento, no aproximándome á ninguna de esas traidoras sirenas cuyos encantos producen resultados tan funestos.

En esto, y ya al pie de la montaña, dejéme oír una voz fresca y juvenil que entonaba una alegre copla, y la linda Pepilla, gentil muchacha de sonrosadas mejillas, ojos chispeantes y boca riante, apareció entre una arboleda con el cántaro bajo el brazo y en direccion al pueblo; al pasar me saludó con su ademán siempre maligno, acompañado de una graciosa sonrisa. Olvidé á Merengue y me fui con ella.

LUIS ALFONSO.

APUNTES SOBRE LA NOVELA.

I.

La novela es acaso el género mas importante de la literatura moderna. A medida que va ensanchando su círculo de lectores, adopta nuevas formas é invade nuevos terrenos. La política, la filosofía y otros ramos del saber la han utilizado como campo á propósito para hacer sus armas, como medio preferible para hacer su propaganda. Pocas cuestiones hay que no hayan caído bajo el dominio de la novela: ciencias, artes, historia, biografía; detalles de la vida íntima; el tecnicismo de aquellas, el abandono de la conversacion familiar; todo lo ha fotografado, de todo ha sacado partido.

¿Es esto un mal, ó un bien?
Hay quien piensa á la antigua y lo encuentra mal.

Hay quien es mas lógico y halla en esto un verdadero progreso. Los primeros establecen que la novela no debe tener mas objeto que el que le dan los antiguos preceptistas, los cuales la definen, diciendo: «La novela es un género de composicion literaria que se propone proporcionar al lector un honesto recreo, relatóndole sucesos fingidos, etc.»

Pese á uno de los jóvenes académicos de la lengua, que en su discurso de recepción se mostró partícipe de semejantes opiniones, yo creo que en la actualidad se reconoce á las novelas un objeto mas digno. Si hemos admitido hasta hoy otra cosa, se necesita ser todo lo anti-lógico que es el amor propio, para decir, por este motivo únicamente, que las novelas que actualmente se dan á luz son malas. Si mañana apareciese una novela que lograse contribuir al desarrollo de una buena tendencia cualquiera entre el comun de las gentes, yo me guardaria muy mucho de decir que tal obra era censurable solo porque se proponia otro objeto que el de proporcionar al público un *honesto recreo*.

No conviene á mi propósito ahora ha-

cerme cargo de otras muchas objeciones con que los partidarios de la tradicion y de lo sancionado por el uso, y solamente por el uso, atacan á la novela moderna; sino me extenderia combatiendo algunos errores.

Inverosímiles, por ejemplo, llaman á las novelas de mas crédito que en este siglo se han publicado, los hombres que no leen mas libros que los escritos de cien años atrás.

Y, sin embargo, busco la razon de la inmensa popularidad de ciertas novelas francesas, del palpitante interés que excitan á toda clase de lectores, y encuentro esa razon.

Hoy la verosimilitud de la accion, en el fondo, importa poco; que esta sea mas ó menos complicada, importa poco tambien; hoy la critica, digo mal, hoy el criterio del público, busca la verdad en la lógica hilacion de los sucesos, por increíbles que ellos en sí sean; hoy se juzga de la verdad de la accion con relacion á los accesorios: hoy para la forma, para la manera de presentar la accion y de darle efecto de verdad, se hacen verdaderos *tours de force*. Es una especie de *gymnasia intelectual*, en que se presentan para un Balzac un Karr, para un Karr un Edgardo Poe.

Sentado, pues, que la novela, por la multitud de formas que puede aceptar, por la multitud de cuestiones que puede abordar, siquiera sea incidentalmente, es el género mas importante y trascendental de la literatura, no me explico, á no ser por la completa falta de critica constituida en un ramo de nuestras letras, la indiferencia desdeñosa con que la prensa mira esta clase de publicaciones...

II.

Sabido es que en el fondo de toda obra amena reside una idea sintética que se desprende de la accion como consecuencia lógica.

Es lo primero que busca hoy la critica en un libro, y es efectivamente, cuando la parte narrativa ha servido fielmente al desarrollo de la idea oculta del autor, la condicion que da á la obra toda la trascendencia á que aspira el arte.

Es, en una palabra, la parte utilitaria del libro.

Nuestro siglo, positivista por esencia; dado al ensayo práctico y aplicacion inmediata de todo, se distingue por una cualidad especial de las que han señalado el carácter de otras edades. Bentham, como los antiguos alquimistas, que de un jugo vegetal obtenian una quinta esencia, ha obtenido una verdad de la profunda observacion del mundo que le rodeaba: *el interés*, ha dicho, *es el único móvil de las acciones humanas*, y esta verdad, elevada á la categoría de principio filosófico, ha impreso su manera de ser á nuestra actual sociedad, y ha venido por último hasta hacer sentir su influencia en lo que menos podia sentirla; esto es, en la realizacion estética.

Consecuencia de esto es la aspiracion del arte á hacer nacer la belleza artistica de la belleza moral, cuyas tendencias de una manera tan notable vienen señalando el paso de nuestros modernos escritores, de los escritores españoles.

Nuestro siglo, el siglo de Bentham, positivista, utilitario por esencia, dado al ensayo práctico y aplicacion inmediata de todo, en nada apreciaria que la ciencia midiese la fuerza expansiva del vapor, si la aplicacion de ese dato de la ciencia no le diese por resultado las nuevas ventajas que esto le reporta en la locomocion, si no le diese por resultado el invento de Fulton y el del ferro-carril, por ejemplo; de nada le serviria conocer la naturaleza del rayo, si de su naturaleza no dedujese el medio de preservarse de su accion desastrosa; en nada apreciaria la virtud, si de la virtud del individuo no reportase bien la sociedad; en nada apreciaria la belleza estética si esta no sirviese á la belleza moral, cuyas razones de conveniencia conoce.

Ved aquí por qué se ha exigido al arte que sea utilitario ante todo, como lo son todas las cosas en nuestros tiempos.

Ved aquí por qué nuestro siglo ha querido hacer de la novela la misma provechosa aplicacion para el individuo en particular que del estudio de la his-

toria obtienen los Estados y la sociedad en general.

P. YAGO.

VIAJE

ALREDEDOR DE UNA TARJETA FOTOGRAFICA.

(Conclusion.)

X.

Una mañana que distraído paseaba nuestro estudiante por la *Puerta del Sol*, sintió que una mano y un brazo familiarmente se apoyaban en el suyo; volvió la cabeza para conocer al dueño del brazo y de la mano, y alegremente sorprendido, se encontró lado por lado de su amigo don Primitivo Vargas.

Ya habian trascurrido quince dias desde el capítulo anterior, y no habiendo recibido carta don Carlos de D. Luciano Gonzalez, dudó de la palabra de éste, creyéndose mas lejos que nunca de conocer á su incógnita.

La suerte se burla de nosotros desgraciadamente; cuando nos creemos mas lejos de alcanzar el objeto de nuestros deseos, es cuando acaso estamos mas cerca, y por el contrario, cuando nos creemos cerca, muchas veces estamos muy lejos. ¡Tan ignorante es el hombre que se enorgullece de su sabiduría!

—Chico, llegué á Madrid hace dos dias, sé que has estado á verme y deseo saber en qué puedo servirte, dijo Vargas al estudiante en cuanto terminaron las primeras frases de cariño y de cortesía.

—¡Puedes darme la vida! exclamó Carlos.
—¡Demonio!... ¡Eso es dramático! le contestó con tono zumbón el escritor.

—Es toda una historia que voy á referirte... Lo que me pasa es una novela que puedes insertar en tu periódico.

—Cuéntamela C por B, replicó Vargas con curiosidad.

Haremos gracia á nuestros lectores de la relacion minuciosa que contó Carlos á Vargas de su aventura con la dama del retrato, pues ya están enterados de ella; y esto, sobre insulso, seria criminal.

Basta que sepan que contó el estudiante á su amigo desde el encuentro de la fotografía en el cajón de la mesilla de noche, hasta la pérdida de su última esperanza, quiero decir, hasta la falta de cumplimiento de la palabra empeñada por D. Luciano Gonzalez de escribir á nuestro héroe dentro de quince dias.

Vargas escuchaba á su amigo con la sonrisa en los labios.

Por remate de la historia, desenvolviendo don Carlos el retrato en cuestion, se dirigió al escritor del modo siguiente:

—Ya que sabes que estoy enamorado, voy á enseñarte quien es *ella*, para que te admires; y te admirarás, que sé que la conoces.

Concluidas estas frases presentó el estudiante el retrato al escritor; éste, al reconocerlo, lanzó una carcajada.

—¿De qué te ríes? exclamó algo picado Carlos.

—De que fui á retratarme con *ella*, de la coincidencia, contestó Vargas mordidándose los labios para ocultar su risa.

—Dime quién es.

—Pronto lo sabrás.

—¿Está ya en Madrid?

—Sí.

—Pertenece á la nobleza, debe ser una dama distinguida.

—De eso te convencerás por tus propios ojos.

—Eres poco franco, Primitivo.

—Porque quiero que te produzca su vista el efecto que debe; mañana iremos á visitarla.

—¿No puede ser hoy?

—Hoy... me vas á acompañar al ensayo del *Teatro Real*, tengo que hacer allí y tú te distraerás oyendo buena música...

—Pero mañana...

—Sí... hombre... te lo prometo.

—Pues vamos al teatro Real.

XI.

Cogidos del brazo llegaron nuestros dos amigos al régio coliseo, y entraron en el escenario.

El escenario estaba invadido por el completo de coros de ambos sexos que cantaban en el teatro de la plazuela de Isabel II. Cuando Carlos y Primitivo pisaron las tablas, entonaban hombres y mujeres un coro al compás de la magnífica orquesta que dirige *Sokolopolle*.

—Espérame aquí, Carlos, le dijo Vargas, vuelvo en seguida.

Esto diciendo, el escritor se perdió entre la masa del coro.

Poco rato despues el estudiante vió acercarse hasta donde él estaba á su amigo Vargas, acompañado de una mujer.

Era ésta jóven, rubia, de estatura apuesta; pero su rostro carecia de expresion; cuando hablaba dejaba ver una dentadura gastada; su voz chillona, que pronunciaba mal el español, hablaba casi en italiano.

—Carlos, le apostrofó Primitivo, señalándole á la jóven que lo acompañaba. Te presento á mi amiga Sofia Piccolini, corista de este teatro, á quien hace un mes desearé conocer.

Un rayo que hubiera caído á los pies de nuestro héroe no le hubiera anonadado como la revelacion y la vista de la corista que con tanta

sangre fría le presentaba su cáustico amigo Primitivo Vargas.

Este, comprendiendo el embarazo de Carlos para contestar á la presentación lo que es de ordenanza, continuó dirigiéndose á Sofia.

—Mi amigo D. Carlos Rojas, persona de toda mi confianza é intimidad.

—Habré mucho piacere en riverderlo.—Yo habito calle de Biblioteca, allí está sua casa.

—Gracias... barbotó Carlos.

—Utrora habeo prisa... me crida il maestro... Ritornaré... Adio.

—Adios, le contestó Vargas despidiéndola. Ligera como una flecha, penetró la corista por la masa coral, colocándose en su sitio.

—¡Dios te confundal gritó el estudiante al perderla de vista.

Vargas no podía contener la risa. Carlos estaba enfurecido, furioso.

—Vámonos de aquí, exclamó.

—¿Tan pronto? le preguntó su amigo con acento zumbon.

—¡Por qué me has traído! ¡No eres amigo miol

—Para curarte de tu locura: porque, Carlos, has estado loco un mes.

—Podrá ser; pero salgamos... Los acentos de ese coro, los acompañamientos de esa orquesta, la sonrisa que no abandona tus labios, todo, todo me parece que se burla de mí... ¡Salgamos!

Carlos echó á correr á la calle; su amigo le seguía desternillándose de risa.

XII.

Carlos no podía consolarse de haber sido víctima de una broma tan ridícula; se despidió de su amigo y se dirigió furioso á su casa.

Estaba inconsolable.

—¿Quién había de decir, exclamaba por el camino, que un retrato de fisonomía tan hermosa y de figura tan aristocrática era la copia de una mujer fea y de una corista!...

En el retrato es morena y ella es rubia.

¡La fotografía miente! ¡Ahora todo está cambiado!... Hay confusión en todo... Hoy las marquesas son jorobadas y las coristas tienen la figura noble... Todo está fuera de quicio... Hoy se han cruzado las razas y las clases y ya no se conocen ni en el físico... Y, D. Luciano Gonzalez que podía haberme desengañado!... yo le diré cuántas son cinco... no se volverá á burlar de mí... voy directamente á escribirle; con el calor del chasco que me ha sucedido, estaré inspirado, y le diré las verdades del barquero.

Cuando llegó á casa se sentó D. Carlos en la mesa escritorio, y escribió la siguiente epístola:

«Sr. D. Luciano Gonzalez.

Muy señor mio y de toda mi consideracion y aprecio. Si Vd. me hubiera dicho hace veinte dias cuando me dirigí su carta, que Sofia Picolini, la dama del retrato, era una corista fea, hubiera impedido que estuviera yo tocando el violon todo este tiempo. Vd. no ha querido quitarme desde luego la ilusion, como debia, y me ha hecho desempeñar un papel ridiculo. No sé por qué, abriga Vd. malas intenciones hacia una persona desconocida: su modo de portarse, pareciendo prestarme apoyo, conozco ahora que es verdaderamente una venganza, y yo no sé por qué quisó Vd. vengarse de mí. Siento haber penetrado sus malas intenciones y haber conocido tarde que tiene Vd. corazon ruin. Adjunto remito á Vd. ese retrato impostor, que no quiero guardar mas en mi poder, pues ahora, cada vez que lo miro, me parece que se burla de mí.

A pesar de haber perdido la ilusion en Vd., se repite S. S. S. y A. Q. B. S. M.

Carlos Rojas.»

A vuelta de correo recibió nuestro héroe la contestacion de D. Luciano, concebida en los términos siguientes:

«Sr. D. Carlos Rojas.

Muy señor mio y de toda mi consideracion y aprecio. Un catarro me ha obligado á hacer cama durante ocho dias, y por eso no he podido escribir la carta ofrecida, al momento que supe por Sofia su llegada á Madrid; iba á ponerlo en práctica, cuando el correo me trajo su segunda epístola, no sé si llamarla grata ó ingrata. La abrí, y en cada frase de ella comprendo la cólera que se ha apoderado de Vd. al recibir el desengaño: no lo extraño; tiene Vd. toda la cólera que habia yo supuesto que Vd. tendria, toda la que debe tener, atendiendo á su imaginacion fogosa, á su juventud, á su ligereza, y á lo ridiculo del chasco.

Pero no debe Vd. ofenderse conmigo, al contrario, porque en la primera carta no le he confesado la verdad; pero no ha sido por burlarme de Vd., nada de eso, fué por prolongar su ilusion por mas tiempo, para que Vd. me lo agradeciera, como me lo agradecerá cuando cuente mas años, cuando no viva de ilusiones, sino de realidades como yo.

Es una crueldad, amigo mio, matar las ilusiones... harto pronto las perdemos... Vd., que vive de ellas, se juzga desgraciado, y sin embargo, le envidio á Vd. (y lo digo con toda la sinceridad de mi alma), le envidio, amigo mio, cuando en este mundo se ven las cosas como son, jados goces, placeres, sueños, adios felicidad! La realidad es triste, la esperiencia es el desencanto, la vejez de la imaginacion, el luto de las ilusiones.

Si hubiera Vd. sabido por mi primera carta que Sofia era fea y corista, creyéndola Vd. hermosa y aristocrática, le hubiera privado de veinte dias de goce, porque mientras se desea, mientras se corre tras algo que impresiona

nuestro corazon, es cuando se puede decir que se disfruta en el mundo; cuando se consigue, empieza el hastío; cuando se malogra, viene el desengaño; y este desengaño ó ese hastío he tratado de alejar de Vd.

¿Quién no conocerá que le he hecho un obsequio?

Tome Vd., amigo mio, mi intencion como es, amistosa, buena y leal.

Siento en el alma que Vd. no me conozca tan á fondo como le conozco yo.

De todos modos, tendrá siempre un verdadero placer en servirle S. S. S. y A. Q. B. S. M.

Luciano Gonzalez.»

Cuando Carlos concluyó la lectura de la anterior epístola, la arrojó sobre la mesa-escritorio, exclamando:

—Lo dicho, es mas loco que yo.

XIII.

Carlos, incomodado como estaba contra la tarjeta fotográfica, tomó papel, mojó la pluma, y quiso desahogar en él su mal humor y la cólera, escribiendo, con intencion de dárselo á Primitivo para su periódico, el siguiente artículo

CONTRA LA FOTOGRAFIA.

De todas las mentiras que han sentado plaza de verdades en el siglo XIX, la fotografía es la que forma en primera línea.

Ha venido á usurpar el privilegio de los pintores, y ha agitado al aparecer en el mundo: «Abajo los artistas, aquí estoy yo.» Una máquina mirando á la luz ha tenido la presuntuosa vanidad de querer valer mas que la inspiracion auxiliada por la mano del hombre.

Con la audacia y con el cinismo que caracterizan esta época, la fotografía se ha impuesto; y su vanidad ha popularizado á todo el mundo; hoy se dan retratos con la misma facilidad que se dan los buenos días; ha entrado la vanidad del vulgo por el ojo del objetivo de la máquina fotográfica.

Un retrato al óleo, ejecutado por un buen pintor, destellaba antes la expresion de la fisonomía del original, el color del rostro y del traje, el aire de las facciones y de la figura; pero un retrato al óleo era muy caro.

Un retrato fotográfico puede tener parecido, pero no da nunca la expresion del semblante del retratado, tiene la falta de vida y la inmovilidad del cadáver.

En los retratos hechos á máquinas todos somos morenos; la fotografía ha venido á concluir con los rubios.

Por eso los rubios no sacan parecido.

En cambio los retratos fotográficos se reproducen, como los panes y los peces en el milagro por una cantidad insignificante; hoy estamos por la economía... en cosas de tan poca importancia... ya derrochamos en mayor escala y en mayor cantidad en otras de mas bulto; ¡vá-yase lo uno por lo otro!

La abundancia abarata el género.

Si fuese posible que llegase un dia en que se criasen perlas con tanta abundancia como se recojen granos de maíz, los granos de maíz valdrian entonces tanto como las perlas hoy, y las perlas tan poco como los granos.

Por eso los retratos fotográficos no tienen ningun valor.

Desde que todo el mundo puede retratarse no tiene ningun mérito el ser retratado.

La civilizacion va acabando con todos los privilegios y trata de acabar hasta con la celebridad: el dia que todos seamos iguales vamos á disfrutar de tan fraternal anarquía, que Dios se va á ver obligado á hacer tocar al ángel la trompeta del juicio final.

La civilizacion nos va robando hasta ciertos goces íntimos que antes disfrutábamos.

Ayer, un apretón de manos concedido en secreto por la mujer de nuestros amores, nos elevaba al quinto cielo: hoy, apretamos cuantas manos de mujeres hermosas nos vienen al paso con la glacial cortesía con que las preguntamos ¡siguen ustedes bien?

Ayer, de un retrato en miniatura, hecho pintar ex-profeso por nosotros y para nosotros por la mujer de nuestro cariño, sabíamos que no se sacaban pruebas, y que por ser mas caro y por destinarlo á su objeto especial, era ejemplar único y destinado para nosotros; por lo que lo considerábamos, con razon, como una prueba de intimidad de afecto: hoy, las mujeres reparan su efigie entre la familia y los amigos, entre sus novios y sus primos, entre personas simpáticas á las que han hablado dos veces, y entre personas antipáticas con las que no han hablado mas que una; confundiéndonos á todos en tan democrática igualdad, que ya no se toman por prueba de cariño, ni de afecto, ni de amistad, ni de nada; si acaso pueden tomarse por prueba... de que se sigue la moda.

Haber hecho reinar esta igualdad, medir por un rasero al novio y al indiferente, al padre y al amigo, es uno de los crímenes de la fotografía.

Ante el objetivo de la máquina todos somos iguales; por eso nos saca á todos morenos.

Querer la igualdad en muchas cosas es querer un absurdo. Al ver como precede una fotografía contra las leyes de la naturaleza nos dan deseos de gritar; ¡vivan los privilegios!

XIV.

El autor hace responsable á Carlos Rojas de las ideas exageradas que vierte sobre la fotografía en las anteriores párrafos dando rienda suelta á su mal humor; y se lava las manos.

JACINTO LABAILA.

1864.

LOS CELOS DEL BARDO.

POEMA DE A. F. DEL CASTILHO

traducido al castellano por

GONZALO CALVO ASENSIO.

Soltemos esa barca. Al lago, amigos, al lago en breve.—Así decía el Bardo, la lluvia de su capa sacudiendo.

Los pescadores en la playa inmóviles le escuchan sonriendo, el lago oscuro ruge azotado por los roncós vientos, negro está el cielo, la borrasca, próxima.

—¿Quién se atreve á vogar?—

Sobre la arena arpa y bolsa arrojó, tras breve instante con mano mas veloz, retrato de oro de estremada belleza.

—Al lago, amigo, un viejo dice, y su barquilla suelta.

—¿A dónde iremos?

—De la tierra aléjame

Da la vela á la suerte de los vientos.

Ved, cual siniestro el sol brilla en su ocaso, lo tétrico del Sur, las fieras olas.

¿Quién se entrega, cantor, á tal tormenta?

—¿Al aire de la vi la das aprecio?

¿Morir, buen viejo, aquí, luego ó ahora qué importa? Siempre es sueño esta existencia,

horrible sueño que la muerte acaba.

¿Y tú que de los años recogiste harto la flor y el fruto, y hoy te resta espinas solo, con amor la guardas?

¿En el envejecer y amar el mundo? Vanos, ciegos delirios de los hombres.

—¿Mas y la esposa tierna? ¿Y mis hijuelos? Bardo, vive por mí, para ellos vivo.

Del mancebo á los labios, tales frases arrancaron irónica sonrisa.

Tras de silencio corto, levantóse y dando el lino á los voraces vientos.—

—Puedes nadar, cuando el bajel se pierda y á la playa volver y á tus hijuelos y á tu esposa, el timon toma, las rocas salva,

la muerte que odias, allí hierve en olas locas hórrida espumando del relámpago etéreo á la luz roja.

El abismo furioso, negro el cielo, el traicionado amor, ciego recorra este teatro inhospito de horrores.

Súmanse ante mi vista, con estruendo, las mas extremas cimas de la tierra que al monstruo le dió cuna y no le ahoga.

¿Vedla inmóvil en medio el oleaje! ¿Qué horrible paz, en medio las borrascas!

Contigo, insano piélagos, contigo simpátiza, atormentábase, rebrama, hierve, sufre mi alma de consuno;

sobre ambos pesa el cielo, y va la muerte. Pudiese mi furor, trocado en ira,

lanzar en torbellino, grito ronco por el lago, las sierras y los bosques que aniquilara al tigre y á la ingrata.

Vamos, viejo... hacia el fin del horizonte, allí, donde negra, está el infierno.

Allí á la luz de horóscopo espantoso nací y amé, amáronme, y fui muerto hora tras hora, instante por instante.

Y aun ahora mismo, que me crees contigo allí, me están de nuevo desgarrando.

Tú nada ves... tú... no... yo todo, todo.

En vano ruge el bosque amargas quejas, y tiembla el valle, y truena el alto cielo, allí el impío feliz... Ya llega oculto, llama... Nadie le oye... Sí... la ingrata.

Cómplice de su crimen es la llave. Entra... cierran... sus pasos tenebrosos guía nefando amor, al lecho horrible.

Rompe el velo el pudor, crece el delirio... hierven besos de furias y demonios... del crimen los unió la simpatía.

¡Ah! Del dolor la nube, al yugo infame cubre este corazon, que desgarrado, veneno y sangre, y lágrimas derrama.

Solos, inermes, juzgábase en el mundo. Insensatos, mis ojos os contemplan, sus torpes lábios mis oídos rozan,

y vago en torno de la mente de ambos. La infame, al vil, amor cual á mí, miente; Dios mio, no los mates, leve pena fuera á su crimen, no: sin arrancarles la odiada vida de mi furia esclava...

inmóviles los torna, techos, muros, arroina por piedad, y espuestos yazgan eternamente, como ejemplo al mundo, y cuantas manos hay de humana gente, piedras arrojen, sin piedad, á entrambos.

Viendo eterno el dolor, sin fin la injuria, sordos ciegos y muerte, amor conviertan en maldicion de hiel, en mítos odios, y queriendo gozar, muérdanse aullando, y uno á otro, devórense los ojos.

¡Ah! ¡pérfida! ¡venganza! Sed de ira... ¡Cual punzais en las fibras de mi alma, heridas por la mano que adorara!

Mujer, cuanto te amé, cuanto has perdido no lo sabias tú, ni hasta que ahora, de mi dolor la voz me lo revela.

Era mi amor cual mi odio, amor sin linde, en esta hora solemne aun lo declaro: lo que oiste veces cien, aun escucharas, teniendo al repetirlo, acerbo gozo.

Mis primeros, mis últimos amores fuiste tú, solo tú, mis sentimientos, inteligencia, voluntad; la vida,

todo en mí fué pasión, ternura, incendio. Menos que tú, para mi alma, era yo, el mundo, Dios que lo dirige.

¡Mira si yo te amé! Guarda en la mente, —merecen plena fe— mis tristes voíos, guárdalos siempre, y moriré vengado.

Del infortunio el caliz, ahora acepto,

bien que de amarga hiel, tú, Dios piadoso, trasbordando en su hervor, me lo llenaste. Castiga mis sacrílegos afectos: di á la perversa, por quien loco muero, un purísimo amor que te bastara; te ultrajé.

Pero ella, ¡ella oprimirme! ¿Qué la hice sino amarla con delirio?

..... Bien venidas seas, lágrimas mías, anhelante os llamé: ¡Tardasteis tanto!

.....

Fuese el peligro ya; el viento alfoja. Entona alegre, ¡oh! ¡viejo! tus cantares, que del timon yo cuidó en lugar tuyo. La fiera tempestad, la luna almyenta, pronto sereno mostraráse el lago.

¡A mi dolor, tan solo, no hay bonanza! No... no... jamás, jamás, la hubo con todo cuando sus dulces labios sonreian y adivinaba en su mirada amante de esperanzas un cielo sin tormentas.

¿Soñaba acaso entonces? ¿Sueño ahora? No: no soñé jamás; aún en mi oído resuenan sus protestas amorosas.

¿Qué protestas! ¿Qué voz! ¡Ay! aun palpita sobre mi pecho el suyo, en tierno abrazo. Y aún la suya entre mis manos siento: aún estos ojos lánguidos me escaldan sus lágrimas de amor... y hoy es perjura y se burla de mí, en brazos de otro.

.....

Robóme un corazon que ya era mio, y encantos, y palabras, besos, éxtasis, que eran míos tambien... míos... Perdona no, no me robas nada, es imposible. Creo en tí, solo en tí, ¿qué importa el mundo? El mundo miente siempre, un ángel nunca.

.....

Te estoy mirando aún; tu hermoso rostro del tigre no dibuja la fiereza; no me horrorizo al verlo; y aun mi pecho al contemplarle late como entonces.

.....

Ven, séntate otra vez en mis rodillas, blanda recíñate sobre mi seno, cíñe al cuello tu brazo torneado, en tu regazo amante, mi cabeza esconde con amor... Un beso ahora... deja que vele de la luna el rayo mi manto, y nos oculte... en este estrecho oscuro santuario, nadie cabe si no el tuyo, y mi amor únicamente. Dame otro beso, y diez y ciento... uno de aquellos dame, que resume miles. Une tu rostro al mio, háblame bajo.

.....

Hermana mia, esposa mia, ángel, ninfa, mujer, amiga, madre, vuelve á los amantes brazos que te esperan, de este mundo, volemos á otro nuevo. Entre esos puros astros, solitario alguno aureo y fecundo espera ansioso habitantes sin fin; búscalo ansio. al planeta de amor, amor nos lleve.

.....

Tuyo soy, tuyo fui, tú mia fuiste, lo eres, lo hemos de ser. Junias meciéronse nuestras cunas, crecíamos unidos, una fué nuestra infancia, siempre iguales nuestros gustos tambien.

.....

A la luz viva de un mismo cielo, floreció benéfica nuestra razon, y fuerzas nos prestara. Ninguno amó primero, el mútuo afecto fuera en nosotros sentimiento innato, que ni ha de tener fin, ni tuvo origen. Por los vagos misterios de la infancia corrió la nuestra al par, las mismas dudas, la misma certidumbre, siempre iguales nos fueran y comunes. De uno el otro discípulo y maestro al propio tiempo, poco á poco avanzamos en la vida y de la naturaleza en los misterios. En largos trechos del placer la fuente en sueño á revelárenos venia.

.....

Mas sábios, mas audaces de hora en hora, de la inocencia el velo, mas diáfano, volábase, besándonos, al término. Juntos rasgar pudimos aquel velo, juntos al cielo del amor pasamos. Las quejas, el dolor y la esperanza nuestras almas riudieron juntamente. La natura ligara en aquel punto nuestras amantes almas para siempre con nudo santo de color de rosa. Y cielo, luna y tierra, son testigos.

.....

Vé traidora, vé pérfida. Te arrojé de mi seno por siempre, desaparece de mis ojos sumida en esas ondas. Tú, seductor malvado, aspid astuto. pues de la rosa emponzoñaste el cáliz, muere con ella. En vano te resistes á un tigre vengativo, he de arrancarte el corazon impuro, que amoroso como este palpita: ¡ah! en pos de ella rueda hasta el fondo del medroso abismo.

.....

Viejo estúpido, cesa en tus cantares. ¿En mis ojos no ves ya seco el llanto? Calla, ó canta los himnos del infierno. El infierno todo él está en mi alma.

.....

Solo soy infeliz en la natura y nadie mas, ahora.

.....

Cuanto diera

por ola verme, ó roca, tronco ó viento.
Viento, fuera á su bosque... y huiria.
¿Qué iba yo en él á ver, si lo sé todo?
Un corazón celoso, ¿no es profeta?

Pescador, cuando la luna despuntaba
salían de su lar, iban cubiertos
de sudor y rubor. Cuando esa nube
cubrió la luna, en la floresta entraban.
Ahora entre argucias, besos y disculpas
raspan del olmo, versos y promesas
y cifras, que entalláramos: no quieren
incómodos testigos.

Loca, loca,
¿dónde irás que mi amor no te persiga?
De tu memoria aparta, si es que puedes,
infancia y mocedad... y quedas libre.

Versos que ella inspiró, que ella cantaba
y que en mi corazón llevara siempre,
salid del corazón que envenenásteis,
morid conmigo.

Súmete en el lago
trenza de sus cabellos adorada.
¿No poder escupir, oh! furia loca,
de mis labios los besos de la infame.

Mujer, ¿qué mezcla horrible aquí en la tierra
eres tú, para unir á tus encantos,
á tus gracias sin fin, tan hondos crímenes?
¿Y qué nombre mereces? ¿Cruel? ¿Perjura?
¿Verdugo? ¿Impía? ¿Blasfema? ¿Monstruo horri-
ble?

Vanas palabras son que nada expresan.
Amor cual yo sentí, no tiene nombre.
¿Al tuyo cuál daré?

Es un abismo
no revelado, que la gente ignora
Uno hay que abyecto y sórdido reúne
vicio, maldad, amor, traicion, mentira;
te lo darán los más; mis labios nunca.
¿De qué cielo, en qué bítrato caiste,
bella estrella de luz?

Ahora, yo mismo,
procuro en este instante aborrecerte.

Pobre infeliz, misérrima criatura,
mis lágrimas de amor triste recibe;
jamás otras tal vez verán tus ojos.
Pobre infeliz, ajate perjurando
el talisman que te encantaba el mundo.
del futuro el jardín trocaste en yermo.
Nuestro amor correría en la existencia
como cándida vela en mar tranquilo
por el céfiro hinchada, al son del canto.
Húndase, tú digiste: só el fondo yace.

En la estación en que renace todo
para el riente amor, el amor suave
que aspira la fragancia de las flores,
el murmurio del agua y del follaje,
de la tórtola fiel el casto arrullo,
las blandas noches, la plateada luna
han de afrentarte, y sentirás en ello
de la natura amargas ironías.
Todo era bello, y bello lo encontráramos:
Tu falsa eclipsó días tan dulces;
murieron para tí, eran los míos.

¿Si en este horror profundo un vivo rayo
de esperanza luciese! ¿Aun era tiempo!
Aun este corazón te perdonaba,
aun era tuyo.

Ven, rompe los lazos
con que esa astuta sierpe te aprisiona.
Ven, trémula, llorosa, desgredada,
llena de amor y de vergüenza toda...
arrojate á mis pies, el suelo besa
pide perdón, y jura...

Jurar... ¿ella?
Juramentos y lágrimas no bastan,
quiero, pues me lo debe, que derrame
del corazón perverso la hiel ágría.

Mas si tú fueses pura, si pensases
en este instante en mí, cuando conjuro
contra tí maldiciones, y llorosa
á los cielos pideses solitaria,
que de mí el mal aparten, y en la ausencia
fiel me conserven, y hasta tí me lleven!
¿Si fuese falso el crimen!

¡Oh! ¿Dios mío!
Consularé la suerte: si se inclina
esta barca, mi óculo infalible
á la derecha, es fiel...

¡Horrible suerte!
Cayó á la izquierda, un rayo te sepulle
conmigo para siempre, infauso leño.

--Aquí se irguió de súbito, sus ojos
vaga mirada en torno dirigieron.
Inmóvil, taciturno, atroz proyecto
torbo anduvo en el alma revolviéndose
que no se adivinara en su semblante.

Nadie lo sabe. El pescador, tan solo
á su vuelta contó, que de la luna
al pálido fulgor, de trecho en trecho,
viera en sus labios tenebrosa risa,
sin sonido, sin frase, nueva, extraña.
Y que después sentándose tranquilo
y apretando su mano—

—«A media noche
aun yo velaba,» dice, «amor conmigo,
remoto era el lugar, la ausencia larga.
Al declinar el sol, un mensajero
llegará. Nuevas de ella y flores trujo.
Dormía dulce sueño, contemplaba
yo las flores de amor, todas sus gracias,
via en la mano que hasta mí las lleva,
sus virtudes, su aroma, mas que el cielo.
Al mediar ya la noche, en la tremenda
hora de los demonios, silenciosa,

voz mal distinta murmuró su nombre.
Hirióme el corazón fatal latido,
aproxímome, escucho...

El nuncio duerme,
mas la verdad amarga, altiva vela.

Como forzadas por potencia oculta,
de lo íntimo del pecho, interrumpidas
brotan frases que oír temo y deseo.
Empleo, á mi pesar, sabido encanto;
con la trémula mano, el pecho oprimo
sobre su corazón.

—Habla le digo,
cuanto sabes revela.

¿Ves la sierpe
á quien oprime el cuello, la nerviosa
y litánica mano, revolverse,
silbar, morder, y abracador veneno
escupir, que lacera, roe y llaga
la mano que la afrenta y aprisiona?
Tal el dormido, ante mi triste cuento
al revelar su infamia, y la del mundo:
le desperté... ¿Diré? frío, pálido,
entera repitió la infanda historia
y mi furor al ver, huyó temoso
de á mis manos morir.

La fé, buen viejo,
la virtud, el amor, y la constancia
huyeran de este globo, indigno de ellas.
No hay, á hubo mujer fiel y constante.
¿Crees que lo es la tuya?

¡Ah! no, en tus lares
vé y entra de improviso, el torpe hierro
has de encontrar allí, triste.

Los hombres
somos incautas víctimas, y ellas
implacables verdugos.

Las mujeres
velan con flores el puñal sonriendo.
Credulidad imbécil en nosotros,
astucia en ellas, y por eso incautos
al femineal pudor alzamos templos.
En vano, de la mar en los abismos
celoso amante las guardara, en vano
de la tierra en el centro, su alma impura
con adúltero amor allí, sonara.

¿Su mirada, su voz son tan celestes!
¿Es tan dulce y tan pura su sonrisa
y tan bellas sus lágrimas! Infame
raza de astutas, venenosas sierpes.
Padiera en una nave aprisionarlas
y el piloto ser yo. ¡Oh qué triunfo!
Librara al mundo, y vengaría al cabo
para siempre los siglos y los tiempos.
Solo el dolor es real, vanos desos.
Viejo, las blancas canas te coronan,
esa es guirnárdas con que el tiempo adorna
á las víctimas tristes de la muerte.
Aun verdean mis años juveniles,
y me siento morir al medio día
de la existencia yo.

Acá en la tierra
quedas, y en las veladas del invierno
has de narrar á tus pequeños hijos
el fin del pobre Bardo.

Presto, al punto
venga esa hora que los otros temen.
En corta edad, é instantes fugitivos
gusté de amor la vida pura y larga
y la mas larga aun de mis dolores.

¿Quién supiera el arcano de las tumbas!
Si tras de esta otra vida nos aguarda
(y aguarda, igual pasión morir no puede)
si libre de esta tierra deleznable,
de puros aires habitante triste,
puedo esperar aun justa venganza,
y muerto herir con penas al que vive,
juro venir de noche á la misma hora,
pavoroso fantasma envuelto en nubes,
y en negro cielo ante la infame adúltera,
aparecer airado.

Si abre trémula,
el luciente cristal, verame ante ella
apoyado en el arpa vaporosa
mudo y lloroso.

Si en la selva se halla,
en la selva estaré: si sola yace
de rodillas, las manos levantando
á los cielos, perdón para ella imploro.
Mas si alguien la acompaña y la acaricia,
y la infunde valor, y dice acaso:
—Imágenes son vanas, no te asusten,
nubes son que los vientos traen y llevan,—
si la hablara de amor, si oía un suspiro...
¡Ay! de ellos, ¡ay!

Tartáreas potestades,
espíritus de luz, amor, pureza,
elementos indómitos, abismos,
noche, caos, y tú Esencia Diva,
míos seréis, y del conjuro al fallo,
venganza igual al sanguinoso ultraje
me otorgareis sin duda, aun cuando entonces
para forzaros á obtenerla, entero
mi futuro os entregue de ella en cambio.
¡Ay de los dos!

Aquí temblando, el viejo
iba del sueño á despertar al triste.
Conociólo, y le dijo: Calla y duerme.
Es tarde y todo yace en grata calma.
Limpio está el horizonte en la barquilla,
velando quedo yo. El lino pliega
y con descanso duerme. Adios.

Ya reina
el silencio, que turba, allá en la proa,
el blando dormir del pobre viejo.
Al otro día al irradiar su lumbrer
el claro sol, los fuertes pescadores
vieron volver la barca aventurera.
Viene uno solo dentro.

¡Oh! ¿Qué playa
sustenta al joven Bardo?

Aquel lo ignora.
Nadie lo sabe; si, el lago, y está mudo,
Breves días después, sobre las ondas
á flote, y devorado por los cuervos
un cuerpo apareció.

Si el cantor era
nadie puede afirmarlo; alguien lo cree,
ni facciones, ni ropas le quedaban,
del mar yace la prueba en los abismos.

RECUERDOS DEL PUEBLO.

(TRADUCCION DE BÉRANGER.)

Hablaráse de su gloria
Largo tiempo en las cabañas;
Dentro poco sus hazañas
Serán del pueblo la historia.
Allá irán los labradores
A decir á alguna vieja:
Las horas hacen menores
Contando la historia añeja.
Bien que dicen nos fué cruel,
Aun por él el pueblo anhela,

Por él anhela,
—Departamos de él, abuela,
Departamos de él.

De reyes en cabalgada
Nuestra aldea atravesó.
Mucho tiempo há que pasó:
Era yo recién casada.
Subiendo á pié el montecito,
Donde me planté en un trís,
Con sombrero iba bajito
Y larga levita gris.
Cerca ya él turbéme yo,
Y él dijo: adios, damisela,
Mi damisela.

—¿Con que él os habló, oh abuela,
Con que él os habló?

Otro año, un día que estaba
Yo en París ¡pobre de mí!
Con la gran corte le ví:
A la Seo caminaba.
Todo mostraba alegría;
El cortejo era un modelo;
Ófase ¡qué hermoso día!
Siempre le protege el cielo.
Que le ha dado un hijo Dios
Dulce su sonreír revela,
Dulce revela.

—¡Oh dichosa vos, abuela,
Oh dichosa vos!

Mas, cuando nuestra Champaña
Fué presa del invasor,
El solo con su valor
Sostenía la campaña.
Una noche, como hoy cruel,
Oigo llamar á esta casa.
Abro. ¡Oh, Dios mío! Era él,
Seguido de hueste escasa:
Donde yo estoy se sentó,
Gritando: ¡Oh lucha que asuela,
Lucha que asuela!

—Aquí descansó, oh abuela,
¿Aquí descansó?

Tengo hambre, dijo, y al instante
Sirvo pan y chacolí:
Sus vestidos secó aquí;
Durmí del fuego delante.
Al alba, mi llanto viendo,
Djome: ¡valor! ¡constancial
Que hicia París voy corriendo
A vengar, cual debo, á Francia.
Partió, y como imagináis,
Fué ya el vaso mi joyuela,
Sí, mi joyuela.

—¿Su vaso guardais, abuela,
Su vaso guardais?

Aquí está... En la reyerta
El héroe solo quedó;
El que un Papa coronó
En isla murió desierta.
Por mucho tiempo dudóse;
Pronto vendrá, se decía;
Diz que en un buque escapóse;
Próximo está nuestro día.
Pues supimos la verdad
Permitíme que aun me duela,
Que aun me duela.

—En Dios esperad, abuela,
En Dios esperad.

JOSE LLAUSÁS.

1867.

LA HOJA.

Desde el ramaje de frondosa encina
Triste una hoja se quejaba así:
«¿Por qué el Señor tal suerte me destina?
¿Por qué debo morir donde nací?»
La oyó el viento al pasar, y con su vuelo
La hoja del ramaje se llevó:
Arrebatóla á par del mismo cielo
Y al fin sobre un reptil la colocó.

—Triste de mí, decía la cuitada,
Este súcio reptil debo tocar!

Un huracán sopló y arrebatada
Fué á caer en las olas de la mar.

—La grandeza del mar pudo un momento
A la hoja admirar, quiso vivir,
Pero envuelta en el férvido elemento
Espantada exclamó:—¡Voy á morir!

Las brisas la llevaron á la tierra
Donde sonaban gritos de dolor,
Y vió entonces el gémo de la guerra
Sembrar do quiera lágrimas y horror.

—¿Ay de mis bosques las preciadas galas!
Dijo al verse entre tanta mortandad:
Un céfiro la oyó y entre sus alas
La llevó al agitez de una ciudad.

—Frio es mi lecho, triste se decía
La hoja, sollozando moriré:
Volver quiero á ver mi primer día.
Llévóla el viento y á la encina fué.

Pero allí eternamente, vano empeño
Muestra la hoja ansiañose elevar,
Castigo es esta angustia de su sueño,
¿Por qué el Señor la permitió soñar?

ANTONIO LLABERÍA.

LA CRUZ DE MAYO.

La mas graciosa niña de la aldea,
La virgen de los campos, corona á
De espigas y de rosas, llaga alegre
Entre música, vivas y algazara
Al sitio donde extiende la ancha copa,
Difundiendo su sombra hospitalaria,
El árbol que sembraron sus abuelos
Junto á la éra del trigo... ¡Qué bizarra!
¡Qué hermosos son sus pasos! ¡Bien venida!
Sea la niña que esta turba aguarda!

En el barbecho, entre los negros surcos
Que humedecieron del Abril las agoas,
Cerca del bosque donde implumes chillan,
En su nido que cuelga de las ramas,
Los hijos de la alondra, la doncella
Una florida cruz tímida planta:
Cruz que bendicen en alegres coros
Bailando los pastores y zagalas;
Cruz formada de mirros y de rosas,
Que se eleva graciosa y solitaria
A la margen de arroyo cristalino,
Y á la vista de altísimas montañas;
Cruz que saluda el peregrino errante,
Siguiendo silencioso su jornada,
Viendo en sus brazos la ave del desierto
Que alisa y pule sus lustrosas alas.

¡Qué olor tan grato viene de las selvas!
¡Cómo huelgan pomposas las guirnáldas
Sobre los viejos carcomidos troncos!
¡Oh! ¡cuál las mocen las volubles auras!
Aquí descuelga la fragante rosa
Reina del bosque entre tupidas ramas,
Allá la verde yedra y los jazmines
Se miran retratados en las agoas;
El bucy aquí descansa perezoso,
Y mas allá las ovejuelas mansas
Las flores del tomillo van pastando
Cerca del río. ¡Hermosa y animada
Rústica escena, que á la par cautiva
Los ojos de la carne y los del alma!
¡Si! que el alma, en su vuelo, se remonta
De la historia á las fuentes; y con rauda
Con intensa mirada, los sucesos
Recorre por los siglos, y se espacia
Do el hombre no ha llegado, si atrevida
Una vez, tiende sus inmensas alas.

La cruz era un patibulo afrentoso
En los tiempos de César: la preclara
Sangre de un Dios ennoblecó el madero,
Por la salud del mundo derramada,
Cuando Jesús, triunfando del infierno,
Las sombras de la muerte disipaba
Y se cumplía de la ley el texto,
Y lo que los profetas anunciaron:
Entonces las coronas de los reyes
Se honraron con la cruz, y en las mal altas
Torres del Capitolio ya cristiano,
El Lábaro triunfante tremolaba.

Colon, mas tarde, atravesó los mares:
Buscaba un mundo, y lo encontró... En sus pla-
(yas

Fija una cruz, y al Salvador invoca
Dándole humildes, expresivas gracias.
Siempre una cruz, cual signo de victoria,
Siempre una cruz, cual vencedora palma,
Veo en las manos del guerrero invicto,
O del mártir sublime que derrama
La sangre por su ley. Siempre ese signo
De fe, de caridad y de esperanza,
Que los cielos, la tierra y el abismo
De pasmos llenos con terror acatan.
Las naciones con él se civilizan,
Prósperas crecen y la paz afianzan;
Por esa cruz el hombre se emancipa;
En altas voces libertad proclama
Del norte al sur, y del oriente á ocaso;
La faz del mundo se renueva, y alza
El hojaje de Adán la altiva frente
Que el lojo de la culpa deslustraba:
Y después del naufragio de la vida,
¡Oh! de los hombres eguedad extraña
Solo una cruz, en apartado campo,
Del que ha pasado el término señala,
Cual de la nave el roto mastelero
Que encina de las ondas sobrenada.

Tales ideas á mi mente trae
Esa mística Cruz de Mayo, alzada
En mitad de los campos. ¡Ah! ¡felicé,
Tres veces venturoso quien en su alma
La lleva impresa, y solo se gloria
En ella, y mira el fausto y la mundana
Pompa del siglo, como el polvo leve
Que alza de la éra el viento con sus alas!

JUAN FRANCISCO ORTIZ (1).

(1) Nació en Bogotá (Estado de Cundinamarca y
capital de la Confederación). Recibió su educación
en los colegios de San Bartolomé y el Rosario. El
Sr. Ortiz fué presidente de la sociedad que redactó
La Estrella Nacional, primer periódico literario de
la Nueva Granada. Redactó El Tío Santiago, en
1844, y ha sido colaborador de otros muchos periódicos.
Ha publicado numerosos artículos de costum-
bres, poesías sueltas y la Relacion de sus viajes á
las provincias del Norte de la Nueva Granada, y á
las que forman hoy el Estado de Antioquia. Sus últi-
mas composiciones han aparecido en El Mosáico.
El Sr. Ortiz, que al present (1860) reside en Bogotá,
es doctor y abogado de los tribunales de la Con-
federación.

Madrid: 1871.—Imprenta de LA AMÉRICA.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las nevrosias de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoidales, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial a los convalecientes, a los niños débiles, a las mujeres delicadas, et a las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La Union medical, la Gaceta de los Hospitales, la Abeja medica, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demás tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^o. — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifoidea y de las enfermedades epidémicas. — Desconfíese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y devuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar Enfermedades de ojos ni Jaquecas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACEUTICO DE 1^a CLASE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^o.

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones espereadas en el comercio. Precio: 14 & 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera a su gusto. Todas las pelotillas son en el interior de caucho maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla a la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENTE de DICQUEMARE aino DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior a todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39. Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO o PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demás medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos a una ó dos cucharadas ó a 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco días seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero LE ROY. En los taponos de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE COTTIN
PURGATIF LE ROY
SECON L'ORDONNANCE
DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Especial
Des Individus requerrant nos
tions s'opis liquides, en est

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empeños y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Hérpes, abcesos, góna, maramo, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asma nervioso, úlceras, sarna degenerada, reumatismo, hipocondrias, hidropesía, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfíese de las falsificaciones, y exíjase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.

PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867
la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada
A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT
la sola aconsejada por el Dr. CORVISART médico del Emperador Napoleon III
y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Fracos de una onza), en la:

Gastritis	Gastralgias	Agruras	Nauseas	Eruetos
Oprision	Pituitas	Gases	Jaqueca	Diarreas

y los vomitos de las mujeres embarazadas
PARIS, EN CASA DE HOTTOT, Succ^o, 24 RUE DES LOMBARDS.
DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse a Nicasio Ezquer-ra, Valparaiso (Chile.)

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espustos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^o, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Lertverend; Reyes; Fernandez y C^o; Sara y C^o; — en Mejiro, E. van Wingaert y C^o; Santa Maria Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C^o; Braun y C^o; — en Cartagena, J. Velez; — en Montevideo, Ventura Garalcocha; Laseazes; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongtardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^o; — en Guayaquil, Gault; Calve y C^o; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las perdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.



PILDORAS DEHAUT —Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos...

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París...

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece a las personas débiles...

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite a la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte...

EL UNIV. SAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. 30 »

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural...

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LINEA TRASATLANTICA. Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, a la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 3 columns: Primera cámara, Segunda cámara, Tercera ó entrepuente. Rows for Puerto-Rico, Habana, and Habana a Cádiz.

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, a Puerto-Rico, 170 pesetas; a la Habana, 200 cada litera.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes a las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinación con los correos trasatlánticos.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 5 columns: Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz. Each column has sub-columns for 1.°, 2.°, and Cubta. Rows for various destinations.

TENEDURIA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edición refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOSIS ANEMIA OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill.

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

KENTISA

Curacion instantánea de los más violentos dolores de muelas. — Conservación de la dentadura y las encías.

OBRAS DE TEXTO POR SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DORRÉ.—Nueva edición, aplicada a las condiciones mercantiles, industriales de la propiedad, la general del Estado y de los provinciales, 42 reales.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, SAN SALVADOR, BOLIVIA, BRASIL, etc., with names and addresses.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes...

Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas. —Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.